



<https://www.facebook.com/novelasdescargas>

Chispas en la oficina..., ¡fuego en el dormitorio!

La exmodelo noruega Astrid Sterling por fin había encontrado su lugar en Sterling Enterprises, la empresa inmobiliaria de su difunto exmarido. El problema era que Clay Morgan, el arquitecto con el que tenía que trabajar codo con codo en un proyecto importante, no hacía más que darle la espalda.

Cuando ella lo acompañó a una entrega de premios en Los Ángeles donde él era finalista, su situación laboral cambió radicalmente. Clay resultó ganador y ambos acabaron celebrándolo apasionadamente en la suite del hotel en el que se alojaban.

Pero la paz duró poco tiempo, ya que Astrid guardaba un secreto bajo llave que pondría en peligro su relación...

Capítulo Uno

Clay Morgan era todo lo que se podía soñar: un hombre como un rascacielos, con unos ojos grises azulados y una melena casi negra que parecía pedir a gritos que Astrid Sterling la acariciara. Lo observó desde el otro lado de la sala del bullicioso cóctel en el que se encontraban, mientras él permanecía apartado de la multitud, observando a los demás. Asimilándolo todo. Él era arquitecto, poseía una mente brillante, un cerebro capaz de crear algo de la nada. Era una maravilla verlo en acción, un lujo que Astrid se permitía contemplar todos los días en el trabajo. Pero Clay también era un hombre muy frío, o al menos así se mostraba con ella. No había hecho nada para merecer un trato así. Nada. Y poco a poco la estaba volviendo loca.

Esa noche, Astrid había asistido a una fiesta de Grant Singleton, en su casa de La Jolla, en California. Era el director general de la empresa para la que Astrid trabajaba, Sterling Enterprises, una promotora inmobiliaria fundada por el exmarido de Astrid, el cual había fallecido hacía dos meses. Ella ahora poseía el diecisiete por ciento de la empresa, así que no era una empleada cualquiera. Aunque Clay la trataba como si lo fuera.

Astrid aceptó una copa de champán de una bandeja cuando uno de los camareros de la fiesta se la ofreció. Tras darle las gracias, echó un vistazo por encima del hombro hacia los grandes ventanales mientras daba un pequeño sorbo. Las palmeras se inclinaban por el viento, frente a un cielo oscuro iluminado por la luna. La escena era como Clay: sombría y misteriosa, pero no por ello dejaba de atraerle. Deseaba estar con él a solas, lejos de la oficina, con la esperanza de poder encontrar así algunas respuestas. ¿Por qué era tan frío y cerrado? ¿Por qué la trataba con tanto desdén?

—Unas vistas preciosas. —La voz del camarero la sacó de sus pensamientos.

Astrid se dio la vuelta y se encontró con la mirada insinuante del hombre que portaba una bandeja en la mano. Ella sonrió por inercia, estaba acostumbrada a que los hombres la mirasen como si fuese un objeto. Le ocurría docenas de veces al día. Curiosamente, cuando era una adolescente desgarbada y torpe, habría hecho cualquier cosa por ese tipo de atención masculina. Cuando su cuerpo empezó a desarrollarse tomando formas más redondeadas, su vida cambió por completo. Comenzó una exitosa carrera como modelo que le hizo viajar por todo el mundo, dejando atrás Noruega, su país natal. Y así fue como conoció a Johnathon Sterling. El matrimonio con él no duró mucho tiempo, pero Astrid había disfrutado de unos bonitos años de amor y se había quedado con el recuerdo de los buenos momentos.

—Gracias de nuevo —le dijo al camarero, impaciente por volver a centrarse en Clay.

Era una de las pocas veces que podía verle fuera del trabajo y quería estudiar sus interacciones con los demás, sobre todo con su hermana Miranda, que acababa de llegar. La relación de Astrid con Miranda era complicada, pues había sido la última esposa de Johnathon cuando este murió. Por desgracia, Astrid había descubierto un terrible secreto sobre el comienzo del nuevo matrimonio de su exmarido. Ella pretendía mantenerlo enterrado para siempre, pero Miranda le caía bien y el hecho de ocultarle la verdad la estaba carcomiendo por dentro.

—Avíseme si necesita alguna cosa más —dijo el camarero antes de marcharse.

«Lo que necesito es el manual de instrucciones de Clay Morgan».

Al otro lado de la sala, Grant golpeaba suavemente una cuchara contra su copa de champán, reclamando la atención de todos. Tara, la primera de las esposas de Johnathon Sterling, se colocó a su lado. Las tres mujeres con las que estuvo casado controlaban ahora Sterling Enterprises. El anuncio que Grant estaba a punto de hacer probablemente les afectaría a todas.

—Primero, quiero darles las gracias a todos por venir esta noche. Tengo varios anuncios importantes que hacer. —Los ojos de Grant se iluminaron; le encantaba su trabajo y además se le daba muy bien su papel de director.

Clay se metió las manos en los bolsillos del pantalón y se apoyó en una columna cercana. Astrid no pudo evitar observarle de reojo. Estaba segura de que él era totalmente ajeno al efecto que causaba en ella.

—Como muchos de ustedes saben —continuó Grant—, hace unas dos semanas Sterling Enterprises pasó la primera ronda para el proyecto del paseo marítimo con el ayuntamiento. No podríamos haberlo hecho sin la dedicación de todo el equipo, incluidos Clay Morgan, Astrid Sterling y, por supuesto, Tara. —Grant le tendió la mano a Tara, un pequeño gesto, pero que mostraba la profunda conexión que había entre ellos. Se habían enamorado, a pesar de que Tara había jurado montones de veces que no había nada entre ellos—. Lo que me lleva a mi siguiente anuncio: Tara y yo no solo planeamos dirigir la empresa como codirectores ejecutivos a partir de hoy, sino que nos hemos comprometido. Vamos a casarnos.

Los invitados quedaron gratamente sorprendidos y no tardaron en aplaudir y en felicitar a la pareja. Astrid se mantuvo al margen y no pudo ignorar que Clay hacía lo mismo. Ella tenía sus propias razones para mostrarse reticente ante la supuesta feliz noticia. Tara, Miranda y ella habían hecho un trato. Se suponía que formaban una coalición dentro de Sterling, y todo había sido idea de Tara, un plan urdido después de que Johnathon dividiera su participación mayoritaria en la empresa entre sus tres esposas. Su compromiso matrimonial con el actual director ponía en jaque los intereses de todas. Si Tara no mantenía su palabra de lealtad con las esposas, el poder de Miranda y Astrid sobre la empresa podría ser arrebatado.

La exmodelo se abrió paso entre la multitud hasta llegar a Miranda, que estaba de pie, no muy lejos de la feliz pareja, esperando su turno para felicitarlos.

—¿Lo sabías? —preguntó Astrid.

Miranda negó con la cabeza.

—Tenía mis sospechas. Se conocen desde hace años y, las pocas veces que los he visto juntos, siempre he notado cierta conexión entre ellos.

—¿Pero codirectores? —dijo Astrid en voz muy baja—. Entre eso y el compromiso, me parece que Tara se ha posicionado en el lado de Grant, cuando se suponía que debía hacerlo en el nuestro.

—Lo mejor será que hablemos con ella. Así sabremos a qué atenernos.

Las dos mujeres se acercaron a Tara, que estaba claramente emocionada por la noticia que acababan de anunciar.

—¿Podemos hablar contigo? —dijo Astrid dirigiéndolas hacia un rincón apartado para tener intimidad.

—Sí. Por supuesto. ¿Qué pasa? —preguntó Tara.

—En primer lugar, felicidades —empezó Miranda.

—Sí, felicidades. Me alegro mucho por los dos... —Astrid estaba un poco molesta, parecía que era la única que pensaba en los negocios en ese momento—. Pero también tengo una pregunta.

—Déjame adivinar —dijo Tara—. Te preocupa el acuerdo que tengo con vosotras y que me una a Grant en la empresa.

—Os vais a casar y los dos sois codirectores de Sterling. Creo que es imposible estar más unidos —respondió Astrid con cara de enfado.

—¿No deberías habérmelo consultado antes de asumir el cargo de codirectora? —preguntó Miranda.

—Técnicamente, sí. Y, por supuesto, podéis presentar vuestras objeciones, si es que tenéis alguna. Pero esto es bueno para las tres. Ya no estoy en la empresa tan solo de cara a la galería. Ahora tengo poder de verdad y puedo proteger nuestros intereses.

—Bueno... Espero que al menos sigas adelante con el proyecto del paseo marítimo. —Astrid seguía mostrándose un tanto desconfiada. Pero lo cierto era que no podía pensar en otra cosa que no fuera seguir trabajando codo con codo con Clay. Quería saber si de verdad no le gustaba y, si era así, necesitaba averiguar por qué no.

—Sí. Yo necesito algún tipo de garantía —añadió Miranda. Ella también tenía su propio interés en el paseo marítimo. Había sido el proyecto favorito de Johnathon antes de su muerte—. ¿Algún progreso en cuanto a lo de ponerle el nombre de Johnathon al parque?

—Todavía estoy trabajando en eso —dijo Tara.

En ese instante, Grant le hizo señas a Tara para que se aproximara. Clay se había acercado a hablar con él y se habían enzarzado en una discusión.

—Disculpadme —dijo Tara, sin esperar respuesta y caminando apresurada hacia los dos hombres.

—¿De qué estarán hablando esos tres? —preguntó Astrid.

—Creo que se trata de una buena noticia para mi hermano —dijo Miranda.

—Un último anuncio —dijo Grant antes de que Astrid pudiera hacer más preguntas—. Quiero felicitar a nuestro arquitecto estrella, Clay Morgan, por ser finalista del Premio Estatal al Arquitecto del Año.

Miranda empezó a aplaudir con efusividad, Astrid también, pero al mismo tiempo se le partía el corazón al ver la reacción de Clay. Le dedicó una sonrisa, pero era evidente, al menos para ella, que él no estaba disfrutando del momento. Era un gran logro. ¿Por qué parecía que Clay no disfrutaba con nada?

Astrid sintió la necesidad de hacer algo para que cambiara la expresión de su rostro, así que corrió hacia Clay siguiendo la estela de Miranda. Vio cómo los dos se abrazaban. Se notaba el cariño entre los hermanos. Así que aquel hombre no era un témpano de hielo, al menos no cuando se trataba de su familia. Miranda dio un paso atrás y las miradas de Clay y Astrid se cruzaron. Ella intentó descifrar lo que él estaría pensando, pero no pudo llegar a ninguna conclusión. Quería abrazarlo, pero Astrid estaba segura de que él se echaría atrás.

Solo se atrevió a ofrecerle un apretón de manos.

—Felicidades, Clay. Me alegro mucho por ti. Es un honor trabajar contigo en el proyecto del paseo marítimo. Estoy deseando que empecemos con la siguiente fase.

Clay miró su mano.

—Gracias. Pero voy a pedir que me saquen del proyecto.

El corazón de Astrid dejó de latir durante un par de segundos.

—Pero ¿por qué?

—No estoy seguro de que tú y yo hagamos un buen equipo trabajando juntos.

Le dolía muchísimo decirle eso a Astrid, pero era la verdad. No trabajaban bien juntos. Ella le distraía y le hacía cometer errores constantemente. Había metido la pata de tal manera con el paseo marítimo hacía unas semanas que podría haberles costado todo el proyecto. Por suerte, Tara había descubierto su error antes de la primera presentación. Definitivamente, el «Arquitecto del Año» no sufriría esos lapsus, y él deseaba ese premio más que nada. Aparte de su hija pequeña y su hermana Miranda, Clay no tenía a nadie más en el mundo, y su trabajo era una parte crucial de su vida.

Astrid, con sus piernas esbeltas, su personalidad dulce y su seductora melena dorada, se interponía entre él y el funcionamiento correcto de su cerebro. Llevaban más de un mes trabajando juntos y las cosas no mejoraban. De hecho, sentía que cada vez iban a peor. Cuando ella estaba cerca, sus manos parecían pies. Se volvía torpe y se le olvidaban las palabras. Sus labios carnosos y sus preciosos y enormes ojos castaños eran su ruina. No podía permitirse enamorarse de otra cara bonita de nuevo. Ya había pasado por eso una vez. Había bajado la guardia y se había casado con una mujer que al final los había abandonado a él y a su preciosa hija.

No volvería a caer en el mismo error. Su hija y su carrera eran demasiado importantes. Pero tampoco podía hacer desaparecer a Astrid de un plumazo. Ella era una compañera de la oficina que desempeñaba muy bien su trabajo, así que la única opción que le quedaba era apartarse él mismo de la ecuación. Era un sacrificio que tenía que hacer para salvar su propio pellejo.

—No puedes hablar en serio —le respondió Astrid—. Trabajamos muy bien juntos. Superamos la primera ronda en el proyecto del paseo, y además lo hicimos todo en un plazo muy ajustado.

—¿Estáis hablando del paseo marítimo? —los interrumpió Grant.

—Sí. Le estaba diciendo a Astrid que me estoy planteando dejar el proyecto. —En realidad, Clay hubiese preferido contárselo a Grant en una reunión privada el lunes por la mañana—. Creo que sería conveniente que me dedicara a otros trabajos más urgentes que tenemos por delante.

—Pensé que te gustaba —dijo Grant frunciendo el ceño—. Es un proyecto importante. Y con la nominación al premio, creí que sería una buena manera de darte a conocer.

Al oír la conversación, Tara pidió disculpas a la persona con la que estaba hablando y se acercó a ellos. Clay era una persona muy reservada. Y quiso que se lo tragara la tierra al darse cuenta del grave error que había cometido contando sus planes en medio de aquel cóctel.

—¿Todo bien por aquí? —preguntó Tara.

—Clay quiere salir del proyecto del paseo. —Grant recibió a su prometida de manera cariñosa agarrándola por la cintura, pero sin perder la cara de preocupación.

—No. De ninguna manera. Astrid y tú formáis un gran equipo. Os necesito a las dos en el proyecto. Ahora que voy a ser codirectora, justo

estaba pensando en encomendarle a Astrid todo el trabajo que yo he estado haciendo.

Si Tara supiera que con esos argumentos le estaba dando más motivos aún para apartarse... Hasta ese momento ella había estado en medio, haciendo de amortiguador entre Astrid y él. ¿Y pretendía que ellos dos trabajaran solos?

—Tan solo hay que adaptar el plan existente a las necesidades del ayuntamiento. Son pequeños detalles que cualquiera de los otros arquitectos más novatos puede hacer perfectamente. —Clay esperaba convencerlos.

Tara negó con la cabeza y se pellizcó el labio inferior entre los dedos.

—No estoy segura. —Se volvió hacia Grant—. Me sentiría mucho mejor si Clay siguiera estando al cargo. Ha estado trabajando en ello desde el principio. Creo que me pondría muy nerviosa si lo llevase otra persona.

Clay sí que se estaba poniendo nervioso.

—Es culpa mía —intervino Astrid, sorprendiendo a todos—. La verdad es que a Clay le cuesta trabajar conmigo. Pero no os preocupéis. Lo haré mejor. Resolveremos nuestras dificultades y todo el mundo podrá seguir con sus planes. Tara miró a Astrid y luego a Clay sin comprender del todo.

—Hay algo más que eso —dijo Clay.

—¿Y puedo saber el qué, exactamente? —inquirió Tara.

En realidad Clay no tenía manera de explicarlo. Y temía que no le quedaba más remedio que resignarse.

—Esto... es culpa mía, no de Astrid. Soy un poco maniático. —No quería quedar mal, pero tampoco quería que Astrid cargara con la culpa.

—Danos algo de tiempo —dijo Astrid—. Lo solucionaremos. Y si no lo hacemos, seré yo quien se retire del proyecto.

Clay gruñó para sus adentros. Eso tampoco era lo que él quería. Pero no tenía elección. Podría aguantar durante una o dos semanas más con Astrid al lado, después pensaría en el siguiente paso.

—Sí..., intentaremos solucionarlo —aceptó Clay.

—De acuerdo, entonces —dijo Grant, aparentemente satisfecho, y él y Tara volvieron de nuevo a la fiesta.

Clay sabía que esa noche debería estar contento. Tenía la nominación por la que había trabajado tan duro. Lo normal sería que se relajara un poco e incluso flirteara con Astrid, pero no podía evitar estar así de tenso.

—Espero no haberte puesto en un aprieto —dijo Astrid bajando la mirada. Dios mío, se sentía un imbécil. Una parte de él quería explicarle cuál era su problema realmente, pero ni siquiera él lograba comprenderlo del todo. Solo sabía que había una vocecita dentro de él que le decía que se mantuviera alejado.

—Te veré el lunes en la oficina —dijo Clay a modo de despedida.

—Me gustaría tener una reunión a primera hora para que podamos hablar de esto un poco más.

Él sacudió la cabeza.

—No hay necesidad de una conversación. No es por ti, es por mí. — Sacó las llaves del bolsillo. Necesitaba salir de allí, volver con su hija Delia y meterse en la cama. Tal vez tuviese la cabeza más despejada por la mañana. Buscó a su hermana entre la multitud, pero no la vio por ninguna parte. Le mandaría un mensaje cuando llegara a casa—. Que tengas un buen fin de semana —le dijo a Astrid mientras se dirigía ya hacia la puerta.

—Es imposible que sea solo por ti —respondió ella, caminando a paso rápido detrás de él.

—Créeme. Lo es. —Tiró de la puerta y, por costumbre, se hizo a un lado para que Astrid pasara. Maldita caballerosidad, qué oportuna. Necesitaba alejarse de esa mujer cuanto antes.

Ella se giró hacia él en cuanto cruzó el umbral. La brisa nocturna agitaba su pelo de manera hipnótica. ¿Cómo podía una mujer ser tan hermosa?

—Nunca es culpa de una sola persona. Y sé que tiene que haber una razón para que me trates como lo haces.

Clay se preguntó si no se habría pasado mostrándose frío con ella.

—Lo siento si no he sido el más divertido trabajando. Estoy bajo mucho estrés.

—Sé que a veces me paso de entusiasta y eso puede llegar a ser molesto. Pero es que estoy emocionada por tener un trabajo en el que me siento útil. Fui modelo durante años y nunca me sentí así de bien.

—Estoy seguro de que tus jefes estaban muy contentos con tu trabajo. —¿Cómo no iban a estarlo? Ella era tan malditamente sexy...

—Quizás. Lo cierto es que no lo sé. Pero sí sé que disfruto trabajando en Sterling y no quiero que eso cambie.

—Eres dueña de una parte de la empresa. Puedes hacer lo que quieras, ¿no? ¿De verdad necesitas trabajar?

—¿Y de verdad tú lo necesitas? —preguntó ella, arqueando las cejas.

No, no necesitaba trabajar, al menos no por dinero. Él y Miranda habían heredado una gran fortuna cuando murió su abuela. Pero sí necesitaba trabajar por su propia cordura. Mantenía su mente ocupada y dejaba de pensar en el pasado.

—¿Cómo sabes eso?

—He hecho algunas preguntas...

A Clay no le hacía ninguna gracia que circulara por ahí información sobre él.

—Pues será mejor que no las hagas. Tú y yo somos compañeros de trabajo. No hay razón para que sepas nada de mi vida personal. —La ira bullía en su interior. Necesitaba llegar a su coche.

—Lo siento. Solo intento entender.

—¿Entender el qué? ¿A mí?

—Clay casi se echó a reír.

—Sí, a ti. —Ella le agarró del codo, provocando una oleada de calor en él—. Quiero poder trabajar contigo. Quiero aprender de ti, colaborar e intentar empaparme al menos un poco de tus conocimientos.

Clay se quedó paralizado. No sabía qué contestar. Ella era tan sincera siempre. Para él, eso solo la hacía más peligrosa. ¿Por qué no podía darse por vencida, volver a entrar en la fiesta y olvidarse de todo?

—¿Por qué me odias, Clay? Por más vueltas que le doy, no consigo saber qué he podido hacer mal.

—No te odio. —«Es que no puedo dejar de pensar en ti».

—A veces parece que sí.

—Lo siento. No sé qué más decir. —Abrió su coche con el mando a distancia y caminó a paso rápido hacia su Audi. No iba a dejar que otra mujer le hiciera daño. Arrancó el motor y las luces se encendieron de inmediato. Astrid seguía allí de pie, moviendo la cabeza con incredulidad. Incluso bajo la luz de los faros estaba preciosa. Y por más que se decía lo contrario, no paraba de pensar en tomarla en brazos y besarla.

Capítulo Dos

Astrid decidió que lo mejor sería empezar el lunes con una ofrenda de paz. Tal vez unos bollos recién hechos calmaran las aguas con Clay. Sabía que él a veces se escapaba por la mañana para comerse un donut de la pastelería de enfrente de la oficina. No estaba segura de que su plan fuera a funcionar, pero al menos tenía que intentarlo.

Entró en el bullicioso y animado local, en el que flotaban olores celestiales a canela, chocolate y café. Era un lugar cálido y acogedor, donde parecía que la gente se sentía feliz. Entonces pensó en Clay. ¿Sería por eso por lo que le gustaba ir allí? ¿O se sentía fuera de lugar?

Astrid sabía muy bien lo que era sentirse así, empezando por su familia. Era la menor de seis hermanos y la única chica. Se podría decir que había estado fuera de lugar desde el principio. Al parecer, su madre siempre había querido una niña, pero su padre se había opuesto a la idea de tener más hijos. Ya había muchas bocas que alimentar y su casa de cuatro habitaciones en Bergen, en la costa suroeste de Noruega, estaba a reventar.

Tuvo que luchar mucho para que sus hermanos le prestaran atención y la incluyeran. Todos tenían sus vidas bastante bien resueltas cuando ella apareció, y se sentía como una intrusa que rompía el equilibrio familiar. No ayudaba el hecho de que su madre, tan cariñosa y llena de corazón, siempre estuviera regañando a sus hermanos para que la llevaran con ellos cuando iban a algún sitio y la dejaran participar en sus actividades. Hasta que no pegó el estirón a los once años y convenció a su hermano mayor para que la dejara jugar al fútbol con ellos, no se ganó un poco de respeto.

No podía ignorar el paralelismo entre el hecho de que Clay no la quisiera a su lado y el de que Tara asumiera el papel de su madre, instándoles a llegar a un entendimiento. Pero Astrid ya no era una niña, era una mujer adulta, y era tan dueña de la empresa como Tara. Lo resolvería por sí misma. No necesitaba la ayuda de nadie más. Solo necesitaba donuts.

Mientras esperaba para recoger el café y los donuts, le llamó la atención una cara conocida. Se trataba de Sandy, una mujer que había trabajado en Sterling como ayudante. Su trabajo había sido muy valioso y valorado, pero de repente había desaparecido de la oficina de un día para otro.

Cuando se acercó a la puerta, Astrid la miró de nuevo para asegurarse de que era ella realmente. Cuando la mujer la vio y apartó la mirada de manera rápida, Astrid supo que debía decirle algo:

—¿Sandy? ¿Eres tú?

Entonces, ella se giró, confirmando las sospechas de Astrid.

—Hola, señora Sterling. ¿Cómo está?

—Bien. Voy a la oficina. —Astrid levantó la bolsa de donuts—. Te echamos de menos. Todos nos quedamos un poco desconcertados por la forma en que te fuiste. No te despediste. Ni siquiera avisaste. Se armó un lío tremendo con el primer plazo del proyecto del paseo marítimo.

Sandy palideció. Por lo visto, no estaba acostumbrada a que le llamaran la atención.

—Lo sé, lo siento, no fue mi mejor momento. Me vi presionada por mi segundo trabajo. No quería decírselo a nadie, pero estaba pluriempleada. San Diego es tan caro.

—Sí, lo es. ¿No te pagaban bien en Sterling?

—Sí, me pagaban bien. Pero es que mi otro jefe... —Se movió de un lado a otro, parecía incómoda—. Le debía un favor, y él quería que trabajara con él en un proyecto. No podía decir que no. Es una larga historia.

—Bueno, espero que estés contenta en tu nuevo trabajo.

Sandy se encogió de hombros.

—En realidad, ya no trabajo con él...

—¿Así que dejaste Sterling para nada?

Sandy asintió avergonzada.

—Fue una estupidez.

Astrid inspiró profundamente por la nariz.

—Hemos cubierto tu puesto, pero ¿tienes mi número? Llámame si lo necesitas. Quizá podamos hacer algo.

—Gracias, señora Sterling. Lo haré.

—Sandy, ¿te importa que te pregunte a qué se dedica tu otro jefe?

—Es una promotora inmobiliaria, pero no opera en California. Tienen su sede en Seattle.

Seattle y la promoción inmobiliaria hicieron pensar a Astrid en el hermano de su exmarido, pero seguro que había muchas empresas así en el estado de Washington.

—Bueno, buena suerte con todo. Y llámame si sigues buscando trabajo.

Astrid salió de la panadería y cruzó la calle para dirigirse a la oficina. Dio los buenos días a sus compañeros mientras avanzaba por el laberinto de pasillos hasta el despacho de Clay. Su puerta estaba abierta, pero el corazón le dio un vuelco al pensar en mirar dentro. La sola idea de verlo y ofrecerle un dulce la ponía nerviosa.

Cuando se asomó al interior, se dio cuenta de que verle no era el problema. El problema era no verlo. «Maldita sea. Aún no ha llegado». Entró en su despacho y encendió la luz. No era propio de Clay llegar tarde al trabajo. Astrid esperaba que no se le hubiese ocurrido dimitir durante el fin de semana.

Respiró hondo, sopesando sus opciones. Decidió que lo mejor sería dejarle los donuts y una nota. Pero justo en ese momento Clay entró por la puerta.

—Eh... Buenos días. —Parecía extrañado por verla allí.

—Buenos días... —Los latidos del corazón de Astrid se aceleraron. Dios, qué bien le quedaba aquel traje gris marengo.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudarte? —dijo Clay mientras caminaba hacia su escritorio.

Astrid se dio cuenta de que no tenía más remedio que confesar:

—Te he traído unos donuts. Sé que te gustan. —Hubo un silencio de unos segundos que hicieron que se sintiera un poco estúpida.

—No he desayunado nada esta mañana, así que gracias. —Dejó el maletín de su portátil.

Astrid volvió a respirar y le enseñó la bolsa.

—En realidad, uno de esos es para mí.

Una pequeña sonrisa se asomó en el rostro de Clay.

—Vaya, no pensé que te gustaran los dulces —dijo él.

Astrid abrió la bolsa de papel, sacó uno de los dónuts y se lo entregó a Clay.

—¿Estás de broma? Me encantan. —Agarró el dulce y le dio un buen mordisco. La crema de chocolate rezumaba por las comisuras de sus labios—. Umm, ¡qué bueno está!

—¿Verdad? —Clay también le pegó un mordisco, cerrando los ojos para deleitarse.

Astrid tuvo que contener su alegría al ver la expresión de felicidad que cruzaba el rostro de él. Primero una sonrisa y luego eso. Debería comprar dónuts todos los días...

—¿Te quedaste dormido esta mañana?

—¿Eh? —Clay se lamió un poco de crema del pulgar, haciendo que ella se mareara.

—Dijiste que no habías desayunado.

—No. Ha sido por mi hija. Quería que le hiciera un peinado para ir a la escuela. —Se limpió las manos con una servilleta—. No se me da muy bien hacer trenzas.

—Nunca me habías hablado de tu hija. ¿Qué edad tiene? ¿Cómo se llama?

—No quiero hablar de ella en el trabajo.

—Has sido tú quien ha hablado, no yo.

—Y ahora te pido que no hables de ella.

Era tan exasperante...

—Vale, pero si alguna vez vuelves a tener problemas con su pelo, yo estaré encantada de ayudar. Las trenzas son muy tradicionales en Noruega, así que sé cómo hacerlas de docenas de maneras diferentes.

—No, gracias. —Se aclaró la garganta y desvió la mirada—. Puedo apañármelas solo.

Y sin más, Astrid sintió que había vuelto de nuevo a la casilla de salida. Si se mostraba amable, él siempre acababa cortándola de raíz.

—De acuerdo. Lo que tú digas...

Clay no había querido rechazar de una forma tan brusca la oferta de Astrid. Fue un acto reflejo. Haría cualquier cosa por proteger a Delia, y eso

significaba mantener alejados de ella a todos aquellos en los que no confiaba plenamente. ¿Y si Astrid se acercaba, Delia se encariñaba, y luego Astrid se volvía a Noruega o un día decidía que ya no tenía tiempo para su hija? No podía arriesgarse a que sufriera otra vez el rechazo. Ya había sufrido bastante cuando su propia madre los había abandonado a los dos. No permitiría que nadie volviera a lastimarla de esa manera.

—Eres listo. Estoy segura de que te las apañarás —dijo Astrid—. Creo que me terminaré el donut en mi despacho.

Clay se sintió como un imbécil. Astrid no había hecho nada más que ser tan amable y dulce como siempre. ¿Por qué tenía que desconfiar tanto de la amabilidad?

—Gracias por los donuts...

—Solo intento que nuestra relación laboral mejore un poco.

Ahora se sentía aún peor. Cuanto más agradable se mostraba con él, más atraído se sentía por ella. Y no quería arriesgar su corazón de nuevo. No podía hacerlo.

—No tienes por qué hacer nada especial. No es necesario.

Astrid se detuvo en el umbral de su puerta y se volvió hacia él. Ese día llevaba un sencillo vestido negro que resaltaba sus esbeltas curvas y sus bonitos ojos marrones. Por más que lo había buscado, no había podido encontrarle ningún defecto a aquella mujer.

—¿Qué no es necesario? —Tara apareció en la entrada del despacho de Clay.

—Le traje a Clay unos donuts esta mañana. Me estaba diciendo que no tenía por qué hacerlo.

—Supongo que ninguno de los dos ha podido relajarse lo suficiente este fin de semana. —Tara entró y se sentó en el pequeño sofá del despacho. Astrid se unió a ella.

¿Relajarse? Para Clay no había fin de semana lo suficientemente largo para relajarse después de estar cinco minutos con Astrid al lado.

—Solo le decía que no es necesario que se esfuerce en ser amable conmigo...

Tara negó lentamente con la cabeza.

—Grant y yo lo hemos hablado y creemos que el único modo de que superéis vuestros problemas es que paséis más tiempo juntos.

—Espera. ¿Qué? —A Clay se le revolvió el estómago.

—Espera un momento. —Tara levantó la mano—. Escúchame. Creemos que sería buena idea pasar algún tiempo juntos fuera de la oficina. Los dos trabajáis muy duro y creemos que el estrés del proyecto del paseo marítimo ha hecho que hayáis empezado con mal pie.

Clay empezó a sentir pánico.

—¿Tienes algo concreto en mente, Tara? —preguntó Astrid tras soltar un suspiro.

«Por favor, nada de retiros en balnearios o playas, nada que sea ver a Astrid en bañador».

—Había pensado en la ceremonia de entrega del Premio Estatal al Arquitecto del Año en Los Ángeles. Deberíais ir juntos. Le dará a Astrid la oportunidad de conocer a más gente de nuestro sector, y a vosotros dos de conectar fuera de la oficina.

—Pero eso es el próximo fin de semana —soltó Astrid.

—Exactamente —dijo Clay.

—¿Cuál es tu objeción, Astrid? —preguntó Tara.

—No tengo vestido.

Tara miró a Astrid.

—Tú y yo sabemos que no tendrás ningún problema para encontrar un vestido a tiempo. Iré de compras contigo. Podemos invitar a Miranda y hablar de negocios al mismo tiempo.

—Eso suena muy bien —dijo Astrid con una sonrisa.

—Esto también será bueno para Sterling. Clay tiene muchas posibilidades de ganar, y sería estupendo que fuese acompañado.

—Está bien... —Clay resopló resignado. Había planeado ir solo, deseaba ganar, pero no quería que nadie se sintiera obligado a consolarlo si no lo conseguía.

—Decidido entonces —dijo Tara—. Le diré a mi asistente que reserve otra habitación más en el hotel. ¿Ya tienes una niñera para Delia? —preguntó mirando a Clay.

—Miranda se encargará de ella. Se adoran, así que no habrá problema.

—Perfecto. Le haré saber a Grant que todo está arreglado. ¿Cómo vamos con lo del paseo?

—Estamos con los cambios que solicitó el ayuntamiento y coordinándonos con los paisajistas para su parte del proyecto —dijo Astrid—. Vamos bien de tiempo para la próxima presentación.

—Me alegro, así podremos revisar todo con calma para que no haya más errores —dijo Tara.

Habían metido la pata con la orientación sobre el terreno para la primera propuesta. Casi les había costado el proyecto.

—No volverá a ocurrir —dijo Clay.

Tara se levantó del sofá y se despidió antes de salir por la puerta.

Clay se dejó caer en la silla de su escritorio y Astrid y él permanecieron sentados en silencio unos instantes después de que Tara se marchara. Ambos parecían igual de aturridos e inseguros.

—No me lo esperaba —rompió el silencio Astrid.

—Yo tampoco.

—Si no quieres que vaya, no iré. Puedo decirle a Tara en el último minuto que estoy enferma o algo así. Es tu noche y no quiero arruinártela.

—Me había hecho a la idea de ir solo, pero estaría bien tener compañía —dijo él encogiéndose de hombros.

—¿De verdad?

—No lo sé, Astrid. Estoy muy nervioso. Es un reconocimiento profesional por el que he trabajado muy duro. Significa mucho para mí y sé que voy a estar hecho un flan esa noche. Quizá no sea agradable estar a mi lado estando tan tenso.

Astrid no pudo evitar una carcajada.

—¿De qué te ríes?

—Clay, tú siempre estás tenso. Y, aunque te conozco de hace poco tiempo, sospecho que eso te pasa porque piensas demasiado.

Ella no estaba equivocada, pero él no iba a admitirlo.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que ya estoy acostumbrada a tratar contigo en tus peores momentos. Y he asistido a más ceremonias de premios de las que

puedas imaginar. No tengo problema en ponerme un vestido bonito y caminar por la alfombra roja. Puedo hacerlo incluso estando dormida.

Claro que podía. Durante su carrera como modelo se había movido por esos ambientes constantemente. Y seguro que docenas de hombres se le habían insinuado y ella había podido elegir entre todos. Esa era una razón más para mantenerse alejado de Astrid. No conocía su historia sentimental, pero podía imaginarse una larga lista de corazones rotos a su paso. Él no iba a ser el siguiente.

—Y además se me dan muy bien los momentos de crisis —añadió Astrid—. Así que, si te entra el pánico o te pones muy nervioso, seguro que puedo conseguir que te distraigas.

Él ya sabía que ella no tendría ningún problema en distraerle... Quizás no era tan mala idea. Era un viaje de trabajo y nada más. Podría presentarle a algunas personas, y estaría bien no estar solo después de que se anunciara el ganador. Ya fueran buenas o malas noticias, le vendría bien una mano firme a la que agarrarse.

—De acuerdo. Siempre que te parezca bien a ti —aceptó Clay.

Astrid se levantó del sofá.

—Claro que sí. Me gusta la idea de ser el salvavidas de alguien.

—¿Qué quieres decir con eso?

Astrid se alisó la parte delantera del vestido.

—Quiero decir que, aunque pierdas, no creo que nadie sienta pena por ti.

Clay tragó saliva al verla salir de su despacho. Agarró el teléfono y llamó a su hermana Miranda.

—Hola. ¡Qué sorpresa! —dijo ella nada más contestar.

—Me gustaría hablar contigo alguna noche esta semana.

—Suenas serio.

—Necesito algún consejo para ignorar la atracción que siento por una mujer.

—De ninguna manera. No voy a hacer eso. Todo lo contrario. Quiero que te dejes llevar si alguien te atrae.

Clay se sentó en la silla y se apoyó la frente en la mano.

—Eso no va a ocurrir...

Capítulo Tres

Clay llegó a casa de Miranda el jueves por la noche con su hija.

—Mis dos personas favoritas —saludó Miranda mientras abría la puerta de par en par.

—¡Tía Miranda! —exclamó Delia, saltando a los brazos de su tía.

Clay sonrió al ver cómo se abrazaban. Sintió alivio por haber superado momentos difíciles de tiempos pasados. Pensó en el día en que su madre los dejó con su abuela, para no volver jamás. Él solo tenía cinco años y Miranda dos. Recordaba con claridad la sensación de desesperanza y la necesidad de proteger a su hermana a toda costa. La imagen de los dos juntos, agarrados de la mano, mirando con miedo a una mujer severa y fría a la que apenas conocían.

Clay entró en el vestíbulo y cerró la puerta de entrada.

—Delia, ¿quieres ir a ver el acuario? —Miranda tenía docenas de peces de colores nadando entre corales en su despacho.

—¿Puedo? —preguntó Delia.

—Por supuesto —respondió Miranda, riendo mientras su sobrina se alejaba—. ¿Quieres una copa? Disfrútala tú, ya que yo no puedo. —Miranda se llevó la mano a su barriga de embarazada de cuatro meses, que apenas se notaba aún. Tener un hijo estando solos era otra cosa que Miranda y Clay compartían ahora. Miranda se había quedado viuda hacía muy poco tiempo tras perder a su marido Johnathon en un accidente mientras practicaba golf.

—No, gracias. Estoy bien. —Quería mantener la cabeza despejada para hablar de Astrid. Además, después tendría que llevar a Delia a casa—. ¿Qué tal te encuentras?

—Ahora mejor. Las náuseas me han dado una pequeña tregua. Venga, vamos a sentarnos en el salón. —Al llegar, se pusieron cada uno en

un sofá, quedando uno frente al otro—. ¿Qué querías contarme? Deberíamos aprovechar ahora que Delia está en la otra habitación.

A Clay le resultaba incómodo hablar de Astrid con su hermana, pero sabía que podía confiar en ella y necesitaba algún consejo para aclarar sus ideas al respecto.

—Se trata de Astrid.

Miranda entrecerró los ojos, parecía confusa.

—Umm... Vale. No estamos hablando de tu relación con ella en el trabajo, ¿verdad?

—Sí y no. Es una mezcla entre el trabajo y lo personal, y no sé cómo afrontarlo.

—Vas a tener que ser un poco más específico o no podré ayudarte, Clay. —Los ojos de Miranda se iluminaron como si estuviera atando cabos—. Vosotros dos estáis liados, ¿verdad?

—No. No lo estamos. Pero, si no tuviera a Delia ni un pasado que me preocupara que se repitiera, tal vez querría tener algo con ella... —Le costó admitirlo, en ese momento se sentía como si fuera un adolescente. ¿Por qué Astrid le hacía sentirse tan inseguro de sí mismo?

—Interesante. —Miranda se sentó, parecía satisfecha con el salto que había dado.

—¿El qué?

—Me preguntaba cuándo querrías volver a salir con alguien de nuevo. Han pasado cuatro años desde el divorcio, así que supongo que ya deberías estar preparado.

—No. No se trata de eso.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

Clay suspiró pesadamente y lo soltó:

—No puedo dejar de pensar en ella. —Continuó explicándole que le gustaba tanto que le parecía demasiado buena para ser verdad. Que todo lo que estaba sintiendo por Astrid le recordaba a lo vivido con su exmujer, la madre de Delia, y le daba miedo volver a salir herido. Y más aún que su hija acabase sufriendo—. Pedí que me sacaran del proyecto del paseo para poder alejarme de ella. Pero Tara y Grant no estuvieron de acuerdo, y ahora quieren que asistamos juntos a la entrega de premios.

—Algo he oído. Tara y yo iremos a comprar el vestido con ella. Yo diría que tu plan de poner distancia con ella ha fracasado.

—Totalmente... —Él se rio, intentando no tomarse la situación demasiado en serio—. Tú has pasado más tiempo con Astrid que yo. ¿Qué piensas de ella?

—Eres consciente de que no soy la más indicada para darte mi opinión sobre ella, ¿verdad? Estuvo casada con Johnathon antes que yo... Prefiero no pensar demasiado en ello.

Clay se había dado cuenta de que había puesto a su hermana en una situación incómoda.

—Tienes razón. Lo entiendo.

—De todos modos, no sé qué quieres que te diga. ¿Estás pidiendo mi bendición?

—No. En realidad, esperaba que me dijeras que tengo razón en querer alejarme de ella. Al menos en lo personal.

—Bueno, no la conozco tan bien. Me gustaría pensar que Johnathon nunca se habría casado con una mujer que no fuera increíble y maravillosa, pero no lo sé con seguridad. Ninguna persona es perfecta. Todos tenemos defectos. Puede que tengamos intereses comunes en Sterling Enterprises, sin embargo no tengo por qué confiar en ella completamente.

Clay no estaba teniendo las respuestas ni el consuelo que esperaba al hablar con su hermana.

—De acuerdo. Es bueno saberlo.

—Pero...

Clay no esperaba que hubiese un pero.

—Confío un poco en ella —continuó Miranda—. Hay algo en Astrid que te hace querer darle todo lo que pide.

Su hermana le había sacado las palabras.

—Exacto. ¿Y cómo lo hace?

—No lo sé. Aunque diré que tiene un buen corazón. Tenía motivos para estar celosa de mi embarazo. Ella y Johnathon sufrieron años de infertilidad. Eso fue lo que los separó.

—¿Ah, sí? —Era la primera vez que oía hablar de los motivos de su separación.

—Sí. Ella quería tener un bebé con Johnathon. Ella nunca pudo conseguirlo, pero yo sí y... —Miranda se miró el vientre.

—No tenía ni idea.

—Ella no va por ahí contándoselo a todo el mundo. Es una persona muy abierta, pero algunas cosas son demasiado dolorosas como para compartirlas. —Miranda se sentó un poco más derecha y agarró la mano de Clay—. Ha sido muy amable conmigo por lo del bebé. Ni siquiera dudó en felicitar me cuando se enteró. No cabe duda de que tiene un gran corazón. Y creo que no me equivoco si digo que alguien con un carácter tan generoso sería una buena persona de la que enamorarse.

Clay casi se echó a reír.

—Eso es un salto muy grande. No voy a enamorarme de Astrid. No. Eso no entra en mis planes.

—¿Por qué no? ¿Por qué sigues aferrándote a la idea de que nunca volverás a encontrar el amor? Me parece muy triste.

—Papá —llamó Delia desde la otra habitación—. Ven a ver los peces conmigo y haz eso de las voces graciosas.

Clay hizo un gesto con la cabeza por encima del hombro.

—Por ella. Delia es lo más importante que tengo. No puedo permitir que una mujer entre en nuestras vidas, se acerque a ella y luego vuelva a marcharse. No solo me mataría a mí, sino que le haría daño a ella. Mi hija es mi prioridad.

—Sigo pensando que en algún momento tendrás que correr ese riesgo. Si quieres tener una vida plena, tendrás que dar el salto.

—Tú, Delia y mi trabajo sois mi vida. Y eso es suficiente para mí. No hay necesidad de arriesgarse a que me aplasten el corazón otra vez. — Se levantó del sofá, pero Miranda extendió el brazo para detenerlo.

—Espera un segundo.

—¿Qué?

—Solo quiero que me prometas una cosa.

Clay dejó caer la cabeza a un lado, sabiendo que lo que ella estuviera a punto de decir probablemente le complicaría la vida.

—Suéltalo...

—Prométeme que al menos estarás abierto a que el amor pueda encontrarte de nuevo. No tiene que ser con Astrid y no tiene que ser ahora

mismo. Ni siquiera tienes que estar abierto del todo. Solo un poco. Odio que te cierres en banda solo porque una persona te haya herido en el pasado.

—Buf... No estoy seguro de que esta conversación me ayude mucho para mi viaje a Los Ángeles con Astrid.

—Quiero que te diviertas. Has trabajado muy duro durante demasiado tiempo como para no disfrutar del viaje.

—Lo tendré en cuenta.

—¡Papá! —Delia volvió a aparecer en el salón con cara de enfado—. ¡Estoy esperando!

Clay no pudo evitar sonreír a Delia.

—Ya voy.

La mayoría de la gente pensaba que a Astrid le encantaba ir de compras solo por el hecho de haber sido modelo. Y en realidad era algo que hacía solo cuando no le quedaba más remedio. Asistir a la entrega de premios con Clay requeriría llevar un look sofisticado y bien pensado. Contar con la ayuda de Tara y Miranda para la elección era un alivio.

Quedó con ellas el viernes a primera hora de la tarde en Ruby, una exclusiva boutique de lujo. La encargada de la tienda, Cherise, ya las estaba esperando con una selección de vestidos de su amplia colección siguiendo los gustos e indicaciones que Astrid le había transmitido por teléfono.

—¿Qué tipo de look quieres? —preguntó Tara.

—Algo clásico. De buen gusto, pero que sea sexy. —Astrid juntó los dedos pulgar e índice—. Un poquito solo. Nada demasiado exagerado.

—Suena bien. ¿Qué te parece este? —dijo Miranda sacando un vestido negro del perchero.

Astrid observó el vestido con detenimiento. Tenía un escote muy pronunciado y parecía bastante ceñido.

—Es muy bonito, pero creo que sería demasiado sexy. —Además, no quería ser el centro de atención esa noche. Era el momento de Clay.

—¿Y este? —Tara les mostró un sencillo vestido de tirantes color hueso.

—Elegante, pero ¿no crees que es un poco de novia?

El comentario hizo que Miranda girara la cabeza como un búho.

—No hay nada que pudiera aterrorizar más a mi hermano que un vestido de novia.

Astrid no sabía nada sobre el matrimonio de Clay con la madre de su hija; nunca se había atrevido a preguntarle. Solo sabía que estaba divorciado.

—¿Tan mal le fue? —trató de indagar un poco Astrid.

—Horrible. Le arrancó el corazón a mi hermano y lo pisoteó con todos los zapatos Louboutin y Jimmy Choo que se compró después de vaciar una de sus cuentas bancarias y posteriormente mudarse a las Maldivas. —Miranda puso los ojos en blanco—. No sé para qué quería tantos tacones si allí solo hay playas.

Astrid se quedó estupefacta. No se esperaba algo así. ¿Sería ese el motivo de que Clay se mostrase tan cerrado?

—¿Cómo puede una mujer hacer eso y dejar atrás a su hija?

Miranda sacudió la cabeza con incredulidad.

—Yo tampoco lo entenderé nunca.

A Astrid se le encogió el corazón.

—Es tan horrible... Me siento fatal por él.

—Yo también —añadió Tara—. Cada vez que oigo esa historia, me parece mucho más increíble.

—Bueno..., lo peor ya pasó —dijo Miranda—. Estuve a su lado en los peores momentos y, creedme, fue muy duro para él.

—Descartado ese vestido definitivamente. No queremos que parezcas una novia —dijo Tara.

—Exacto. Será mejor que cambiemos de tema y sigamos buscando —dijo Miranda.

Tras elegir tres opciones de vestido, Astrid entró en el probador. Los dos primeros fueron rechazados al instante por Tara y Miranda. Uno les pareció demasiado soso y el otro no le quedaba bien ajustado. A menos de una semana de la ceremonia, no había tiempo para grandes arreglos. Astrid se probó la última opción, un vestido azul marino con los hombros al aire, corpiño ceñido y falda con vuelo. Era absolutamente precioso y conseguía el equilibrio perfecto entre profesionalidad y sensualidad.

—Creo que este —anunció Astrid abriendo la cortina y saliendo del probador.

Tara y Miranda miraron a Astrid y ambas asintieron con la cabeza.

—Es perfecto —dijo Miranda—. Mi hermano es un afortunado por tener una cita contigo esa noche.

—No es una cita —se apresuró a decir Astrid.

—Ya... —Miranda se aclaró la garganta—. Por supuesto...

Astrid volvió a mirarse en el espejo de cuerpo entero. Cuando agitó la falda, se dio cuenta de que había una gran abertura oculta entre los pliegues. Sonrió y se retiró al probador, aliviada de que todo estuviera decidido. No quería pensar más en ello. Volvió a ponerse su ropa normal y pidió a Cherise que le preparara el vestido. Luego se sentó con Tara y Miranda.

—Quería preguntaros algo. El hermano de Johnathon, Andrew, tiene una empresa de desarrollo inmobiliario en Seattle, ¿verdad?

—Sí —respondió Miranda—. ¿Por qué?

Astrid se quedó pensativa unos segundos.

—Tara, ¿te acuerdas de Sandy? Ya trabajaba en Sterling cuando yo empecé.

—Claro que sí —contestó—. Ya formaba parte del personal cuando yo empecé. De hecho, Grant le dio el puesto de asistente en mi primer día. Había trabajado con Johnathon y conocía su interés por el proyecto del paseo marítimo. Ella nos ayudó a tratar con el Ayuntamiento.

—Y luego desapareció. En el momento más inoportuno.

Tara se bebió lo que quedaba de champán y se levantó para servirse otra copa.

—Fue una auténtica pesadilla. Desapareció el viernes anterior a la presentación. Grant y yo nos pasamos todo el fin de semana intentando arreglar el error.

Astrid aún estaba atando cabos, pero sospechaba que algo no iba bien.

—La idea de que Clay pasara por alto un detalle como la orientación del lugar me llama mucho la atención. Llevo casi dos meses trabajando con él y, sinceramente, no me cuadra que haya cometido un error así.

—Cualquiera puede meter la pata —dijo Miranda—. Incluso mi hermano, el maniático del control.

Astrid suspiró.

—Bueno... Pues me encontré con Sandy el otro día en la pastelería frente a las oficinas de Sterling.

—¿En serio? ¿Y hablaste con ella? —preguntó Tara con los ojos como platos.

—Por supuesto que sí. No iba a irme sin intentar averiguar qué había pasado. Me dijo que había estado pluriempleada mientras estaba en Sterling. También me dijo que le debía un favor a su otro jefe y que no le había quedado más remedio irse. Cuando le pregunté a qué se dedicaba la otra empresa, me dijo que era una promotora inmobiliaria de Seattle. — Para gran sorpresa de Astrid, la teoría que había estado dando vueltas en su cabeza no sonaba tan descabellada ahora que se había atrevido a decirla en voz alta—. Eso me hizo pensar en Andrew. Él está en Seattle y tiene una empresa de desarrollo inmobiliario. Johnathon y él llevaban años distanciados. Andrew ni siquiera vino a su funeral.

—Cierto —intervino Tara—. Y Grant y yo nos lo encontramos en San Diego dos semanas después, lo que me pareció muy raro. ¿Pudo viajar para ver un partido de béisbol pero no para presentar sus respetos?

Miranda negó con la cabeza.

—No sé a dónde queréis llegar, pero ¿recuerdas que Andrew se puso en contacto conmigo cuando estuvo aquí, justo después de que Grant y tú lo vierais? Vino a casa. Tuvimos una conversación muy agradable. Estaba arrepentido y se disculpó. Se sentía mal por no haber venido al funeral.

—¿Así que no crees que haya sido capaz de interferir con Sterling? —preguntó Astrid.

—Me parece encantador que quieras buscar una explicación al error de mi hermano, pero no veo cómo Andrew podría hacer algo así —dijo Miranda—. ¿Qué ganaría Andrew con eso? Si quisiera vengarse de Johnathon, habría hecho algo mucho más público. Ahora que Johnathon ya no está, parece aún más improbable.

—Tal vez —dijo Astrid, todavía con la mosca detrás de la oreja—. Probablemente tengas razón.

—¿Y cómo acabó tu conversación con Sandy? —preguntó Tara.

—Le dije que me llamara si necesitaba un trabajo. Era una buena empleada, aunque dimitió sin avisar. Y en ese momento sentí que debía dejarle una puerta abierta.

—Umm. —Tara frunció los labios—. Avísame si te llama.

Capítulo Cuatro

Clay nunca se hubiese imaginado que acabaría con Astrid en el asiento del copiloto de su todoterreno de camino a Los Ángeles. Lo distraía constantemente. Le resultaba muy difícil concentrarse en la carretera con su dulce olor a vainilla en el coche. Además, no podía estarse quieta. Cambiaba cada dos por tres de posición en el asiento, ajustaba la dirección de las rejillas de ventilación y se recolocaba la ropa todo el rato.

—¿Va todo bien? —le preguntó él.

—No es propio de ti preguntarme cómo estoy —bromeó Astrid.

—Tampoco es propio de ti una respuesta como esa. Además, eres tú la que sueles hablar y hablar con todo el mundo, y llevas todo el camino callada.

—Eso es mejor que ser tan cerrado. Tú no le cuentas nada a nadie. — Ella se inclinó hacia delante y le lanzó una mirada con los ojos entrecerrados—. Es una de tus cualidades más molestas.

Clay sonrió. Astrid era siempre tan amable... Verla un poco enfadada era una novedad que hasta le gustaba. Se sentía como si así estuvieran en igualdad de condiciones.

—Si quieres que hable, te diré con mucho gusto todas las cosas que haces y que me vuelven loco. —«Tu pecho se agita antes de que suspires, lo que ocurre a menudo. Y frecuentemente te recoges el pelo con las manos, te lo retuerces y te lo pasas por un hombro. Y cuando hablas con otras personas y te ríes, tu cara se ilumina. Tú nunca te ríes cuando estás cerca de mí».

—Dímelo. No vas a herir mis sentimientos.

—Haces muchas preguntas. Preguntas personales.

—Estoy tratando de entenderte. Eres un rompecabezas.

—¿Y crees que puedes unir todas mis piezas?

—Sé que puedo. Tal vez me lleve algún tiempo, sobre todo porque sé que me escondes muchas cosas.

Él sabía muy bien a dónde quería llegar: le había preguntado por Delia aquel día en la oficina cuando le había traído donuts para intentar arreglar las cosas entre ellos. Había sido un buen detalle, pero él lo había rechazado. Su instinto de protección hacia su hija era superior a él.

—El otro día me preguntaste por mi hija. ¿Qué quieres saber?

—Umm... ¿Dónde está el truco? —dijo Astrid con escepticismo.

—No digo que te lo vaya a contar todo, pero eres libre de preguntar.

—No sé nada de ella. ¿Cómo se llama? ¿Cuántos años tiene?

—Se llama Delia y tiene cinco años. Está en la guardería.

—¿Cómo es? ¿Se parece a ti?

—¿Estás preguntando si no es divertida en las fiestas y es gruñona? Porque esas serían cualidades extrañas para una niña de cinco años.

Ella soltó una carcajada, provocando que a Clay le subiera el ego y le dieran ganas de esforzarse más.

—Me refiero a si es brillante como tú. ¿Es inteligente?

No estaba preparado para esa pregunta, pero no le sorprendió que Astrid se diera cuenta de todo, incluso de las cosas a las que él intentaba restar importancia.

—Es muy inteligente. Estoy seguro de que acabará superándome en ese aspecto.

—¿Qué le gusta hacer?

—Le encantan los libros y jugar al aire libre. Le encanta todo lo que tenga un arcoíris o brille. Es muy observadora, así que le gusta analizarlo todo.

—Igual que su padre.

—Es verdad. Me gustan los arcoíris.

Astrid se echó a reír de nuevo, ahora con más intensidad.

—No me refería a eso. Hablaba de ser observador. Te encanta sentarte y observar. Lo estudias todo y luego decides qué hacer.

—No te equivocas. —Su perspicacia era asombrosa, lo cual era notable teniendo en cuenta que solo se conocían desde hacía dos meses. Él

hacía eso, pero era parte de su personalidad. Era mucho menos probable que cometiera un error si analizaba toda la información antes de tomar una decisión. Las veces que no lo había hecho, cuando había seguido a su corazón sin pensar demasiado, al final había pagado un precio muy alto.

—¿Y qué hay de la madre de Delia? Miranda me contó un poco sobre lo que pasó con ella. Lo siento mucho.

De repente, toda la sensación de felicidad que había sentido hasta ahora hablando con Astrid se esfumó. Se preguntó en qué estaría pensando su hermana cuando compartió detalles de su vida personal con ella.

—Siguiente tema. —No quería ser cruel y cortarle el rollo, pero tampoco quería explicarle todo lo que había pasado. Eso solo daría lugar a más preguntas. Y era algo que él prefería guardarse para sí.

—Sabía que te cerrarías en banda en cualquier momento.

No podía soportar más tensión entre ellos. No con el nerviosismo de la entrega de premios por delante.

—¿Y qué hay de ti? Solo sé que tú y mi hermana os casasteis con el mismo hombre.

—Hace un rato dijiste que hablaba y hablaba... ¿Y solo sabes eso?

—Pero no de tu infancia, tu educación... De eso no hablas. ¿Cómo eras de niña?

—Si no hablo sobre esa parte de mi vida, por algo será. No tuve una infancia fácil.

No se esperaba una respuesta así. Daba por hecho que la personalidad generosa y dulce de Astrid sería fruto de una infancia acomodada y hogareña. Y pensar que siempre había asumido que tenían poco o nada en común.

—No tienes que hablar de ello si no quieres.

Ella se volvió hacia Clay y se miraron en silencio unos segundos, luego él volvió los ojos a la carretera. Pudo ver vulnerabilidad en sus ojos. Y le dieron ganas de salvarla de cualquier dolor que tuviera dentro.

—No. Te lo contaré. Es lo justo; tú me has hablado de Delia. —Se aclaró la garganta y continuó—: Soy la menor de seis hermanos y la única chica de la familia. Pasé toda mi infancia intentando llamar la atención de mi padre y mis hermanos, pero tan solo querían apartarme para mantenerme a salvo.

—Eso no suena tan mal. Es natural que quisieran proteger al miembro más vulnerable de la familia. Al ser la pequeña y la única chica, seguro que te veían así.

—No me gustaba que me tratasen como si fuese de porcelana. Lo único que quería era que me incluyeran.

Astrid le contó que solía vestirse como sus hermanos y que les rogaba que la dejaran jugar al fútbol con ellos. Su madre, que siempre había querido tener una niña, deseaba poner por fin algún toque femenino en casa tras años siendo la única mujer en la familia, pero Astrid no quería saber nada de eso.

—Muchas veces me sentía como una intrusa en mi propia casa. Nunca me sentí cómoda —dijo mientras se recolocaba de nuevo en el asiento—. Y en la escuela también tenía problemas. Los chicos pensaban que era fea y solo unas pocas chicas querían ser mis amigas.

—¿Fea? Tienes que estar de broma. —Astrid era una mujer preciosa, la mirases por donde la mirases—. Supongo que fue una fase de tu vida en la que lo veías todo un poco distorsionado. Eso le pasa a todo el mundo.

—¿Hasta los dieciocho? Eso es mucho tiempo.

—¿Qué pasó cuando cumpliste dieciocho?

—Fui a la universidad y me di cuenta de que, si dejaba de esconderme bajo jerséis anchos, los chicos tal vez me prestarían atención.

—Te convertiste en modelo. Desfilaste en pasarelas y fuiste portada de revistas, ¿verdad? Eso debió de ser un triunfo para ti. Les demostraste a todos que estaban equivocados.

Ella respiró hondo y miró por la ventana.

—Tal vez. Pero no borró quién era yo ni cómo me sentí durante todos los años anteriores a que eso ocurriera. Todavía me siento como esa chica torpe la mayor parte del tiempo.

—¿Incluso ahora? —Si ella pudiera verse como él la veía... Una mujer digna de admiración.

—Incluso ahora. —Astrid volvió a moverse en su asiento—. Sinceramente, tu hermana me hizo sentir así al principio. Era duro estar cerca de ella y saber que mi exmarido la prefería a ella porque yo no había estado a la altura de sus expectativas.

—Miranda también perdió a Johnathon, así que no sé qué hay de envidiable en su situación.

—Ella tiene un bebé suyo en camino. —La voz de Astrid se quebró. El dolor del que Miranda le había hablado era muy real. Y él sentía de manera irracional la necesidad de librarla de ese sufrimiento.

Astrid trató de serenarse tras su confesión. Mostrar su lado vulnerable con Clay era mucho más difícil que con cualquier otra persona que hubiera conocido. Esperaba que no pensara mal de ella por haberse sincerado.

—Dejemos de hablar de mí. Quiero saber cómo te sientes por lo de esta noche.

Él apretó el volante con fuerza.

—Mentiría si dijera que no estoy nervioso.

—Debe de ser porque sientes que vas a ganar.

—No lo creo. Todos los nominados son muy buenos.

—Sigo pensando que ganarás. Y creo que tú en el fondo también lo sabes. —Ella estaba segura de que él era consciente de su propio talento—. Todo lo que haces en el trabajo es preciso y muy pensado. A menudo me pregunto cómo puedes tener tanta seguridad en ti mismo.

—Tengo seguridad en el trabajo que hago. Sé que lo que hago es bueno, pero eso no significa que sea el mejor. —Se encogió de hombros y salió de la autopista. No tardaron en llegar a Hollywood Boulevard, y luego al centro de Beverly Hills, con sus amplios bulevares y su ir y venir de coches de lujo por todas partes. Aquel ambiente no era nada nuevo para Astrid. Se había mudado a Los Ángeles cuando el ritmo de vida que llevaba en Nueva York comenzó a afectarle. Añoraba los espacios abiertos y el sol. Fue una mala decisión, porque para eso debería haberse ido a San Diego. En Los Ángeles, lo único que había conseguido era más atascos y menos trabajos como modelo. Pero también fue allí donde conoció a Johnathon. Y su romance con él le cambió la vida, le abrió los ojos a todo un mundo de posibilidades.

Clay se detuvo frente al hotel Essex Beverly Hills. El botones se apresuró a abrir la puerta de Astrid mientras el aparcacoches se acercaba por el lado de Clay. Astrid esperó mientras él le entregaba las llaves y después entraron juntos. El vestíbulo era muy glamuroso, destilaba un aire del viejo Hollywood.

En el mostrador de recepción les recibió una empleada que, en opinión de Astrid, era muy guapa. Clay parecía inmune a su belleza. Nunca había manifestado interés por ninguna mujer. Se intuía que tenía otras

prioridades en la cabeza. ¿Habría perdido la atracción por las mujeres debido a lo que le pasó con la madre de su hija? Aunque no sabía gran cosa sobre lo que pasó, sí podía ver que Clay aún albergaba mucho dolor en su interior.

Quería saber más. Ansiaba tener todas las piezas del rompecabezas que era Clay Morgan para poder intentar ensamblarlas.

La empleada tecleó en el ordenador y ladeó la cabeza.

—Señor Morgan, veo que tiene una suite de dos dormitorios en su reserva. ¿Es correcto?

—No. Deberían ser dos habitaciones individuales, no conectadas entre sí.

La empleada volvió a su ordenador, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Lo siento, pero solo veo la suite en su reserva, señor. Es preciosa, con dos habitaciones y dos baños separados. ¿Le parece bien? Me temo que el resto del hotel está reservado para los Premios Anuales de la Comisión Estatal de Arquitectura.

—Sí, lo sé. Por eso estoy aquí. —Clay suspiró.

Estaba frustrado, y Astrid no veía ninguna razón para ello, aparte de su empeño habitual de querer estar lejos de ella.

—Está bien, Clay. De verdad. No pasa nada. Me quedaré en mi lado de la suite. No tendrás que preocuparte por mí, no voy a molestarte.

Se volvió hacia ella con una expresión de dolor en el rostro.

—No es eso. Es que no me lo esperaba.

—Lo siento mucho, señor. El hotel le enviará una botella de champán a modo de disculpa —dijo la empleada, ofreciéndole las dos tarjetas que hacían de llave. —No necesitamos champán.

—Sí necesitamos el champán. Muchas gracias. —Astrid agarró las tarjetas de la mujer—. ¿Puede indicarnos dónde están los ascensores?

—En el lado opuesto del vestíbulo. —Gracias.

Astrid no estaba dispuesta a esperar a Clay para que le contara por qué le había decepcionado tanto saber que iban a compartir una suite.

—Lo siento —dijo él en cuanto la alcanzó frente al ascensor—. Es que no llevo bien las sorpresas. Y el estrés por la entrega de premios tampoco ayuda.

Astrid respiró lentamente por la nariz, suplicando en silencio al universo que le diera fuerzas.

—Lo comprendo. Todo irá bien.

El ascensor se abrió por fin y ambos entraron en él. Clay y Astrid subieron al último piso del hotel. Cuando llegaron a la puerta de la habitación, Clay agitó la llave delante de la cerradura electrónica y la puerta se abrió. La sostuvo para que Astrid entrara primero. Ella aceptó encantada su caballeroso gesto.

La habitación era tan elegante como el vestíbulo de la planta baja, con una amplia zona de estar decorada en dorados cálidos y grises con toques en blanco y negro.

—Han hecho un trabajo precioso con la decoración estilo Hollywood Regency —dijo Astrid—. Creo que es bastante fiel a la época. Aunque no soy ninguna experta. ¿Tú qué opinas?

—¿Conoces el estilo Regency de cuando vivías en Los Ángeles?

Astrid dejó el bolso y se acercó a la ventana para contemplar la piscina rodeada de palmeras.

—Estoy estudiando por las noches. Quiero entender el arte y la arquitectura de lo que hacemos en Sterling.

—¿En serio?

—¿Por qué? ¿Te sorprende? —La verdad es que sí.

Astrid le lanzó una mirada penetrante. Lo único que deseaba era besarle, aunque solo fuera para reunir unas cuantas piezas más del rompecabezas de Clay Morgan. ¿Querría él lo mismo que ella? Ese tipo de preguntas le quitaban el sueño por las noches.

—A veces me cuesta dormir, así que me pongo a investigar. Sé que haces algo más que diseñar edificios para ganar dinero, que pones mucha atención en el proceso.

Clay asintió con la cabeza y Astrid examinó su rostro en busca de alguna señal de que él se estuviese ablandando, pero no encontró ningún indicio.

—Bien. Me alegro de que te tomes las cosas tan en serio en el trabajo.

—¿Y eso te hace pensar que quizás podríamos trabajar juntos mejor de lo que creías?

Él apretó los labios con fuerza.

—No lo tengo muy claro. Somos personas muy diferentes.

Astrid se sentía como si con Clay todo fuera un baile. Dos pasos adelante, dos pasos atrás, el chachachá más frustrante del mundo.

—A veces lo diferente es bueno. Ayuda a ver las cosas desde otra perspectiva.

Llamaron a la puerta y Clay tuvo la excusa perfecta para cortar la conversación. Era el servicio de habitaciones, que traía sus maletas y una botella de champán en hielo, dos copas y un plato de fresas. Si ella y Clay estuvieran allí por motivos románticos, el ambiente habría sido perfecto.

Clay les dio una propina a los botones e hizo amago de querer agarrar los dos portatrajes que traían en un perchero con ruedas.

—Déjeme colgar eso por usted —se ofreció el botones—. El más largo es bastante pesado.

—¿Pesado? —preguntó Clay.

Astrid hizo una seña al botones indicando que se quedaría con el dormitorio más alejado de la suite.

—Los vestidos no son ligeros.

—Espero que no hayas traído nada demasiado extravagante...

—Confía en mí —respondió ella con una sonrisa.

El botones se rio mientras colgaba la bolsa de ropa en el armario

—¿Puedo hacer algo más por usted, señora? —dijo el botones mientras colgaba el portatrajes en el armario.

—No, a menos que sepas cómo hacer que mi compañero de habitación se relaje un poco.

—¿Tal vez con champán?

—No es mala idea. —Los botones se marcharon, dejándolos solos en la suite de nuevo. Astrid se fue directa hacia la botella—. ¿Tomamos una copa antes de vestirnos y bajar?

—¡No! —Clay casi se abalanzó sobre la botella para impedir que la abriera—. No es una buena idea.

—¿Por qué no?

—El champán es para celebrarlo. Prefiero guardarlo para después.

Capítulo Cinco

Clay odiaba preocuparse. Le parecía una pérdida de tiempo y energía, sobre todo cuando se trataba de cosas que no podía controlar, como el Premio Estatal al Arquitecto del Año.

—No puedes hacer nada al respecto. Relájate —se dijo en el espejo mientras se alisaba la pajarita.

«Pero esto me importa». Aunque no solía darle mucha importancia a lo que pensarán los demás y confiaba en su trabajo, había una parte de él que ansiaba el reconocimiento del premio. Había crecido sin la presencia ni la orientación paterna, su único apoyo había sido su hermana Miranda. Para su abuela habían sido más bien una carga. Y él quería ese premio. Había trabajado muy duro para ello.

Respiró hondo, tratando de aliviar su inquietud. Solo tenía que aguantar unas horas más hasta que anunciaran el ganador. Mientras tanto, tal vez lo mejor sería centrarse en su próximo reto: lidiar con Astrid y el vestido provocativo que había elegido para esa noche.

Abrió la puerta de su habitación y salió al salón principal de la suite. Había tardado más tiempo en arreglarse de lo que era habitual en él. No había podido evitar pensar en Astrid en su habitación, en si estaría vestida o desnuda... Tragó saliva, consciente de la tentación que suponía pasar la noche con Astrid cuando él se sentía tan vulnerable. Ella estaba allí para hacer de apoyo moral. Nada más. Pero, si era sincero consigo mismo, él quería mucho más.

Necesitaba una copa para calmar sus nervios. Debería haber aceptado la sugerencia de Astrid de abrir el champán hacía una hora. Había puesto la excusa de que era para celebrar el premio, cuando en realidad le parecía demasiado romántico. Si lo abría ahora, ella se enfadaría. Así que se decantó por sacar una botella de bourbon del mueble bar. Clay se echó una cantidad generosa en un vaso de cristal tallado. Estaba a punto de llevarse el vaso a los labios cuando oyó que la puerta de Astrid se abría a sus

espaldas. Se giró y, en cuanto la vio, lo único que pudo hacer fue vaciar el vaso de un solo trago.

—¿Tienes sed? —preguntó Astrid.

Clay asintió con entusiasmo, incapaz de apartar los ojos de ella. Estaba preciosa. Llevaba un elegante vestido azul oscuro de escote discreto, pero que descendía lo suficiente como para volverlo loco, acentuando su busto. A su mente le costó muy poco esfuerzo dibujar los detalles ocultos de sus pechos. Cómo se sentirían en sus manos... De su largo y estilizado cuello colgaba una cadena con una gema brillante de talla cuadrada.

—¿Eso es un diamante? —preguntó él.

Astrid se llevó los dedos a la piedra.

—Lo es. Fue un regalo de Johnathon.

Y ahí tenía un buen recordatorio de por qué no debería tener ningún acercamiento con Astrid. Ella y su hermana habían estado casadas con el mismo hombre. Además, poseía una parte de la empresa para la que él trabajaba. Había un millón de razones para no sentir lo que él sentía por ella, pero tenía tantas ganas de agarrarla y llevársela al dormitorio...

«Céntrate, Clay», se dijo.

—Es precioso... —Se sirvió otra copa y se la bebió igual de rápido que la anterior—. ¿Te preparo una copa? O podemos abrir ya el champán si quieres.

—Tomaré lo que sea que estés tomando. —Ella se acercó más a él, envolviéndolo con su perfume. Era cálido y dulce, como ella—. Tenías razón. Deberíamos dejar el champán para después de la ceremonia. Para celebrar tu premio.

—Deja de decir eso.

Ella acortó aún más la distancia y le alisó la solapa de la chaqueta. Clay no podía apartar la mirada de su mano y luchaba contra el deseo de arrancarle el vestido.

—Creo que hay que pensar en positivo siempre. Eres brillante y tienes un gran talento.

No entendía cómo podía tener tanta confianza en él cuando solo lo conocía hacía unos meses.

—La decisión ya está tomada. En algún lugar del hotel, hay un sobre con un nombre que podría no ser el mío.

—Pensamientos positivos, Clay. Solo buenos pensamientos —le dijo Astrid mirándolo a los ojos y dándole una palmadita en el pecho—. Bueno, ¿dónde está mi bebida?

—Oh. Cierto. —Clay agarró un segundo vaso y sirvió un chorrito de bourbon—. Siento no haber querido abrir la botella antes.

—No te preocupes. Entiendo que no quieras celebrarlo con antelación. Estás muy nervioso, ¿no?

—Sé que es algo tonto, pero sí. No me gustan las multitudes. No disfruto con las reuniones sociales de este tipo. Y tampoco me entusiasma la idea de sentarme en esa sala, oír que anuncian mi nombre entre los nominados y que luego le den el premio a otro.

Astrid se acercó y le acarició un brazo, haciendo que sus defensas flaquearan. Sería tan sencillo besarla y estrecharla entre sus brazos...

—Creo que esta noche deberías dejar de querer controlarlo todo —le dijo en tono cálido y tranquilo.

—¿Perdón?

—Te gusta llevar el control, hasta de la cosa más pequeña. Pero esta noche no puedes hacer nada, así que relájate.

—¿Y qué hago? No puedo cambiar radicalmente mi personalidad y volverme de repente tranquilo y relajado.

Ella negó con la cabeza.

—Esta noche yo estoy al mando. Harás lo que yo digo. Sin excepciones.

—No creo que funcione...

—Lo haré. Solo necesito que confíes en mí. Si no me haces caso, me iré. ¿Tú quieres que me vaya?

La idea de que Astrid lo abandonara a esas alturas era algo impensable.

—No. No quiero que te vayas.

Astrid estaba contenta porque por fin había conseguido ablandar un poco a Clay.

Le agarró de la mano en el ascensor mientras bajaban al vestíbulo. Al principio, él le dirigió una mirada inquisitiva, pero ella le hizo un gesto con las cejas a modo de recordatorio de que ella estaba al mando y que más le valía no cuestionar sus métodos.

En la planta baja, recorrieron el elegante vestíbulo hasta llegar al salón donde se celebraría la cena y la entrega de premios. Hicieron cola para registrarse y Astrid se dio cuenta de que, tras ese paso, les esperaba un fotógrafo y un photocall. Y sospechaba que Clay no querría que le hicieran fotos.

—Sí. Hola... Astrid Sterling y Clay Morgan —dijo él cuando llegaron a la mesa de recepción—. De Sterling Enterprises en San Diego.

—Sí, señor Morgan. Le tenemos en la mesa dos justo enfrente del escenario. Buena suerte esta noche.

—Justo lo que quería —murmuró Clay sarcásticamente a Astrid—. Estar en primera fila para que me vea todo el mundo.

—Recuerda lo que hablamos. Tienes que ser optimista. Piensa que si ganas será un paseo más corto. —Entonces, ella señaló con la cabeza al fotógrafo—. ¿Listo para hacerte una foto?

—¿De verdad tenemos que hacerlo?

—Sí. Pero no te preocupes, he hecho esto un millón de veces.

—¿Se supone que debo ponerme de cierta manera?

—Una mano en el bolsillo del pantalón, la otra en el costado. Y no pongas los hombros mirando a la cámara. —Tiró de su mano hasta que estuvieron de pie delante del photocall. Astrid inclinó instintivamente el cuerpo y se puso la mano en la cadera. Clay siguió sus indicaciones a la perfección.

—Parece que ya han hecho esto antes —dijo el fotógrafo.

—Ella es la profesional —dijo Clay sonriendo de verdad, ahora un poco más relajado.

—Hacen una pareja increíble. Que disfruten de la noche.

Astrid apenas pudo contener la sonrisa cuando entraron en el salón. Estaba segura de que hacían muy buena pareja. Muy muy buena.

—¿Tomamos algo antes de la cena?

—Sí, me parece bien. —Astrid le cedió un poco el control, dejando que Clay la guiara a través de la multitud.

—¿Qué te gustaría beber? —preguntó Clay.

Por supuesto, él no tenía ni idea de lo que solía beber. Apenas se habían relacionado fuera del trabajo.

—Un vino blanco estaría bien.

—¿Nada más fuerte?

—Necesito mantener la cordura. Esta noche mando yo, ¿recuerdas?

Ya con las bebidas en la mano, Clay vio a varias personas que quería que ella conociera, la mayoría arquitectos del bufete de Santa Bárbara donde él había trabajado.

—Quiero que conozcáis a Astrid Sterling. Trabajamos juntos en Sterling. Es la jefa de proyecto de nuestra propuesta para el paseo marítimo de San Diego.

—Oh, sí. Algo he oído —dijo uno de los hombres—. Dicen que Sterling está entre los favoritos.

—Aún nos quedan dos fases más del proceso de licitación hasta que sea definitivo —dijo Astrid.

—Astrid es increíble —afirmó Clay—. Es tan buena cumpliendo los plazos que hasta vamos adelantados.

Ella se quedó algo descolocada. Le había oído decir demasiadas veces que no trabajaban bien juntos. Nunca se le había ocurrido que él pensara realmente que ella hacía un buen trabajo. No iba a decirle nada mientras estuviesen con otra gente, pero se guardó el comentario al respecto para otro momento.

—En realidad, Clay es la verdadera estrella de nuestro equipo —dijo Astrid—. Sin él, no tendríamos ninguna oportunidad.

—No me cabe duda. Por eso está nominado esta noche —dijo el hombre, justo cuando sonó una campanada que anunciaba que todos debían tomar asiento para la cena—. Te deseo la mejor de las suertes, Clay.

Astrid y Clay se sentaron a su mesa, donde les esperaban los otros tres finalistas y sus acompañantes.

—Creo que cada vez estoy más nervioso. —En respuesta, ella lo agarró de la mano por debajo de la mesa, haciendo que su corazón casi dejara de latir—. Pase lo que pase esta noche, me alegro de que estés aquí.

—No querría estar en ningún otro sitio —le dijo Astrid con una sonrisa.

No tardaron en servirles la cena: una deliciosa lubina salvaje con salsa de eneldo y limón. Clay hurgaba en su plato, sin mostrar mucho interés por la comida.

—¿No te gusta? —preguntó Astrid.

—Está delicioso. Solo que no tengo hambre.

A Astrid le dolía verle así. Parecía estar pasándolo mal.

—Entonces, ¿eso significa que puedo comerme tu postre?

Clay pasó el brazo por detrás del respaldo de la silla de Astrid, lo que hizo que se enderezara un poco.

—Si es de chocolate, probablemente no.

—Me parece justo.

Por suerte para Clay, el postre era de chocolate. Todo el mundo lo estaba saboreando, incluido él, cuando una mujer subió al escenario y comenzó la presentación. Inmediatamente, él dejó el tenedor en el plato y volvió a parecer nervioso.

Se removió en su asiento cuando se entregaron los primeros premios, todos ellos del ámbito de la arquitectura residencial, que no era el área de especialización de Clay. Retiraron los platos de las mesas, repartieron copas de champán a todos y Clay siguió luchando con sus nervios. Astrid habría hecho cualquier cosa para aliviar su inquietud. Cuando comenzaron con los premios a la arquitectura comercial, ella se inclinó más hacia él para hablarle al oído:

—Ya falta poco. Respira.

Él asintió con la cabeza, bajando la vista hacia la mesa y una servilleta de cóctel que doblaba y desdoblaba con una mano sin parar. Astrid buscó su otra mano debajo de la mesa. Se la encontró apoyada en el muslo firme y musculoso de él. Sintió el deseo de recorrer su pierna con su tacto, pero, en su lugar, se limitó a apretar su mano. Cada vez que él carraspeaba o se movía en el asiento, ella se la apretaba con fuerza.

—Y finalmente, llegamos al último premio de la noche. El Premio Estatal al Arquitecto del Año. Como todos ustedes saben, este premio está abierto tanto a arquitectos comerciales como residenciales, por lo que realmente representa lo mejor de lo mejor en nuestro estado. Los nominados han demostrado excelencia con su visión, creatividad, profesionalidad y devoción por su oficio.

Todo el salón se quedó en silencio, y de repente Astrid se puso tan nerviosa como Clay. Tal vez incluso más. ¿Y si no ganaba? ¿Por qué había sido tan estúpida de asegurarle que sí lo haría? Podía imaginarse cómo sería su relación laboral si él acababa perdiendo. Ella sería un recordatorio diario de que no lo había conseguido.

Y entonces, la presentadora despejó la duda:

—El ganador es Clay Morgan, de Sterling Enterprises.

Astrid y Clay se miraron y se quedaron paralizados. Luego se echaron a reír. Entonces, él se levantó de su asiento y le dio el abrazo más fuerte y entusiasta que jamás había dado a nadie.

—Gracias —le susurró él al oído, mientras el público aplaudía.

—Sube ahí —lo animó Astrid, separándose de su abrazo—. Ya me lo agradecerás más tarde.

Clay subió las escaleras hasta el escenario entre los aplausos y los vítores del público. Astrid lo siguió con la mirada, sintiéndose orgullosa y feliz. Vio cómo recibía el premio y lo sostenía con admiración. Luego se acercó al micrófono y comenzó a hablar:

—Vaya —dijo Clay por el micrófono—. Gracias, para mí es un gran honor. Significa mucho para mí. No voy a aburrirles con un largo discurso, pero quiero dar las gracias a todos en Sterling Enterprises. Nuestro equipo es increíble. También quiero dar las gracias a mi hermana y a mi hija, ninguna de las cuales ha podido estar aquí esta noche, pero a las que les debo todo. Son mi vida. —Respiró hondo y una sonrisa de satisfacción se dibujó en su rostro—. Gracias.

Astrid se secó las lágrimas. Era un momento tan bonito y tan merecido. Se emocionó al escuchar cómo Clay mencionaba a su familia, a la que tanto quería y echaba de menos. Se sintió un poco triste al no oír su nombre, pero se consoló pensando que él la había incluido en el equipo. Después de todo, ella era su asistente personal, su mano derecha, su confidente.

Clay bajó del escenario y fue saludando y recibiendo felicitaciones por el camino. Astrid lo esperaba impaciente en su mesa, deseando abrazarlo de nuevo.

Cuando él llegó hasta ella, negaba con la cabeza.

—Debería haberte dado las gracias expresamente desde el escenario. Lo siento mucho. Estaba nervioso y no sabía muy bien lo que decía.

—Pero me diste las gracias. Soy parte del equipo. —Ella le restó importancia, sin querer mostrar su decepción—. No te preocupes. Me alegro por ti.

—Pero eres una parte importante de mi vida laboral y he sido un imbécil. Supongo que me ha hecho falta pasar este tiempo contigo para darme cuenta de que podemos trabajar bien juntos.

Astrid se sonrojó hasta las orejas. No solo estaba inmensamente orgullosa de él por su premio, sino que se alegraba de que por fin hubieran superado la barrera que había entre ellos. ¿Sería un anticipo de lo que estaba por venir?

—Estoy muy feliz por ti —dijo ella muy emocionada.

—Hay una botella de champán esperándonos arriba.

Capítulo Seis

—¿**E**stás seguro de que no quieres ir a la recepción? —preguntó Astrid, entre felicitación y felicitación de toda la gente que se acercaba a hablar con el gran galardonado de la noche—. Los demás ganadores estarán allí.

—Ir a una fiesta es lo último que quiero hacer. No era la celebración del premio lo que buscaba. Era el reconocimiento. Y eso ya lo he conseguido.

Lo único que él quería era estar con ella. Astrid había sido la responsable de que esa noche fuera tan especial. Le había hecho salir de su caparazón y disfrutar del momento. Sin ella, habría sido un aburrido espectador de su propio triunfo.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Subimos y brindamos por tu gran victoria? —preguntó Astrid.

—Siempre que te parezca bien. No quiero que te pierdas ninguna diversión. Estás muy guapa con ese vestido... No te culparía si quisieras dejarte ver en la fiesta.

—¿Estás flirteando conmigo, Clay? —preguntó Astrid sorprendida.

Se puso nervioso. No sabía si ella se sentía atraída por él, pero decidió arriesgarse y ser sincero con ella. Se lo debía por haber sido su apoyo incondicional.

—No estoy flirteando. Es la verdad —respondió muy serio—. Eres la mujer más preciosa que he visto nunca. Estoy seguro de que cientos de hombres te lo han dicho antes.

—¿De verdad lo piensas?

—¿No es un poco obvio? —respondió él con una sonrisa torcida.

—No me lo han dicho cientos de hombres —confesó ella—. No de la forma en que acabas de hacerlo tú, con sinceridad.

—Seguro que has partido más de un corazón.

Ella negó lentamente con la cabeza, sin romper el contacto visual con él.

—No, no es así. Los hombres sienten admiración por mi físico, pero nunca se atreven a tratarme con honestidad.

—¿Eso es importante para ti? ¿La honestidad? —preguntó Clay con curiosidad.

—Inmensamente.

Clay supo que era el momento de confesarle algo que había ocultado durante mucho tiempo. Algo que podía cambiarlo todo entre ellos.

—Pues, para ser sincero, debo confesarte que llevo semanas luchando contra la atracción que siento por ti —le dijo con voz grave—. Pero quiero que sepas que no es solo porque seas una mujer impresionante. Eres tan abierta y generosa. Eres tan dulce...

Astrid no podía creer lo que estaba oyendo. Él también se sentía atraído por ella. Y no solo físicamente. También por su personalidad.

—No dirías que soy tan dulce si supieras lo que estoy pensando al verte con ese traje...

—¿Qué? —preguntó Clay confundido.

—No eres el único que ha luchado contra la atracción, Clay. Me quedé boquiabierta la primera vez que te vi.

Clay sintió un calor abrasador recorrerle el cuerpo. Ella también lo deseaba. Lo había deseado desde el principio.

—Vaya... No esperaba que dijeras eso.

—¿He conseguido sorprender al imperturbable Clay Morgan? —le preguntó ella guiñándole un ojo de manera coqueta.

—Lo has hecho. Creo que deberíamos subir a la habitación y abrir esa botella de champán.

—Justo lo que yo estaba pensando. —Astrid enganchó su brazo en el de él y se dirigieron hacia la puerta.

En el exterior del salón de baile, decenas de personas seguían hablando arremolinadas. Clay se abrió paso entre la multitud con Astrid de la mano. En un momento que ella se giró y tiró de él para hacer un cambio de rumbo, Clay se dio cuenta de que su vestido tenía una raja enorme. Al

ver un poco de su piel al desnudo, le entró un calor repentino que le hizo sudar.

Cuando entraron en el ascensor, Clay pulsó el botón de la última planta del hotel y luego las puertas se cerraron. A los dos les faltaba el aliento tras moverse de manera tan apresurada por el vestíbulo. A Clay se le fueron los ojos al escote de Astrid, que no paraba de subir y bajar con cada inhalación.

Estaban a punto de llegar al piso cuando a Astrid se le cayó el bolso de mano. Clay se agachó para recogerlo y Astrid hizo lo mismo. El ascensor sonó y la puerta se abrió, pero ambos se quedaron paralizados, mirándose fijamente. Fue como admitir en silencio que algo iba a ocurrir entre ellos.

Salieron al vestíbulo y la sensación de urgencia crecía por momentos. Clay se aflojó la pajarita mientras avanzaba por el pasillo. No podía soportarlo más. Algo había empezado en la planta baja y había continuado en el ascensor. Demonios, había empezado en cuanto se conocieron. Pero ya estaba harto de contenerse.

Cada centímetro de Astrid era una tentación. Necesitaba tocarla, quitarle ese vestido. La quería en su cama, aunque solo fuera por una noche.

Clay abrió la puerta y la sujetó para que Astrid entrara en la suite. Mientras la cerraba tras pasar él, Astrid dejaba su bolso sobre la mesa de la entrada, apoyaba la mano en la pared y se quitaba los zapatos.

—Estos tacones me están matando.

Clay se acercó y se agachó para ayudarla. Fue entonces cuando ella le puso una mano en el hombro. De rodillas, él la miró.

—Solo intentaba ser caballeroso.

—Sé que lo eres. Y te adoro por ello. —Con la otra mano, Astrid le acarició una mejilla—. Me gustas, Clay. Me gustas mucho. Incluso cuando no siempre parezco gustarte...

Entonces, él se puso en pie.

—No. Para. —Le agarró una mano—. Siempre me has gustado. Solo que no siempre me ha gustado mi forma de comportarme a tu lado. Eso es culpa mía. No tuya.

—Sé que te gusta el control. ¿No sientes como si lo perdieras cuando estás cerca de mí?

—Sí... Y no me gusta saber que tengo debilidades.

—Es algo que nos pasa a todos.

Por desgracia, eso a él no le proporcionaba ningún consuelo.

—Dejemos de hablar de mí. Quiero saber lo que quieres. —Le frotó el dorso de la mano con el pulgar.

—¿Te refieres a ahora mismo o a largo plazo?

—A ahora.

Ella se puso de puntillas y se acercó a su cuello.

—Quiero esto... —Astrid se acercó y unió sus labios a los de él.

Clay reaccionó de inmediato, su lengua comenzó a reclamarla y le rodeó la cintura con sus fuertes brazos. No paraba de pensar en quitarle aquel vestido. La sola idea de tenerla desnuda le tensaba el cuerpo. La deseaba de un modo que no podía llegar a comprender.

—Necesito saber si esto es realmente lo que quieres, Astrid —le dijo Clay mientras recorría su cuello con la boca—. Si aparto un solo centímetro de tu vestido, si tenemos sexo, toda nuestra dinámica en el trabajo va a cambiar.

Ella echó la cabeza hacia atrás y entrecerró los ojos.

—¿Me estás tomando el pelo? Quiero que nuestra forma de trabajar cambie por completo. —Ella metió las manos bajo su chaqueta y se la pasó por los hombros y los brazos hasta hacerla caer al suelo.

Astrid lo deseaba tanto que hasta le dolía pensar en ello, aunque no tenía ni idea de lo que pasaría tras hacer el amor con él.

Prefirió no hacerse preguntas y dejarse llevar. Ahora que ya no llevaba chaqueta, fue a por su camisa. Él volvió a besarle el cuello y ella estiró los brazos para desabrochar su collar y dejarlo sobre la mesa.

Luego Astrid comenzó a explorar los duros pectorales de Clay con las manos. Las de él se dirigieron a la cremallera del vestido, bajándolo lentamente. Las mangas le llegaban hasta los codos, pero el ajustado corpiño seguía cubriéndole los pechos. Lo único que deseaba era estar desnuda para él. Así que dio un paso atrás y estiró los brazos, dejando que el vestido bajara por su propio peso poco a poco, quedando al descubierto su sujetador negro de encaje sin tirantes y sus bragas a juego.

Los ojos de Clay brillaron con más intensidad al verla así.

—Eres preciosas, Astrid. —Él acunó su cara con ambas manos, acercando sus labios a los suyos, y luego le dio la vuelta hasta que quedó de espaldas a él. Le desabrochó el sujetador y tiró de sus hombros hacia él. Después le acarició los pechos, y sus pezones se endurecieron por el cálido contacto. Necesitaba tanto que la tocara... El deseo que sentía era tan intenso que no podía evitar gemir con cada caricia.

Ella le agarró las manos y se las bajó por el vientre, con la esperanza de transmitirle sus deseos. Él captó la indirecta y le bajó las bragas hasta los glúteos. Astrid se las quitó, sintiéndose deliciosamente libre. Luego se dirigió directamente a los pantalones de él, desabrochándolos, bajando la cremallera y tirando de ellos y de sus bóxer. No quería quedarse mirando, pero era magnífico ahora que podía verlo desnudo... hasta el último centímetro. Lo besó suavemente, se agachó y tomó su erección con la mano. Él gimió con el primer contacto, un sonido que fue descendiendo a medida que ella le daba largas y cuidadosas caricias.

Clay la agarró de la mano y la condujo a uno de los sillones de la suite. Le presionó ligeramente el hombro y ella se sentó, sin saber qué estaba haciendo o qué quería.

Él se puso de rodillas en el suelo, con los ojos ardientes de lujuria. Le agarró una pantorrilla y se la puso sobre el hombro, abriéndole las piernas e instándola a reclinarsse en el sillón. Le besó el vientre y luego la cara interna del muslo, siguiendo con la boca un rastro directo hasta el centro de su feminidad.

Astrid ahogó un grito cuando la boca de él llegó a sus zonas más húmedas y le pasó la lengua en círculos. Cerró los ojos con fuerza y hundió las manos en su espeso cabello. Deslizó un dedo dentro de ella, luego dos. La presión aumentó rápidamente. Ella respiraba con dificultad y entrecortadamente, al borde del abismo. Hasta que no pudo más... Arqueó la espalda y se dejó llevar por la sacudida de placer y las olas que la siguieron, mientras él presionaba con sus increíbles labios la sensible cara interna de sus muslos.

Ella se incorporó y lo miró con ojos de deseo. Lo quería dentro de ella.

—¿Tienes un preservativo? Por favor, dime que sí.

—Quizá en mi neceser. No estoy seguro.

Astrid no tenía. No había tenido una relación íntima con un hombre en tres años. No había estado con nadie desde Johnathon.

—Tenemos que encontrar uno. Necesito sentirte dentro...

Ambos se levantaron y se pusieron a rebuscar por todas partes.

—He encontrado uno —anunció Clay.

—Perfecto. Es suficiente. —Se lo arrebató de la mano, dispuesta a tomar las riendas.

Ella tiró de él hacia su dormitorio, se tumbó sobre la cama y él hizo lo mismo. Comenzaron a besarse y a enroscar sus cuerpos. Clay le clavó los dedos con fuerza en el trasero, haciéndole entender lo mucho que deseaba estar dentro de ella. El sentimiento era mutuo.

Astrid lo empujó hacia atrás y se arrodilló entre sus piernas. Le pasó un dedo por el centro del muslo, desde la rodilla hasta el contorno de la cadera. Él cerró los ojos y giró la cabeza hacia un lado mientras ella repetía el recorrido en el otro.

—¿Quieres que te toque? —le preguntó ella. La respuesta era obvia, pero aun así quería oírla.

—Sí. Por favor.

Astrid bajó la cabeza y sopló suavemente en su erección.

—¿Y ahora qué?

—Ahora estás siendo mala. —Clay gemía de anticipación—. Aunque me gusta. Me gusta que seas mala.

Ella le puso las manos a ambos lados del pecho y le besó suavemente los pectorales, mientras su muslo rozaba su erección.

—No quiero ser mala. Solo quiero hacerte feliz. —No quería hacerle rogar. Ese no era su objetivo. Solo quería que aquella noche fuera increíble para los dos. Se agachó y lo tomó en sus manos, envolviéndolo con sus dedos.

—Soy feliz mientras me toques.

Astrid sonrió y comenzó a acariciar su miembro en toda su longitud, hacia arriba, pasando la palma de la mano por la punta y bajando hasta la base, apretando a medida que avanzaba. Una vez más, tomó nota mentalmente de sus reacciones, de las cosas que le hacían deshacerse de placer. También le encantaba tener un poco de control sobre él. Normalmente se sentía en desventaja a su lado.

Él se levantó sobre los codos y abrió los ojos.

—No puedo esperar más. Necesito estar dentro de ti.

—Yo también te deseo, Clay. —Entonces, ella agarró el preservativo de la mesita de noche, abrió el envoltorio y se lo puso con cuidado.

En cuanto ella terminó, la empujó hacia un lado y se puso encima de ella. Fue tan fuerte y contundente que casi la dejó sin aliento. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan deseada.

Entonces Clay se introdujo en ella lentamente. A Astrid le parecía un sueño, pero aquello era muy real. Él se movía con maestría, cada movimiento de cadera y cada beso le producía un cosquilleo por todo el cuerpo.

—Háblame, Astrid. Dime lo que necesitas.

Para aquel hombre de pocas palabras, aquello era toda una sorpresa.

—¿Ahora quieres que hable? —bromeó ella, levantando la cabeza y besándole el pecho, luego el cuello.

—Quiero satisfacerte.

Ella se movió un poco y luego le agarró del hombro, tirando de él hacia abajo.

—Quiero sentir todo el peso de tu cuerpo sobre mí.

—Te aplastaré y te haré daño. —No lo harás.

Ella subió un poco más las rodillas, permitiendo que él pudiera profundizar más en sus embestidas.

—Eso es. Justo ahí.

Él se hundió contra ella, aumentando la presión, besándola profundamente y con una pasión interminable. Astrid se aferraba a su espalda, cada vez estaba más al límite. Sus entrañas se tensaban y estaban a punto de saltar en cualquier momento.

—Estoy cerca —murmuró ella en su oído.

—Yo también.

Ella sonrió y acurrucó la cara en su cuello, dejando que su barba rozara sus mejillas. Cerró los ojos y sus músculos se contrajeron. Él aumentó su intensidad y ella se aferró aún con más fuerza a su cuerpo, hasta que el placer la atravesó, haciéndola gritar. Clay la siguió, con el torso rígido por un momento y luego relajándose mientras se rendía. Se desplomó a su lado, pero enseguida la estrechó entre sus brazos. Ella no esperaba acurrucarse después del sexo. No con Clay. Era un hombre lleno de sorpresas. De eso no había duda.

Capítulo Siete

Clay se despertó con una agradable sensación en el cuerpo y la cálida respiración de Astrid sobre su pecho. Hacía mucho tiempo que no estaba así con una mujer. Le resultaba muy agradable, pero tenía sentimientos encontrados. Su pasado amoroso lo había dejado muy marcado y temía involucrarse de nuevo con alguien. Sobre todo por su hija.

Aun así, Astrid era sencillamente increíble. La noche anterior habían tenido una conexión física intensa y una voz en su interior le decía que quería más. Pero pronto volverían a la realidad. En unas horas regresarían a San Diego, pasaría el fin de semana con Delia y Astrid y él volverían al trabajo el lunes. Y acababan de complicar aún más su relación profesional. Había cometido un error, y ahora tenía que arreglarlo.

Estaba dándole vueltas a cómo abordar el tema con Astrid cuando sonó su teléfono. Miró el reloj de la mesilla de noche. Eran las nueve de la mañana. Probablemente serían Miranda y Delia.

—Astrid. Tengo que contestar esta llamada. —Se separó de ella y corrió por la habitación en busca de su teléfono. Para colmo, era una videollamada. Pulsó el botón de aceptar, pero dejó el teléfono enfocando el techo—. Hola, chicas. ¿Qué tal? —Se puso rápidamente los calzoncillos y buscó sus vaqueros.

—¿Por qué estamos mirando un techo? —preguntó Miranda.

Al otro lado de la habitación, Astrid estaba sentada en la cama, desperezándose.

—Lo siento —dijo Clay—. Me estoy poniendo una camiseta. Acabo de salir de la cama. —Se llevó un dedo a los labios para indicar a Astrid que guardase silencio.

—Te llamamos para felicitarte —dijo Miranda—. Nos sorprendió que no nos llamas anoche. Tara me mandó un mensaje emocionada porque habías ganado.

Se sintió culpable. Había llegado a la cima y no se le había ocurrido llamar a las dos personas más importantes de su vida. Ya vestido, agarró el teléfono y miró la pantalla. Allí estaban Delia y Miranda, sentadas en el sofá del salón.

—Lo siento mucho. Después hubo una gran fiesta con mucha gente. No he tenido un minuto libre para mí. —Odiaba mentir. La noche anterior se le olvidó por completo llamar a casa. Era algo imperdonable. Y un claro ejemplo de lo mucho que Astrid lo distraía.

—¿Fiesta? —preguntó Miranda con cara de incredulidad—. Tú odias las fiestas.

—Sí que odias las fiestas —le susurró Astrid mientras salía de la cama—. No mientas al respecto.

Clay chistó para que se callara.

—¿Acabas de hacerme callar? —preguntó Miranda.

—No siempre las odio —replicó Clay cuando Astrid se le acercó completamente desnuda. Iba a costarle mucho mantener la conversación con el espectáculo de sus curvas contoneándose por la habitación.

—Papá, ¿cuándo vuelves a casa? —preguntó Delia.

—Pronto, cariño. Pronto. Tengo que ducharme, hacer las maletas y desayunar algo. Volveré un poco después de la hora de comer.

—Entonces, ¿la tía Miranda y yo podemos ir a nadar?

—Tómate el tiempo que necesites —dijo Miranda guiñándole un ojo. ¿Le estaba tomando el pelo? No debería haberle pedido consejo sobre Astrid. Esperaba que ella pudiera ayudarlo a enderezar sus pensamientos, pero su hermana había hecho todo lo contrario. Lo había animado a abrirse al amor.

—Os quiero a las dos —se despidió Clay.

—Yo también te quiero —respondieron Miranda y Delia a la vez.

Clay terminó la llamada, con la conciencia y el corazón tocados.

Levantó la vista y vio a Astrid de pie en la puerta del cuarto de baño, apoyada en el marco, con su glorioso cuerpo en plena exhibición.

—¿He oído algo sobre una ducha? —Acompañó la pregunta con un sutil movimiento de cejas.

Sabía que lo que estaba a punto de decirle no le iba a gustar a Astrid, pero tampoco quería darle a entender lo que no era.

—Necesito hablar contigo antes de la ducha.

Ella se puso de puntillas y le besó el cuello.

—¿De qué quieres hablar?

Clay la tomó de las caderas de manera instintiva y, en el instante en que su piel tocó la de ella, volvió a debatirse en su interior. La deseaba tanto...

—De nosotros. De lo de anoche.

—Fue increíble —le susurró ella al oído.

—Lo fue. Absolutamente. Pero no hablamos de nuestras situaciones personales antes de acostarnos. Y la llamada de Miranda y Delia hace un momento me ha recordado que tengo otras personas de las que preocuparme aparte de mí mismo.

—Oh. Vale. —Astrid se separó de él—. Supongo que podríamos hablar de ello ahora...

—Mi situación es complicada. Por eso luché contra mi atracción por ti. No puedo involucrarme con nadie. Mi hija es mi prioridad. Ella ha pasado por mucho.

Astrid se acercó al tocador y agarró una toalla, envolviéndose el cuerpo con ella.

—Por supuesto. Lo comprendo.

¿Lo comprendía de verdad? Ella no conocía prácticamente nada de su pasado, y él pretendía que siguiera siendo así.

—Y luego está el trabajo. Tú y yo sabemos cómo son los rumores en esa oficina. Si alguien se entera de esto, será de lo único que hablen.

Astrid no esperaba tener una conversación así después de lo vivido la noche anterior, se sentía devastada, pero se forzó a sonreír.

—No te lo tomes todo tan en serio, Clay. Solo ha sido un poco de sexo entre amigos.

—¿Estás segura? —Su expresión no parecía decir lo mismo que sus palabras.

—Sí. Te preocupas demasiado. —Le dio una palmada en el hombro—. Me ducharé en mi propio baño.

Clay tragó saliva, dándose cuenta de que tal vez había metido la pata hasta el fondo.

—¿Estarás lista en una hora?

—Sin problemas. —Ella asintió y se dirigió a la puerta.

—¿Quieres que llame al servicio de habitaciones y pida café? ¿Tal vez algunos pasteles? —Era tan patético tratando de complacerla con dulces...

—Gracias, pero no tengo hambre. —Y después ella desapareció.

Clay suspiró y entró en su cuarto de baño. ¿Cómo había podido salir todo tan mal? La noche anterior había estado en la cima del mundo. Y no solo por el premio. Astrid le había hecho sentirse vivo de nuevo.

Pero sus necesidades y deseos no eran lo más importante. Era una cuestión de prioridades. Astrid y él tenían trabajo que hacer juntos. Y Clay tenía una hija que proteger.

En cuanto Astrid salió del dormitorio de Clay, se encontró con demasiados recuerdos de la noche anterior. El champán sin abrir, el colgante de diamantes que Johnathon le había regalado hacía tantos años y, por último, el esmoquin de Clay y su vestido tirados en el suelo. Quizás la noche anterior se lo hubiese pasado como nunca, pero ahora todo le resultaba muy deprimente.

Lo recogió todo y lo arrojó encima de la cama. Estaba enfadada, frustrada y confusa.

Se metió en la ducha con la idea de borrar los rastros de la noche anterior. Había sido increíblemente, pero ya había terminado. Clay le había cerrado la puerta en las narices.

Ya fuera de la ducha, delante del espejo mientras se secaba el pelo, pensó en que ya era hora de centrarse en sí misma. Y eso significaba olvidarse de Clay.

El problema era que, por el momento, su objetivo profesional de establecerse como parte indispensable del equipo de Sterling era imposible de alcanzar sin él. El proyecto del paseo marítimo era muy importante y Clay jugaba un papel decisivo. Pero se recordó a sí misma que él también la necesitaba, así que cada uno tendría que hacer su trabajo. Tendrían que ser profesionales, era la única manera de sacar adelante el proyecto.

Lo mejor era continuar. De lo contrario, tendría que plantearse otras alternativas, como tomar un avión y volver a Noruega. Y aún no estaba preparada para darse por vencida.

Clay hizo el check out del hotel mientras Astrid esperaba a que el aparcacoches trajera su Bentley. Deseaba teletransportarse y estar ya de vuelta en su casa en San Diego. Temía el regreso en coche con Clay.

Le dio una generosa propina al aparcacoches y se subió al asiento del copiloto mientras el empleado le sujetaba la puerta. Clay salió del hotel instantes después, dejándola sin aliento. Era tan atractivo... Por mucho que quisiera, no podía dejar de mirarlo. Jamás olvidaría esa noche con él.

—¿Todo listo? —preguntó Clay, abrochándose el cinturón de seguridad.

—Sí. —Astrid miró al frente, reacia a concederle siquiera una sonrisa o una mirada agradable. Se había cansado de ser amable con Clay.

—¿Quieres poner algo de música? —dijo él entregándole su teléfono.

Estuvo tentada de elegir una canción que enviara algún mensaje. ¿Quizás algo sexy y romántico, solo para molestarle? O algo ruidoso y frenético, para reflejar el dolor que le había infligido esa mañana con su rechazo. Ahora que lo pensaba, ella solo le había insinuado que se ducharan juntos. Suponía que él habría creído que Astrid querría algo más que sexo.

Al final se decidió por una lista de reproducción de música pop que encontró en el menú de la aplicación.

Mientras conducía, Clay hacía de vez en cuando alguna pregunta o comentario, pero la mayor parte del tiempo permanecía callado. Y la conversación no se salía nunca de cosas como el tiempo, el tráfico o el trabajo.

Clay ya lo había dejado muy claro en el hotel: eran colegas y nada más. Cuanto antes se acostumbrara, mucho mejor.

A medida que se acercaban a San Diego, Clay parecía inquieto y se agitaba en su asiento.

—¿Necesitas ir al baño? —preguntó Astrid.

Él bajó los hombros y la miró.

—No. Solo estoy ansioso por ver a mi hija. Estamos cerca de la salida que lleva a casa de Miranda.

—Vayamos a buscarla entonces. Yo no tengo prisa por llegar a casa.

—¿Estás segura?

—Sí, además me encantaría conocer a tu hija. Y me apetece saludar a Miranda.

Clay puso el intermitente y se dirigió hacia la salida que llevaba a la casa de su hermana. Astrid intentaba encontrar cosas que no le gustaran de Clay, pero no había manera. Y que estuviese ansioso por ver a su hija le ablandaba más aún el corazón. Maldito fuera.

Minutos después, ya estaban aparcando delante de la casa de Miranda, la que había compartido con Johnathon. Clay bajó del coche y fue directo a la puerta principal. Astrid no estaba segura de cuál era su papel en todo aquello, y en vista de lo protector que se había mostrado Clay hacia Delia, pensó que lo mejor sería que se mantuviera un poco al margen.

Miranda abrió la puerta y, al ver a Astrid, la saludó con la mano y le dedicó una sonrisa. Luego desapareció con Clay, dejando la puerta abierta. A Astrid se le revolvió el estómago por el secreto que seguía guardando, el de su aventura con Johnathon cuando él ya tenía una relación con Miranda. A pesar de que Astrid no tenía ni idea de que había otra mujer, se sentía culpable. Que Miranda fuese la hermana de Clay era otra razón más para alejarse de él. Si el secreto salía a la luz y Clay se enteraba de lo ocurrido, nunca la perdonaría, aunque ella tuviera razones de peso para ocultárselo.

Astrid esperó un tiempo prudencial antes de salir del coche y acercarse. Cuando entró en la casa, se dio cuenta de que no estaba preparada para ver a aquel hombre fuerte de la mano de su hija.

—¿Me has echado de menos? —preguntó él a Delia, utilizando el mismo tono de voz dulce que había empleado por teléfono aquella mañana.

Delia entrecerró los ojos del mismo modo que su padre lo hacía en el trabajo cuando Astrid le hacía alguna pregunta demasiado obvia.

—Papá, ya te lo dije por teléfono. ¿No te acuerdas?

—Vale, vale. Es que me gusta oírtelo decir. —Le apartó el pelo de la cara y le besó la mejilla. Astrid, que seguía manteniendo las distancias, sintió como si le apretaran el corazón. Clay era un hombre tan diferente cuando bajaba la guardia. Lo había visto la noche anterior y lo estaba viendo ahora con su hija Delia. Le costaba creer que fuera el mismo tipo rudo con el que se peleaba en el trabajo.

Miranda se acercó a la pareja y puso la mano en la espalda de su hermano.

—Te ha echado de menos, pero no tanto como te gustaría. Nos hemos divertido mucho. ¿A que sí?

—¡Sí! Hemos nadado en la piscina y hemos visto películas comiendo palomitas.

Clay miró a Miranda por encima del hombro.

—Déjame adivinar. Habéis visto La princesa de las nieves.

—Solo tres veces —respondió Miranda.

Delia apartó la mirada de su padre y señaló a Astrid.

—¿Quién eres tú?

Una expresión de horror cruzó el rostro de la aludida.

—Esta es Astrid. Trabajamos juntos en Sterling.

Astrid se acercó y se agachó para ponerse a la altura de Delia.

—Yo sí sé quién eres. Eres la famosa Delia. He oído hablar mucho de ti.

Una leve sonrisa cruzó los labios de la niña, pero parecía estar evaluando a Astrid, tratando de averiguar qué era o dónde encajaba en su vida, si es que encajaba en algún sitio.

—Hola.

Astrid apoyó las manos en las rodillas, aún encorvada.

—Entonces, ¿te gusta La princesa de las nieves?

—Es mi película favorita —dijo Delia asintiendo con entusiasmo.

—¿Sabías que está basada en una fábula noruega?

—¿De verdad? ¿Y eso cómo lo sabes?

Astrid sonrió, recordando su infancia y los cuentos populares que le contaban sus hermanos. Siempre elegían las historias más oscuras con la esperanza de asustar a Astrid, pero nunca les funcionaba. Ella siempre se quedaba con las partes más felices de aquellas fábulas.

—En realidad se llama Las tres princesas. La historia es un poco diferente en la película, la han hecho más divertida.

—¿De dónde viene la nieve?

—En Noruega hay mucha nieve y el invierno puede ser muy largo. Yo nací y crecí allí.

Delia abrió mucho los ojos.

—¿De verdad? Yo nunca he visto la nieve. A veces se ve en las montañas a lo lejos, pero no es lo mismo.

—Vamos, Delia. Tenemos que recoger tus cosas. Astrid necesita llegar a su casa. Estoy seguro de que tiene muchas cosas que hacer hoy — interrumpió Clay su conversación.

—De acuerdo. —Padre e hija comenzaron a subir las escaleras agarrados de la mano.

Astrid no quería ser una molestia. Clay le había dejado claras sus prioridades y no podía culparle por ello. Delia era adorable. Cualquiera querría protegerla.

—¿Clay? Espera un momento.

Él se detuvo y la miró desde lo alto de la escalera, con ojos interrogantes.

—¿Sí?

—Llamaré a un coche para que me lleve al centro. Tú y Delia disfrutad del resto del día juntos.

El rostro de Clay se iluminó y casi sonrió. Casi.

—Gracias, Astrid. Sería estupendo. Te veré en la oficina el lunes.

Astrid forzó una sonrisa. La idea de verle en el trabajo le revolvía el estómago.

—Sí. Por supuesto.

Clay y Delia desaparecieron escaleras arriba, dejando a Miranda y Astrid abajo a solas.

—¿Y bien? —inquirió Miranda—. ¿Qué tal ha ido? ¿Crees que el haber pasado más tiempo con mi hermano os facilitará las cosas en el trabajo?

Astrid no estaba muy segura de cómo responder a esa pregunta. Nada de su noche con Clay iba a hacer nada más fácil.

—Ya veremos. Tu hermano es un hueso duro de roer.

Miranda asintió.

—Siempre lo ha sido. Lo siento si es difícil.

Astrid se encogió de hombros.

—Te lo agradezco, Miranda. —A Astrid no le quedaba más remedio que aguantar todo lo que viniera. Aunque empezaba a preguntarse si alguna vez valdría la pena tanto esfuerzo—. Quería preguntarte si estás disponible para cenar alguna noche esta semana. Me gustaría invitaros a Tara y a ti.

—¿Por diversión o por negocios?

—Las dos cosas. He estado pensando en mi futuro en Sterling.

Miranda agarró el brazo de Astrid.

—Espero que no sea por Clay. Te prometo que ladra más que muerde.

Si Astrid pudiera decirle a Miranda lo que realmente pensaba, que Clay ya le había arrebatado una parte de su corazón y que no estaba segura de poder recuperarlo algún día...

—En realidad es por mí...

Capítulo Ocho

Astrid llegó al trabajo el lunes por la mañana y se encontró con una sorpresa en su mesa: una foto de ella y Clay en la ceremonia de entrega de premios. Venía con una nota de Tara: ¡Hacéis una pareja increíble! Espero que lo pasarais bien.

Astrid se desplomó en su silla y suspiró, agarrando la fotografía e intentando ignorar lo triste que la hacía sentir. No solo lucían increíbles juntos, parecía que eran el uno para el otro. ¿Por qué él era tan reacio al amor? ¿De verdad estaba tan dolido por lo ocurrido con su exmujer? Entendía que quisiera proteger a Delia, pero seguro que él se daba cuenta de que todo romance implicaba un riesgo. No existían las relaciones en las que no te jugabas el corazón. Se preguntaba si alguna vez tendría la oportunidad de decírselo y si él querría escucharla. Su terquedad a veces no tenía límites.

Astrid se puso manos a la obra, decidió quedarse en su despacho y ocuparse del papeleo pendiente y a responder a los correos electrónicos. En cualquier otra mañana de lunes, habría ido en busca de Clay para ponerse al día con el proyecto del paseo y establecer la agenda de la semana siguiente. Eso tendría que ocurrir en algún momento, pero por ahora iba a posponerlo todo lo posible.

Poco después del mediodía, estaba a punto de salir a por una ensalada para comer cuando sonó su móvil con un número desconocido en el identificador de llamadas.

—¿Hola? —respondió ella.

—¿Señorita Sterling? Soy Sandy.

Astrid se irguió en su asiento y tanteó el escritorio en busca de un bolígrafo. Quería tomar notas de su conversación para informar a Tara y Miranda después.

—Hola, Sandy. ¿Cómo estás?

—Estoy bien. Muy bien. Aquella mañana que nos vimos en la pastelería me dijiste que podía llamarte.

—Claro. Por supuesto. ¿Estás buscando trabajo? No he tenido tiempo de ver si hay algún puesto disponible ahora, pero lo haré encantada y seguro que encontramos algo para ti. Yo te sugeriría programar una reunión con el señor Singleton para aclarar los motivos de tu marcha de la empresa.

—En realidad no necesito un trabajo. Tengo uno nuevo y es estupendo. Estoy trabajando en la oficina de urbanismo del Ayuntamiento. Por eso te llamo.

Astrid no se lo esperaba y se preguntó por qué querría Sandy contárselo a ella. Tal vez solo estaba siendo paranoica.

—Oh, vaya...

—Me siento mal por la forma en que os dejé tirados la última vez. Así que quería haceros saber que, si necesitáis algo de mí, no dudéis en pedírmelo. Estaré aquí para responder a cualquier pregunta o dar detalles sobre cualquier aspecto del proceso de selección a medida que avancemos en la segunda fase de licitación del proyecto.

—Fantástico. —Realmente era una gran noticia. El otro contacto de Astrid en el Ayuntamiento era terrible. Rara vez devolvía las llamadas y, si lo hacía, siempre era días después. El ofrecimiento de Sandy podría ser una gran ayuda—. ¿Me puedes dar tu línea directa?

—Puedes llamarme directamente a mi móvil. Es este mismo con el que te estoy llamando. Nuestro sistema telefónico en el Ayuntamiento es una pesadilla, y así podrás localizarme cuando me necesites. Incluso los fines de semana. —Sandy dudó un momento—. Quería que supieras que ha habido un cambio en la fecha de la siguiente presentación. Será el viernes 13 de noviembre en lugar del día 6.

Astrid lo apuntó en sus notas para no olvidarse.

—Vaya. ¿Así que tenemos una semana más?

—Sí. Una persona del comité tuvo que tomarse unos días libres debido a un asunto familiar. Así que habrá que esperar un poco más después de esta ronda hasta que anunciemos la empresa que se quedará con el proyecto. No será hasta después de Navidad.

Sería una larga espera. En el calendario original estaba previsto que se anunciara antes de las vacaciones. Al parecer, Astrid tendría que

quedarse en San Diego al menos hasta enero. Entonces decidiría si Sterling era un lugar donde tenía un verdadero futuro laboral o si sería mejor regresar a Noruega.

—Muchas gracias por la información, Sandy.

—Es un placer, señora Sterling. Pero tengo otra información más, y me temo que no son buenas noticias. Sé que Sterling ha hecho la petición de poner el nombre de Johnathon Sterling al parque que habrá en la zona del paseo marítimo, pero me temo que no será posible.

A Astrid no le extrañó que no se lo concedieran, así que no le sorprendió.

—Lo entiendo. Es mejor saberlo ahora que más tarde. Gracias por avisarme.

—No hay de qué. Debo irme, pero supongo que hablaremos pronto.

—Adiós. —Astrid colgó y supo que iba a tener que transmitir esa información a Clay. Lo mejor era hacerlo ya y acabar de una vez. Caminó por el pasillo hasta su despacho y se asomó al interior. Estaba en su mesa de dibujo, de espaldas a la puerta, con los auriculares puestos. A menudo escuchaba música mientras trabajaba. Sobre todo jazz. Decía que le ayudaba a concentrarse.

Como no quería sorprenderle, dio unos golpes fuertes a la puerta, pero al parecer la música estaba demasiado alta. No le quedó más remedio que acercarse y tocarle el hombro. Él se sobresaltó. Agarró los auriculares y se los quitó de la cabeza, dejándolos caer sobre la mesa.

—Astrid. Me has asustado.

—Lo siento. Llamé a la puerta, pero no me oíste.

Él evitaba el contacto visual. Al parecer, las cosas iban a ser un tanto incómodas durante una temporada.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Sandy me ha llamado. La antigua asistente de Tara, ¿la recuerdas? Ni te imaginas dónde está trabajando ahora. En la oficina de urbanismo del Ayuntamiento.

—Me alegro por ella. —Él se acercó a su escritorio y se sentó, encendiendo su ordenador.

—Creo que no me has entendido. Ahora tenemos línea directa de comunicación con ellos. Esperemos que eso signifique menos burocracia,

lo que nos facilitará las cosas a ambos. De hecho, me ha llamado para decirme que el plazo se ha retrasado una semana por algunos problemas internos.

—Supongo que eso es bueno.

Astrid se sentía tan frustrada que tenía ganas de gritar. Estaba cansada de ocultar sus emociones. Así que puso ambas manos sobre su escritorio.

—¿Vas a mirarme, Clay? ¿Vas a entablar una conversación de verdad conmigo?

Su mandíbula se tensó, pero finalmente él levantó la mirada hacia ella.

—Astrid, hago lo que puedo, ¿vale? Aunque creo que es mejor para los dos si mantenemos cierta distancia en el trabajo.

—Eso estaría bien si no estuviéramos trabajando en el mismo proyecto, pero lo estamos. Y de nuevo, como te dije en Los Ángeles, no hay que tomárselo todo tan en serio. Si hemos terminado, hemos terminado. Sigamos adelante. —Iba a tener que repetirse esas palabras hasta que empezara a creérselas. Pero ese era un problema que se guardaría para sí misma.

Clay se levantó de la mesa, miró al pasillo y cerró la puerta tras de sí. Astrid no pudo evitarlo, pero saber que estaban solos hizo que su estómago se volviera del revés.

—Miranda lo sabe —dijo él cruzándose de brazos.

—Espera. ¿Qué? ¿Cómo? —Astrid no podía imaginar cómo era posible que se hubiera dado cuenta aquella tarde que fueron a su casa. Habían sido tan cuidadosos. Clay había hecho todo lo posible por mantener las distancias.

—No quiero hablar de eso ahora. No en la oficina. Hay demasiados ojos mirando.

Tenía razón en eso.

—De acuerdo. Bueno, supongo que tampoco querrás decírmelo tomando una copa o cenando.

—Probablemente no sea una buena idea. —Él se pasó la mano por el pelo—. Hablemos a las seis, cuando la mayoría de la gente se haya ido. Le diré a la niñera que se quede hasta tarde con Delia.

—¿Tan serio es? ¿Por qué no puedes decirme cómo se ha enterado Miranda?

—Hay algo más que eso. Necesito explicarme con calma.

Astrid ya no sabía qué pensar.

—De acuerdo. Volveré a las seis.

Clay miraba el reloj. Astrid siempre llegaba puntual a todo, y tenía la sensación de que esa noche no sería una excepción. Lo que iba a decirle le iba a costar mucho. No le gustaba nada desnudar su alma. Era más fácil si mantenía sus sentimientos ocultos, de esa manera, nadie podría usarlos en su contra.

Pero después de que Miranda dedujera lo que había pasado en Los Ángeles, y de que se enterara de que había terminado con Astrid allí mismo, su hermana le había insistido. Le dijo que, como mínimo, Astrid merecía una explicación completa de por qué actuaba así. También había intentado animarlo a que le diera otra oportunidad a Astrid. Él no estaba seguro de poder hacerlo. No le parecía inteligente, sobre todo después de haber cortado por lo sano con ella. Sin embargo, siempre había confiado en el buen juicio de su hermana y nunca le había dado malos consejos. Sabía llegar a la raíz de las cosas y, lo que era más importante, lo comprendía como nadie.

Astrid apareció en su puerta a las seis y dos minutos con una amplia sonrisa y una bolsa con el logotipo de la pastelería de enfrente.

—Los donuts ya se habían agotado, pero acababan de sacar del horno unas galletas de chocolate gigantes y no he podido resistirme. Si vamos a tener una conversación seria, creo que el azúcar nos vendrá bien.

Por enésima vez, sintió que él era el malo de la película y ella la damisela de buen corazón.

—Muchas gracias. Me vendrá bien para levantar el ánimo. —Se dirigió a la puerta de su despacho y la cerró tras Astrid—. ¿Puedo ofrecerte algo de beber? —Clay tenía una mininevera bien surtida en su despacho.

—Un poco de agua estaría bien.

Él sacó dos botellas y le entregó una. Aunque Clay hubiese agradecido un buen trago o dos de bourbon para soltarse un poco.

Se unió a Astrid en el sofá, sentándose en el extremo opuesto. Ella se giró hacia él y subió la pierna al cojín que había entre los dos.

—Creo que deberíamos empezar por cómo se enteró tu hermana de lo ocurrido. No se me ocurre cómo ha podido darse cuenta. —Para suavizar el ambiente, le entregó la bolsa de la pastelería después de sacar una galleta para ella.

—Cuando tuve la videollamada con Miranda y Delia, me senté en la silla de la esquina de la habitación y tú te levantaste para ir al baño. Había un espejo detrás de mí y ella vio tu reflejo desnudo. Fue solo una fracción de segundo, pero lo vio.

—¡Oh, Dios! ¿Crees que Delia me vio también? Eso sería horrible. —Ella pegó un bocado con ansia a su galleta.

—Le hice la misma pregunta a Miranda, pero está segura de que si te hubiera visto Delia habría dicho algo.

—Vale, bien. —Astrid abrió su agua y bebió un trago largo.

Clay se esforzó por no fijarse en la curva de sus labios alrededor de la abertura de la botella y, en su lugar, se centró en su galleta, que estaba deliciosa pero que seguía sin ser tan apetecible como la boca de Astrid.

—Miranda y yo estuvimos hablando un rato después de que te fueras. Delia estaba ocupada despidiéndose de los peces de su acuario.

Astrid hizo una mueca con los labios.

—Oh... Es adorable.

—Lo es. —Astrid no le estaba facilitando nada las cosas. Necesitaba concentrarse en lo que tenía que decir—. Miranda no quería dejarlo pasar porque, antes de irnos a Los Ángeles, le dije que estaba luchando por dejar de sentirme atraído por ti y que no quería que hubiese nada entre nosotros.

—Ajá —dijo Astrid, con ojos brillantes como si acabara de resolver un misterio—. ¿Por eso te enfadaste cuando acabamos en la misma cama?

—Yo no diría que estaba enfadado.

—Molesto. Irritado. Así es como sueles mostrarte conmigo.

Clay se sentó hacia delante y apoyó los codos en los muslos, pasándose las manos por la cara y el pelo.

—Lo sé. Y lo siento. Es solo que...

—No necesito tus disculpas. Solo quiero saber lo que realmente está pasando aquí. Hay algo más que el hecho de que trabajamos juntos. Siento que no quieres involucrarte. Así que, por favor. Explícamelo para que pueda entenderlo.

—No puedo volver a confiar en una mujer, Astrid.

—¿Eso es todo?

—Esa es la esencia, sí. Mi exmujer destruyó toda la fe que alguna vez tuve en el amor, que no era mucha, para empezar. Miranda y yo hemos estado solos desde pequeños. Nuestra madre nos dejó con nuestra abuela, y no estaba muy contenta de que su única hija le hiciera cargar con una responsabilidad tan grande.

—No lo sabía. —Su voz era tan suave y comprensiva que casi le rompió el corazón.

—Pero me enamoré cuando conocí a mi exmujer. O al menos pensé que era amor. Obviamente no lo era, porque ella se fue. Y cuando lo hizo, se llevó mi confianza y la de Delia con ella. —La emoción se agolpaba en su interior, amenazando con desbordarse. No lo permitiría. Tenía que mantener el control. Pero aun así, era más fácil si seguía dirigiendo su mirada hacia la alfombra. Si miraba a Astrid a los ojos, todo habría terminado—. ¿Tienes idea de lo confundida que estaba Delia? ¿La cantidad de veces que se despertaba en mitad de la noche llamando a su madre? Por muy dura que fuera mi infancia, ver sufrir a mi hija fue más duro aún, y todo eso mientras yo intentaba recomponer mi corazón roto.

Astrid se acercó al sofá y le puso la mano en el hombro.

—Realmente la querías, ¿verdad?

—Sí, mucho. Ella lo era todo para mí. Era dulce, amable y preciosa. Era generosa y agradecida. —Ahí estaba lo que más lo corroía por dentro. Giró la cabeza y se sintió lo suficientemente valiente como para mirar a Astrid a los ojos—. Se parecía tanto a ti... O al menos fingía ser así al principio.

Astrid se paralizó un instante y bajó la cabeza, luego se pellizcó el puente de la nariz como si tuviera el peor dolor de cabeza del mundo.

—No soy tu exmujer, Clay. Aunque encuentres parecidos con ella, no soy la misma persona. Nunca jamás podría hacer las cosas que ella hizo. ¿Mentir a mi marido? ¿Robarle su dinero? ¿Abandonar a mi hijo? Jamás.

—Así que ya sabes toda la historia. Ni siquiera tengo que contártela. —Se recostó en su asiento y sacudió la cabeza. Pensó que tendría que confesarle todo y resulta que ella ya lo sabía.

—No sabía lo de tu madre. Miranda me contó el resto. Lo hizo la noche que me ayudó a elegir el vestido. Ella se preocupa mucho por ti. No

quise decirte nada porque sé que no te gusta hablar de temas demasiado íntimos.

—Y luego voy yo y me paso intimando contigo la otra noche... —
¿Debería arrepentirse de su decisión de acostarse con Astrid? Porque en realidad no lo hacía.

—Ambos lo hicimos. Yo también quería. Lo necesitaba. —Le agarró la mano y se la llevó al regazo, acariciándole la palma con los dedos—. Y no me arrepiento. —Inspiró tan profundamente que sus hombros se elevaron—. Pero significó algo más que sexo para mí. Significó mucho. Cuando actué con despreocupación a la mañana siguiente, era todo mentira. —Los ojos de Clay se abrieron de par en par, como si buscara una respuesta.

—Si no podemos ser honestos el uno con el otro, no veo cómo podríamos tener algo entre nosotros.

—Me estaba protegiendo. Tú estás haciendo lo mismo. No veo la diferencia. ¿Habría sido más fácil esa mañana si te hubiera suplicado? No haré eso, Clay. Tengo algo de amor propio. —Se levantó del sofá, dejó caer la segunda mitad de su galleta en la bolsa de la pastelería y la tiró a la basura—. Quizá todo esto haya sido un error. Quizá tengamos que aceptarlo y seguir adelante.

—Odio esa palabra. «Error».

—Y sin embargo la usas todo el tiempo. Supongo que se te ha pasado por la cabeza muchas veces en lo que a mí respecta.

—Si alguien cometió un error, fui yo.

Ella sacudió la cabeza con incredulidad.

—Gracias. Eso me hace sentir aún peor. —Ella agarró el pomo de la puerta y él se levantó del sofá.

—Astrid, espera.

—¿Qué? —preguntó ella girándose para mirarlo.

—Lo siento.

—De nuevo, no quiero disculpas.

—Entonces, ¿qué quieres?

El rostro de Astrid se suavizó.

—Me he hecho esa pregunta muchas veces desde el viernes por la noche. Y todavía no estoy totalmente segura de la respuesta, pero sí sé

algunas cosas. Quiero una familia. Quiero una carrera. Y quiero amor. Amor real, apasionado e incuestionable. Quiero el tipo de amor que dura. Para siempre. Ahora sé lo herido que has estado. Pero a mí también me han herido. Y no voy a arriesgar mi corazón por alguien que simplemente no es capaz de corresponder mis sentimientos. No eres el único que sufre en el mundo.

Clay contuvo la respiración. Ella tenía razón. Tanta razón. Y él era un tonto.

—Ya lo sé. Lo sé...

Él dejó escapar otro suspiro exasperado.

—Me preocupo por ti, Clay. Pero creo que este es otro ejemplo de lo poco que coincidimos tú y yo. Así que quizá deberíamos centrarnos en el trabajo, ya que es la parte de nuestra relación que repercute en otras personas. Intentemos llevarnos bien y sacar adelante el proyecto del paseo marítimo.

No le pareció un buen argumento, pero no tenía derecho a replicar. Él había provocado la confusión. La idea de Astrid era práctica. Lógica. Nadie saldría herido.

—Está bien... Tienes razón.

—Adiós, Clay. Hasta mañana. —Astrid abrió la puerta y salió de su despacho.

Él se quedó mirando cómo ella se alejaba. Esperaba sentirse mejor después de hablar con ella. Pero el resultado fue todo lo contrario.

Capítulo Nueve

Había sido una semana infernal y solo era jueves. Astrid no podía dejar de pensar en su conversación con Clay y en todo lo que había pasado. Le caía muy bien, pero ¿realmente quería tantos problemas en su vida? Su relación con Johnathon había sido dura. Años compitiendo por su atención y afecto, meses de tratamientos de infertilidad y, al final, la confirmación de que el amor entre ellos se había convertido en algo mucho menos cálido y afectuoso de lo que ella hubiera deseado. ¿Y si le volvía a ocurrir lo mismo?

En el trabajo, ella y Clay habían vuelto a su antigua dinámica, pero había un ambiente incómodo en el aire que previamente no existía. Y eso que antes de ir a Los Ángeles ya tenían una situación complicada entre los dos. Tal vez todo fuera producto de su imaginación y Clay no pensara en ella en absoluto, ni en las cosas que ella le había dicho. Esperaba que no fuera así y que él no se lo hubiera tomado a pecho. Sí, le habían hecho mucho daño. Pero él no era el único que tenía que lidiar con las cicatrices del pasado. En algún momento tendría que darse cuenta de que tal vez no estaba protegiendo su corazón, sino más bien asfixiándolo hasta la muerte.

Menos mal que esa noche Astrid tenía una cena con Tara y Miranda y estaría entretenida. Le vendría bien dejar de pensar en Clay durante al menos unas horas. Aunque Miranda estaba al corriente de lo que había pasado entre ellos... No había recibido ninguna llamada suya al respecto durante la semana, pero eso no significaba que no fuera a sacar el tema durante la cena... Y con Tara presente, Astrid no estaba segura de cómo acabaría todo.

Esa noche sería la primera vez que las esposas se reunirían en el ático de Astrid, en el centro de San Diego. Todas las reuniones anteriores de las tres esposas habían tenido lugar en casa de Tara o Miranda, aparte de las veces que se habían reunido en lugares como Ruby's para comprar el

vestido de Astrid, o en ocasiones mucho más tristes como el funeral de Johnathon o el despacho del abogado para la lectura de su testamento.

Aquello parecía haber ocurrido hacía una década, pero solo habían pasado unos meses. Astrid nunca había pensado en convertirse en socia de ninguna de ellas, y mucho menos de las dos, pero eso fue exactamente lo que ocurrió cuando Johnathon repartió entre ellas sus acciones de Sterling Enterprises. En general, Tara y Miranda le caían muy bien, y estaba agradecida de que él hubiera conseguido reunir las después de su muerte. ¿Era eso lo que él siempre había querido? ¿Que las tres fueran amigas? Se lo imaginaba tramando algo así perfectamente, sería muy propio de él. Las tres mujeres a las que había amado, unidas por su culpa. En realidad, le parecía una idea un poco descabellada, pero así era Johnathon: doblegaba el mundo para adaptarlo a sus necesidades. Astrid se dijo que tenía que seguir su ejemplo y empezar a hacer lo mismo por sí misma.

El chef personal de Astrid había ido el día anterior a preparar la comida de esa noche, que ella solo tenía que calentar y servir. En el menú había salmón glaseado con miel y verduras asadas. De postre, mousse de chocolate.

Sus invitadas llegaron juntas, Tara con una botella de vino. Iba vestida con una blusa de seda negra y pantalones a medida, un conjunto elegante que la hacía parecer la mujer poderosa que realmente era.

—No estaba segura de lo que íbamos a cenar, pero creo que un chablis pega con todo y además me parece que no nos vendría mal beber un poco de vino...

Astrid aceptó el regalo con una sonrisa.

—Me encanta este vino. Johnny me llevaba a esa bodega cada vez que íbamos a Francia. Le encantaba.

—Me resulta tan mono cuando le llamas Johnny. —Miranda estaba radiante con un vestido color ciruela que dejaba ver su pelo negro y su creciente barriguita. Astrid se avergonzó.

—Es una vieja costumbre de la que tengo que deshacerme. Nadie más le llamaba así.

Miranda sonrió y le palmeó el hombro.

—Lo comprendo. Todas tenemos nuestros recuerdos especiales con Johnathon. Para mí, uno de ellos fue en aquella bodega en Francia. — Señaló la botella de vino—. Porque él también me llevó allí.

—A mí también —dijo Tara—. Y para que conste, él se enteró de la bodega por mí. Yo era la aficionada al vino en nuestro matrimonio.

Las tres esposas intercambiaron miradas de complicidad. Daba la impresión de que cada vez que se veían aprendían cosas nuevas sobre Johnathon, simplemente por el hecho de pasar tanto tiempo juntas.

—Interesante... Porque él siempre decía que era un experto. — Astrid las condujo por su apartamento, de planta abierta y techos altos, hasta llegar al amplio salón con un comedor formal y una cocina gourmet de última generación. En la casa solo había un dormitorio, pero era de grandes dimensiones y maravillosamente decorado en tonos crema. Resultaba tan acogedor que a Astrid le encantaba tumbarse en aquella cama llena de cojines y mullidos almohadones. El cuarto de baño era tipo spa, con ducha separada y bañera para dos personas. Y el vestidor era tan grande que incluso a ella le costaba llenarlo. Sin embargo, por perfecta que fuera su casa, vivir sola en lo alto de un rascacielos le resultaba triste y deprimente. A veces se sentía como una princesa encerrada en una torre.

—Tu casa es impresionante. —Miranda se sintió atraída por las ventanas del fondo del apartamento. En la vigésima planta, tenía unas vistas increíbles de la ciudad y la bahía, sobre todo por la noche, cuando las luces centelleaban como diamantes sobre el cielo nocturno.

—Gracias. Johnathon me lo compró poco después de empezar a salir. Quería que pasara más tiempo en San Diego y yo no quise mudarme con él porque solo nos conocíamos desde hacía un mes. Ahora que lo pienso, me parece una locura.

Miranda asintió y se volvió hacia Astrid.

—Le gustaba hacer las cosas rápido, ¿verdad? Yo sentí que nuestro noviazgo fue muy rápido. Estábamos saliendo, luego comprometidos y casados, todo en seis meses.

A Astrid se le revolvió el estómago solo de pensar en aquella secuencia de acontecimientos. En algún momento, Johnathon voló a Noruega y la sedujo, sin decir ni pío de su nuevo amor.

—Conmigo no fue así —dijo Tara—. Salimos durante más de un año antes de que me propusiera matrimonio. Ahora sé que algo de eso tuvo que ver con Grant.

—¿En serio? —preguntó Miranda, tomando asiento en el sofá de lino blanco del salón de Astrid.

—Traeré las copas de vino mientras Tara nos cuenta esta historia. Quiero escuchar hasta el último detalle. Miranda, ¿qué te sirvo de beber?

—Agua con gas, si tienes.

—Enseguida. —Astrid se dirigió al bar, en el lado opuesto de la habitación, y sirvió primero la bebida de Miranda antes de abrir el vino y servirle una copa a Tara y otra a sí misma. Se sentó con Miranda en el sofá, mientras que Tara lo hacía en una de las dos sillas de respaldo alto.

—Conocí a Grant y a Johnathon la misma noche —dijo Tara.

—No tenía ni idea —respondió Miranda.

—Entre Grant y yo saltaron chispas desde el primer momento, pero fue Johnathon el que estuvo detrás de mí, así que supuse que la conexión que sentí con Grant era solo fruto de mi imaginación. No lo supe hasta hace poco, pero él y Johnathon discutieron varias veces por mi culpa. Y me refiero a discusiones muy acaloradas. En parte por eso me echaron de Sterling Enterprises al principio. Grant le dijo a Johnathon que no podía trabajar con los dos y, claro, Johnathon no iba a deshacerse de su mejor amigo. Yo ya era su esposa. No me iba a ir a ninguna parte.

—¿Así que te dio un tercio de sus acciones en la empresa porque se sentía culpable? —dijo Miranda con frialdad. Desde el principio había dejado claro que Johnathon la había defraudado.

—Supongo que eso todavía te molesta... —dedujo Tara.

—Bueno, por supuesto que sí, pero mi enfado es con Johnathon, no con vosotras dos. Realmente aprecio que hayamos encontrado la manera de estar juntas y llevarnos bien. —Dio un sorbo a su agua con gas y volvió a dejar el vaso sobre la mesita—. No tengo más familia que Clay y Delia. Y solo tengo un puñado de amigos íntimos. El negocio del diseño de interiores es muy competitivo. La gente es amable contigo a la cara, pero luego todos te apuñalan por la espalda. Puede que me esté equivocando, pero siento que puedo confiar en vosotras. Supongo que es porque Johnathon también lo hacía.

El sentimiento de culpa caía sobre Astrid como una losa. La confianza que Miranda tenía en ella ahora quedaría destruida si alguna vez se enteraba de su secreto. Tal vez sería mejor que simplemente se lo soltara y punto, quitarse el peso de encima y salir de dudas. Pero eso le causaría mucho dolor. Miranda se sentiría traicionada por el hombre cuyo bebé llevaba en su vientre. Y nunca podría hablar con él y resolverlo, averiguar por qué había hecho lo que había hecho. Aquello cambiaría para siempre

su imagen del hombre al que tanto había amado. Astrid respiró hondo y bebió un buen trago de vino. No, viviría con el secreto y evitaría que hiciera daño a nadie más.

Pero Astrid tenía otro tema desagradable que comentar con ellas:

—Ya que estamos hablando de Johnathon, me temo que tengo que decirles que no podemos ponerle su nombre al parque del paseo marítimo si conseguimos el proyecto. El Ayuntamiento tiene los derechos del nombre y le pondrán el que ellos consideren oportuno.

—No me sorprende, la verdad —dijo Tara.

—Pero sigue siendo decepcionante. —Miranda se puso la mano en la barriga—. Me había imaginado llevando al bebé a ese parque. Me hacía ilusión poder decirle que se llamaba como su padre en homenaje a él.

Astrid podía oír la angustia en la voz de Miranda. Todas seguían de duelo, pero Miranda era la que estaba más afectada por la pérdida.

—Lo siento. De verdad que lo siento. Si hubiera podido hacer algo más, lo habría hecho.

Miranda se limpió las pequeñas lágrimas que se le escaparon mientras asentía con la cabeza.

—Sé que lo habrías hecho. No te culpo.

Sonó el temporizador en la cocina.

—Ya está la cena —dijo Astrid—. Si queréis ir sentándoos en la mesa del comedor, os la serviré ahora mismo.

—Primero necesito ir al baño un segundo —dijo Miranda, todavía emocionada.

—Al final del pasillo a la izquierda. —Astrid se levantó de su asiento y se dirigió a la cocina.

—Yo te ayudo —se ofreció Tara, que también se levantó y la siguió hasta la cocina.

—Los platos están ahí —dijo Astrid mientras se ponía un par de guantes para el horno, y con un gesto de la cabeza le señaló la isla de la cocina. Sacó una fuente grande y la puso sobre un salvamanteles de corcho—. Tara, ¿puedo comentarte una cosa?

—Por supuesto. —Tara observó cómo Astrid retiraba el papel de aluminio de la fuente y el vapor de la comida salía ondeando en el aire—. Tiene una pinta increíble. Y cómo huele...

—Gracias. Aunque el mérito no es mío. Mi chef lo preparó todo para nosotras.

—¿De qué querías hablarme? —Tara se apoyó en el mostrador.

—¿Recuerdas el día que me presentaste a Clay y vi la foto de la boda de Miranda y Johnathon?

Los ojos de Tara se abrieron de par en par.

—¿Y todo lo que me dijiste después?

Gracias a Dios que Astrid no tuvo que dar más explicaciones.

—Sí. Eso.

—¿Y qué pasa con eso?

—Solo quiero estar segura de que siempre quedará entre nosotras.

—Oh, por supuesto. —Tara robó una zanahoria asada de la sartén—. Eso hay que olvidarlo. Alguien saldría herido.

—¿Quién saldría herido? —preguntó Miranda apareciendo de repente en la cocina.

—Nadie —dijeron Tara y Astrid, casi al unísono.

—Entonces, ¿de qué estabais hablando?

—Hay una trituradora de papel en la oficina que tiene vida propia —soltó Tara, tratando de salir al paso.

—Eso tiene fácil solución. Tírala y punto —respondió Miranda, estrechando los ojos hacia Tara, con cara de extrañeza.

—Inteligente... Eso haremos.

—¿Tenéis hambre? —dijo Astrid tratando de desviar el tema, tras recuperar la respiración—. Creo que esto va a estar muy bueno.

—Me muero de hambre —avisó Miranda.

—Bien. Porque tenemos toneladas de comida. —Astrid sirvió la comida en cada plato y los llevaron a la mesa del comedor. Le gustaba tener ese trato informal con ellas, le resultaba agradable y familiar.

Antes de empezar a comer, Tara levantó su copa para brindar:

—Por las tres esposas de Johnathon Sterling. Que siempre nos llevemos bien. Miranda se rio y sacudió la cabeza.

—Eso no suena muy optimista. Parece que des por hecho que algo nos separará.

Tara se encogió de hombros.

—Nunca se sabe lo que va a pasar.

Astrid se bebió de un trago su primera copa de vino y se sirvió otra. Esa noche podría ser una gran prueba para sus nervios.

—Entonces, Astrid, ¿hay alguna cosa destacable de tu viaje a Los Ángeles que quieras compartir con nosotras? —soltó Miranda de repente, y a Astrid casi se le salió el vino por la nariz. Estaba claro que esperaba que ella les contara los detalles de lo que había pasado.

—Eh... ¿Te refieres a Clay y a mí?

—Sí. —Miranda asintió y le dio un bocado al salmón—. Umm... ¡Esto está delicioso!

—Esto... ¿Me he perdido algo? —preguntó Tara mirando de una a otra sin entender.

—Podría decirse que sí. —Miranda respondió antes de que Astrid tuviera oportunidad.

—No os habréis peleado durante el viaje, ¿verdad?

Astrid estaba de los nervios... No sabía cómo atajar el tema ni qué decir.

—Clay y yo nos acostamos. —Miró a Miranda y luego a Tara antes de pinchar una batata con el tenedor. Astrid mantuvo la compostura, esperando que ninguna de las dos le pidiera detalles.

—Pero... ¿y cómo ha ocurrido? —preguntó Tara con cara de sorpresa.

—Bueno... Es que acabamos en la misma habitación. Dijiste que nos ibas a poner en habitaciones separadas, pero eso no era lo que el hotel tenía para nosotros cuando llegamos.

—¿Esa es tu excusa? —Tara dejó la servilleta sobre la mesa—. Eres accionista de la empresa y te has acostado con uno de tus compañeros de trabajo.

Astrid la miró fijamente, haciendo todo lo posible por transmitirle lo ridículo que le parecía que se pusiera así.

—¿Me estás tomando el pelo? ¿Y qué hay de ti y Grant? Yo creo que lo vuestro fue mucho peor todavía. Los dos estabais en posiciones de poder, y tampoco lo disimulasteis muy bien. Al menos yo no besé a nadie en un partido de béisbol mientras me enfocaba la cámara del estadio...

—Grant y yo nos conocíamos de antes. Y ahora estamos comprometidos.

—Astrid tiene razón, Tara. Tú hiciste lo mismo —dijo Miranda—. Y pusiste nuestros intereses mutuos en la empresa en un riesgo mucho mayor.

Astrid no quería enfrentarse a Tara, pero apreciaba que Miranda le cubriera las espaldas.

—No creo que ninguna de nosotras esté en posición de tirar piedras ahora.

—Yo no estaba allí, pero tengo la sensación de que no ocurrió solo porque estuvierais en la misma habitación. A juzgar por la conversación que tuve con Clay antes de que os fuerais a Los Ángeles, creo que habría ocurrido igual aunque hubierais estado cada uno en un hotel diferente —dijo Miranda.

—Algo he oído... —confesó Astrid.

—¿Él te lo contó? —Ahora la sorprendida era Miranda.

—Sí, lo hizo. Y tuvimos una larga conversación sobre por qué quiso cortar de raíz a la mañana siguiente.

—Vaya... —dijo Miranda—. Parece que sí escuchó lo que le dije...

—No sé exactamente qué le dijiste que hiciera, pero tuvimos una charla bastante íntima. Creo que ahora nos entendemos un poco mejor. —Eso era lo que ella quería pensar, con Clay nunca había nada seguro.

—¿Y cómo están ahora las cosas entre vosotros? —quiso saber Tara.

—¿Me lo preguntas como accionista y codirectora de Sterling Enterprises o me lo preguntas como mujer?

Tara bebió un par de sonoros sorbos de vino antes de contestar:

—Como solo estamos nosotras tres aquí y fuera de horario laboral, supongo que te lo pido como... amiga.

—Acordamos que sería solo cosa de una vez. Eso fue todo. Los dos estamos solteros y nos dejamos llevar por la emoción de su gran victoria. Pero lo que tuvimos no fue nada más que sexo. —En realidad sí lo había sido, al menos para Astrid. Y necesitaba desterrar esos pensamientos de su mente lo antes posible. Aunque lo único que estaba consiguiendo dándole vueltas a todo era desear cada vez más a Clay—. Y también acordamos que lo mantendríamos en secreto. Obviamente, esa parte no se ha cumplido, pero confío en que ambas sí lo hagáis.

—Por mi experiencia, eso de que «solo ha sido sexo»... no se sostendrá. Especialmente si tenéis que seguir trabajando juntos —sentenció Tara—. ¿No crees que esto vaya a interferir con el proyecto del paseo marítimo? ¿O con cualquier otra cosa?

—No lo haré. Volvemos a tener una relación estrictamente profesional. Lo juro. No hay ni un atisbo de flirteo entre nosotros.

—Es un poco decepcionante —dijo Miranda.

—¿Lo es? —preguntó Tara.

—Sí. Quiero decir... ¡Vamos!, a Sterling no le va a pasar nada, tanto si dos de sus empleados se involucran románticamente como si no. El mundo no va a dejar de necesitar edificios de oficinas. Pero me preocupa mi hermano y el tipo de vida que lleva ahora. Se siente solo. Lo sé aunque él no lo reconozca. Y está un poco perdido, la verdad. Me encantaría que encontrara una compañera que pudiera guiarlo en la dirección correcta. Alguien que pudiera hacerlo feliz.

—¿Estás intentando jugar a la casamentera, Miranda? —preguntó Tara.

—Supongo que sí. Astrid es genial y quiero a mi hermano, así que no veo qué tiene de malo.

Astrid se sentía en una encrucijada. Le encantaba contar con el apoyo de Miranda y creía que tenía razón sobre Clay. Necesitaba amor en su vida. Pero también era mucha presión para Astrid. Ella no podía cambiar a Clay. Eso era algo que tenía que hacerlo él mismo.

—No sé si él piensa que yo sería capaz de hacerlo feliz. Y para ser sincera, yo tampoco estoy segura de mi capacidad para hacerlo. No nos conocemos tanto, y tampoco sé cómo cambiar eso, Clay no está muy por la labor. Acordamos mantener una relación estrictamente profesional y, desde el punto de vista de la empresa, eso es lo mejor. No le veo socializando conmigo en otro ambiente que no sea el del trabajo, ni tampoco pienso arriesgarme a pedírselo, porque sé que lo rechazará.

—Entonces, provoquemos un encuentro al que no pueda decir que no. Seguro que se nos ocurre algo entre las tres.

—¿Una fiesta para celebrar su premio? —propuso Tara—. Podríamos invitar a la prensa. Que la excusa sea un acto publicitario para Sterling y que no pueda negarse.

—No creo que le guste mucho —dijo Astrid—. Clay odia las fiestas.

—Eso es cierto —confirmó Miranda—. Pero tengo otra idea.

—Oigámosla —dijo Tara.

—He descubierto el sexo del bebé esta semana. Bueno, yo no lo sé aún, el médico lo ha escrito en un papel y está en un sobre cerrado. Ahora están muy de moda las fiestas para revelar el sexo de los bebés. Y como Johnathon no está a mi lado, no quiero descubrirlo sola. Preferiría que todas las personas que quiero me acompañen en un momento tan importante.

—Suenan divertido —dijo Astrid—. Me encantaría ser la anfitriona. —Tenía tan poca vida social que así al menos tendría algo que hacer. Además, le parecía una buena oportunidad para que Clay la conociese mejor.

—Leí en una revista que una pareja le dio sus resultados a un pastelero y este relleno las magdalenas con crema azul o rosa. Todos los invitados probaron un bocadito al mismo tiempo para averiguar el sexo —contó Miranda con cara de ilusión.

—Si hay pasteles de por medio, no tendrás problemas para convencer a Clay de que venga —dijo Astrid.

—Eso es muy cierto. —Se rio Miranda.

—Me encanta la idea —añadió Tara—. Estoy segura de que a Grant también le encantaría.

—Creo que ese día también deberíamos brindar por el premio de Clay —dijo Astrid—. No le gusta ser el centro de atención, pero se lo merece.

—Mucho. Hagámoslo de noche, será más romántico. —Miranda acentuó su sugerencia con un guiño de ojos.

Astrid sonrió, mirando a Tara y Miranda, agradecida por tener a dos nuevas amigas en su vida.

—Entonces, hacemos eso, ¿no? —quiso aclarar Astrid.

—Sí. Creo que sí. Si tú te encargas de organizarlo todo, yo me aseguraré de que mi hermano vaya.

Capítulo Diez

Una reunión pequeña e íntima no debería ser estresante. Sin embargo, Astrid estaba hecha un manojo de nervios. Iba más allá del hecho de que había sido una semana muy ajetreada en el trabajo y que había tenido muy poco tiempo para dedicarse a organizar los pequeños detalles de esa fiesta.

En realidad, la idea le parecía un poco absurda, no veía claro que Clay y ella fueran a acercarse en el transcurso de las próximas horas. Pero parecía que merecía la pena intentarlo, y hacía tiempo que quería celebrar de manera oficial la llegada del bebé, pero no sabía cómo sacar el tema. Miranda y ella aún no tenían tanta confianza entre ellas.

Astrid leyó las instrucciones que su chef privado había dejado para servir la comida. Era algo sencillo, solo unos aperitivos calientes, junto con una tabla de quesos y verduras. Las magdalenas, con el relleno misterioso, ya estaban preparadas sobre la encimera de la cocina. En realidad, todo estaba listo, y ella solo tenía que ducharse, vestirse y respirar hondo.

Sonó el timbre de la puerta de su apartamento, pero faltaban poco menos de dos horas para que llegaran los invitados. Solo había otro apartamento en el último piso de su edificio, así que era raro recibir visitas sin avisar. Pero ya le había dejado la lista de invitados al portero, quizá fueran Tara o Miranda, que venían a saludarla. Abrió la puerta y se encontró a Clay, con pantalones negros, camisa gris y un ramo de tulipanes rosas en la mano. Astrid casi se desmayó.

Él la observó de pies a cabeza, con la frente arrugada por la confusión, probablemente porque Astrid iba vestida con vaqueros y un jersey amplio.

—¿Llego pronto?

—La verdad es que sí. De hecho, te has adelantado casi dos horas.

—Miranda me dijo que empezaba a las cinco...

Así que se trataba de una estratagema de Miranda para juntarlos... A Astrid le gustó el plan. Y también sintió la necesidad de encubrirla:

—Al principio hablamos de hacerlo a las cinco, pero luego decidimos cambiarlo a las siete. Lamento que no te lo haya dicho.

—¿Debería volver más tarde?

Astrid sacudió la cabeza y le agarró del brazo.

—No seas tonto. Puedes hacerme compañía.

—De acuerdo. —Astrid se hizo a un lado para que entrara y luego cerró la puerta tras él—. Toma. Son para ti. —Clay se apresuró a entregarle las flores—. Pensé en una botella de vino, pero como la fiesta es por un bebé, no me pareció lo más apropiado.

Astrid sonrió. Quizás no tuviera una intención romántica, pero le encantaba recibir flores de Clay.

—Muchas gracias. Los tulipanes son mis favoritos.

—Me he dado cuenta de que a veces los tienes en tu despacho.

—Vaya, Clay, eso es muy considerado de tu parte.

—La verdad es que en el fondo me ha venido bien llegar tan temprano. Quería hablar contigo sobre nuestra charla de la otra noche en el trabajo.

Astrid no tenía ni idea de lo que él le iba a decir, pero se alegró de que hubiera estado pensando en lo que hablaron. Ella había estado dándole vueltas en bucle sin parar.

—Por supuesto, dime.

—Quería darte las gracias por ser tan comprensiva y escucharme. También quiero agradecerte que me hayas llamado la atención sobre algunas cosas. Amo a mi hermana, y ella me dice cuándo me equivoco, pero creo que también me da demasiada libertad.

—¿Significa eso que has cambiado de opinión sobre lo de ser tan estricto con las relaciones románticas? —Astrid prefería hablar claro. Mejor saber ahora lo que él estaba pensando.

—Digamos que me he relajado un poco más en ese tema... —Tenía un brillo socarrón en los ojos que hizo palpitar el corazón de Astrid.

No quería tomarse demasiadas libertades en ese momento y asustarlo, pero empezaba a ser más optimista con lo que podría suceder a lo largo de esa noche.

—¿Me ayudas a envolver el regalo para tu hermana?

—No sabía que íbamos a hacer regalos hoy. No he traído ninguno, lo siento.

—No, tranquilo. Técnicamente no. Pero ella mencionó que quería algo y no pude resistirme a comprarlo. El problema es que es un poco difícil de envolver. Aunque, como tú eres arquitecto, seguro que puedes encontrar alguna solución.

—No te creas que se me dan bien esas cosas... —dijo él, escéptico.

—Vamos. —Astrid condujo a Clay a través de la sala de estar hasta llegar a su dormitorio, donde esperaba el regalo—. Aquí esta. A ver si se te ocurre algo para envolverlo.

—¡No puedes envolver un cochecito! —dijo Clay, mirándola como si le faltara un tornillo.

—¿Por qué no?

Él se acercó al cochecito y lo empujó adelante y atrás por el suelo de madera. ¿Cómo podía parecerle tan sexy haciendo eso?

—No lo sé. ¿Porque es enorme? Ponle un lazo.

—¿No crees que sería gracioso? ¿Entregárselo envuelto a Miranda siendo obvio lo que hay dentro?

Clay miró el cochecito y soltó una risotada.

—Supongo que tienes razón.

—Mira, quiero que esta noche sea especial para tu hermana. Ayúdame, ¿vale? —Se acercó al rincón y agarró el rollo extra grande de papel de regalo resistente que había comprado, luego le pasó a Clay las tijeras y la cinta adhesiva.

—Muy bien, pues manos a la obra —dijo él mientras se arremangaba.

Juntos, envolvieron cada centímetro cuadrado del cochecito. Necesitaron mucha cinta adhesiva, y paciencia, porque mientras uno sujetaba el papel en un sitio el otro debía asegurarse de que todo quedara bien pegado. Constantemente se rozaban las manos, se chocaban con los hombros, intercambiaban sonrisas... Cada vez que entraban en contacto, Astrid recordaba algún momento de su noche de pasión con Clay y la necesidad de repetirlo crecía un poco más en su interior. No dejaba de

pensar en la pasión de aquella primera vez. Sus bocas y sus manos explorando sus cuerpos...

—Tengo que preguntártelo —dijo Clay cuando casi habían terminado—. ¿Por qué has organizado una fiesta para el bebé de mi hermana? ¿Por qué le has comprado un regalo tan caro? ¿Es que no te duele? Teniendo en cuenta que tú y Johnathon intentasteis tener un bebé y no os salió bien... No lo entiendo.

Astrid, que estaba de rodillas, ahora se sentó en el suelo con las piernas cruzadas.

—¿Lo sabes?

—Sí, lo sé. Lo insinuaste en el coche de camino a Los Ángeles, y mi hermana también lo mencionó.

—Ah, Miranda. Le gusta compartir las historias de la gente, ¿verdad?

Los ojos de Clay, tan cálidos y acogedores en la suave luz de su dormitorio, se posaron en su rostro.

—Lo hace cuando se preocupa por alguien. Créeme, todo lo que dijo fue positivo. Ella cree que eres una persona muy buena y generosa. Le sorprendió mucho cómo te tomaste la noticia de su embarazo. Significa mucho para ella.

—Y ahí tienes la respuesta a tus preguntas. Así que creo que es bueno que todos la acompañemos para celebrar la llegada de este bebé tan especial al mundo. Será el hijo o hija de alguien a quien he querido mucho. Además, siempre me emociona la llegada de un bebé, me encantan los niños. Siempre he querido ser madre.

—Es lo más dulce que he oído en mi vida. —Su tono de voz era bajo y suave, y ella sintió que se había formado un lazo invisible entre ellos. Había una razón por la que se sentía tan atraída por él—. ¿Cómo puedes ser una mujer tan increíble? ¿De verdad eres real?

—Claro que sí. Soy de carne y hueso como cualquiera. Tan frágil y quebradiza como los demás. —No quería llorar, pero mientras sus ojos iban de Clay al cochecito, solo podía pensar en lo que podría haber sido, tanto en su pasado lejano como en el más reciente. Clay y ella podrían haber tenido algo. Aún podrían tenerlo, si él la dejara entrar... Se le escapó una lágrima y se la enjugó rápidamente.

—No pretendía molestarte.

—Estoy bien —mintió ella.

—No, no lo estás. Ven aquí —la instó Clay con los brazos extendidos.

—No. No voy a llorar —se negó Astrid agitando la cabeza de un lado a otro.

—Vamos, Astrid. Ven aquí. No voy a pensar mal de ti —insistió Clay haciéndole señas con la mano para que se acercara.

—No es eso. —Se giró para enfrentarse a él, frustrada por desearle tanto—. Es que no quiero llorar, lo que quiero es vivir cosas felices contigo. A los dos nos han hecho daño. Los dos hemos sufrido. Quiero centrarme en lo bueno que hay entre nosotros. Solo nosotros. Nadie más.

—Vale. Puedo hacerlo.

—¿Puedes, Clay? ¿Puedes de verdad?

—Por supuesto —asintió él con entusiasmo.

—Entonces, demuéstramelo. Haz algo que nos haga felices a los dos.

—¡Pero... van a llegar los demás invitados dentro de hora y media!

Límites. Reglas. Ese hombre se preocupaba siempre por todo lo que no les permitía disfrutar el uno del otro.

—Deja de decirme que no, Clay. Solo quiero oírte decir que sí —le dijo ella con una sonrisa tentadora hacia los labios de él.

—Umm... Déjame pensar a ver cuántas formas se me ocurren de decírtelo...

Entonces, Clay le agarró el pelo y le peinó suavemente los mechones que rodeaban la oreja. Le pasó los dedos por la mandíbula, poniéndole la piel de gallina. Esa era la razón por la que siempre había querido que Clay le dijera que sí: no había nada comparable a la emoción de su tacto. Le acarició el labio inferior con el pulgar y le levantó la barbilla. Ella sonrió cuando le rodeó la cintura con el brazo y la estrechó contra su firme cuerpo.

Iba a suceder de nuevo y esperaba que esa vez no fuera la última...

Clay había deseado ese momento desde que salieron de Los Ángeles. Solo que había tenido demasiados conflictos consigo mismo para admitirlo. Y ahora que estaba ocurriendo, quería llegar a la cama con Astrid lo antes posible. Los pantalones le apretaban tanto que no sabía cómo podía seguir respirando, y mucho menos cómo podía mantenerse

erguido. Tenía que tenerla en cuerpo y alma. Ya. El calor rugía en su interior, su erección era feroz e insistente.

Astrid caminó hacia la cama, tirando de él. Él le agarró el dobladillo del jersey y se lo levantó por encima de la cabeza. Sentía como si estuviera revelando su recompensa, un premio que era solo para él. La besó y le desabrochó el sujetador, admirando sus hermosos pechos antes de apretarlos. Los ojos de Astrid se entrecerraron y el puro éxtasis de su expresión le hizo desear hacerle eso una y otra vez. Le desabrochó los vaqueros y se los bajó por las piernas, deteniéndose para arrodillarse ante ella y contemplar la hermosa longitud de su cuerpo.

Le salpicó el vientre con besos suaves y lentos mientras le bajaba las bragas.

—Tumbate, Astrid —le pidió, y ella no tardó en subirse a la cama y estirarse ante él.

—¿Y tú? Tienes que quitarte la ropa.

Clay hizo amago de comenzar a desnudarse, necesitaba hundirse en ella ya, pero su boca y sus manos le decían que esperara un minuto más. Apoyó una rodilla en la cama y le agarró las muñecas con una mano, levantándole los brazos por encima de la cabeza.

—¿Estás bien? —le preguntó a Astrid, robándole un beso.

—Mejor que nunca —respondió ella.

Entonces, él bajó la boca hasta uno de sus pechos, cuya piel aterciopelada casi se fundía con su tacto, amoldándose a sus labios. Tenía los pezones apretados y puntiagudos, y cada vez que los tocaba, su piel se inundaba de calor.

—No te muevas. Mantén las manos donde están —dijo Clay poniéndose de pie.

Una hermosa sonrisa se dibujó en los labios de Astrid mientras se retorció en la cama. Él se quitó la camisa, los pantalones y los calzoncillos, mirándola mientras ella lo miraba.

—Tienes un cuerpo magnífico. Lo sabes, ¿verdad? —preguntó Astrid.

—Yo diría exactamente lo mismo de ti. —Nunca había deseado a una mujer como la deseaba a ella, como si pudiera pasarse el resto de su vida explorándola y nunca dejara de aprender y admirarla. Se puso de pie con las rodillas apoyadas en el lateral de la cama y le levantó la pierna,

sujetándole el tobillo, mientras recorría con el dorso de la otra mano la piel cremosa de la cara interna del muslo. Sabía que iban contrareloj, pero era imposible no querer tomarse su tiempo.

—¿Podemos llamar al portero y decirle que no deje subir a nadie más a tu apartamento?

—Eres terrible... —Rio Astrid.

Clay volvió a apoyar una rodilla en el colchón y le sujetó las caderas con las piernas, alzando una mano para sujetarle las muñecas por encima de la cabeza. Tenía el corazón en la garganta, sabiendo que la tenía bajo su control. Con cada segundo que pasaba, con cada bombeo de sangre por su cuerpo, ella iba ocupando cada vez más su corazón.

Se movió por encima de ella, bajó la cabeza y la besó en la boca, luego se dirigió a su mandíbula, a su esbelta garganta, y después besó la tierna parte inferior de sus pechos, arrancándole el aliento. Bajó por ella, acariciándola con los labios, y aumentando la intensidad de los besos, que cada vez era más profundos y largos. Ella ahogó un suspiro cuando él le tocó los muslos y le abrió las piernas. Entonces la besó en su zona más sensible y volvió a tomar el control, explorando sus lugares más delicados con la lengua y los labios. Le encantaba oír su reacción, la forma en que su respiración se detenía y comenzaba a acelerarse con cada movimiento.

Sus caderas se movían sobre la cama mientras la lengua de él hacía círculos y ella hundía las manos en su pelo.

—Es increíble, pero te necesito dentro. Ahora mismo. Necesito que me hagas el amor.

Él le dio unos cuantos lametones más, los suficientes para demostrarle lo entregado que estaba a que ella disfrutara, y luego apretó los labios contra su sexo húmedo. —¿Tienes un preservativo?

—Sí, tengo —asintió ella—. En el cajón de la mesita de noche.

Clay encontró la caja, que estaba sin abrir, y sacó uno de los pequeños paquetes plateados.

—Déjame hacerlo a mí —dijo ella, acercándose al borde de la cama.

—Por favor. Adelante. —Clay se lo entregó, de pie ante ella, con la tensión en las caderas y un dolor en la ingle casi imposible de soportar.

Rodeó su miembro con los dedos y lo acarició con firmeza, mirándolo fijamente. El calor no solo se apoderó de su vientre, sino que rugió, extendiéndose por sus caderas y sus muslos. No podía imaginársela

haciendo nada más placentero, pero entonces ella cambió a un tacto más suave, sus delicados dedos lentos y traviesos, y eso hizo que su necesidad de ella fuera aún más profunda. No estaba seguro de cuántas caricias más podría aguantar, pero finalmente ella le puso el preservativo y él se recompuso.

Bajó la cabeza, le agarró la cara y la besó profundamente. Ella se echó hacia atrás y él se colocó entre sus piernas, penetrándola.

Clay fue profundizando cada vez más hasta que sus cuerpos se unieron por completo. Aspiró su dulce aroma y acurrucó la cara en su cuello mientras ella le rodeaba con las piernas y le estrechaba con la parte posterior de las pantorrillas. Astrid inclinaba las caderas con cada movimiento, encontrándose con él cuando este se hundía más profundo. Ella parecía querer un ritmo más rápido, así que él dio pequeños pero potentes empujones, manteniendo sus cuerpos lo más cerca posible.

Astrid comenzó a temblar, estaba muy cerca de alcanzar su liberación. Su respiración era ahora más entrecortada y Clay se dio cuenta de que ella estaba a punto. Él quería tener los labios de ella sobre los suyos cuando explotara. Quería sentir cada segundo de su vulnerabilidad.

Entonces Astrid jadeó de manera intensa y se agarró a las sábanas.

—Bésame —le dijo Clay. Bajó la cabeza y ella levantó la suya; el beso fue intenso y... perfecto. Ella agitó las caderas contra él y Clay la empujó con más fuerza, cerrando los ojos para sentir lo apretada que estaba a su alrededor. No podía aguantar mucho más, pero de repente Astrid arqueó la columna y él se dejó llevar con ella.

Él se desplomó a su lado y Astrid se acurrucó instantáneamente sobre él. Sus respiraciones se ralentizaron, sincronizándose. Ella le acarició la cara, rozándole dulcemente la mejilla y la barbilla con la nariz. Sus labios se unieron, suaves y cálidos, y él pudo sentir la sonrisa en su beso. No podía pensar en otro lugar en el que quisiera estar. Y no podía creer que hubiera tardado días en pensar si Astrid sería o no una buena idea. Ella era mejor que eso. Ella podría ser el milagro que no sabía que estaba esperando. Entonces Clay se atrevió a mirar el reloj.

—Tenemos veinticinco minutos antes de que lleguen los invitados.

Ella gimió adorablemente y se apoyó en el codo, arrastrando los dedos por el pelo del pecho de él.

—Oh, Dios mío... No sé si podré con una fiesta ahora.

—Venga, arriba. —Clay le dio un beso rápido en los labios—. Creo que sobreviviremos.

Ambos se bajaron de la cama y él se dirigió al cuarto de baño para deshacerse del preservativo. Después de lavarse las manos, buscó su ropa e intentó sacudir las arrugas que luego serían difíciles de explicar, sobre todo a su hermana, a quien no se le escapaba una. Aunque tampoco es que le importara mucho a esas alturas...

Astrid estaba en su vestidor cuando él apareció ya vestido. Ella se estaba calzando unos zapatos de tacón justo en ese momento, con el pelo despeinado y sexy cayendo en cascada sobre sus hombros. Clay no pudo resistir la tentación de ponerse detrás de ella, agarrarla por los hombros y besarla en la mejilla.

—¿Te parece bien? —preguntó ella, volviéndose hacia él.

—Estarías guapa incluso vestida con un saco. Pero sí. Estás increíble. —La besó en los labios—. Ojalá pudiera quedarme a dormir contigo hoy, pero le dije a la niñera que estaría en casa antes de medianoche. —En cuanto las palabras salieron de sus labios, le entró el temor a estar precipitándose—. Quiero decir, bueno..., si tú quisieras que me quedara, claro.

Astrid se rio en voz baja y buscó un par de pendientes en el cajón de las joyas.

—Me encantaría que te quedaras, Clay, pero lo comprendo. Además, creo que tú y yo haríamos bien en tomarnos las cosas con calma. —Hizo un gesto con la cabeza hacia su dormitorio—. Eso fue increíble, e intuyo que podría convertirse en algo adictivo, pero tú y yo deberías hacerlo con calma y ganar un poco de confianza.

—La confianza es muy importante —le dio la razón Clay.

—Bien. Ahora vamos a preparar las cosas para cuando lleguen todos.

Empezaron en la cocina, Clay se encargó de la barra mientras Astrid precalentaba el horno para servir unos aperitivos. Hacía mucho tiempo que él no hacía algo tan doméstico con una mujer que no fuera su hermana, y se alegró al darse cuenta de que aquello no le ponía nervioso. El comentario de Astrid sobre recuperar la confianza había contribuido mucho a asegurarle que abrirse a ella podía ser la mejor decisión que había tomado en mucho tiempo.

A las seis y media llegaron Tara y Grant, seguidos por las mejores amigas de Miranda, Brittney y Shay. Clay estaba sirviendo unas copas

cuando llegó su hermana. Abandonó sus obligaciones para ayudarla con el abrigo.

—Me dijiste que empezaba a las cinco —murmuró, besándola en la mejilla.

—¿Yo? Qué raro... Supongo que el embarazo tiene mi cerebro un poco atontado. Esas cosas pasan, ¿sabes? —Miranda era experta en ocultar sus huellas. Era evidente que ella lo había planeado todo y quería que le diera una oportunidad a Astrid.

—Vamos —la instó Clay indicándole el camino con una mano—. Astrid ha comprado un montón de bebidas aptas para embarazadas.

Todos se reunieron en el salón del apartamento de Astrid mientras ella y Clay se encargaban de repartir la comida. A pesar de que a Clay no le gustaban las fiestas, aquella reunión tenía el número perfecto de invitados y se sentía más cómodo que otras veces. Además, todo el mundo estaba centrado en hablar del bebé. Sabía de primera mano que a su hermana le esperaban unos años muy duros como madre soltera. Que tuviese a gente apoyándola a su alrededor era vital. Él había sido demasiado tonto y obtuso... Él nunca había aceptado la ayuda de nadie con Delia, aparte de la de Miranda. Pero sabía que su hermana sí la aceptaría con los brazos abiertos.

—¿Alguna apuesta sobre si va a ser niño o niña? —preguntó Grant, agarrado de la mano de Tara, sentados en el sofá.

—Yo creo que será una chica —respondió Tara.

—No puede ser —soltó Grant negando con la cabeza—. Seguro que es un niño.

—Pronto lo sabremos —dijo Astrid—. Pero, primero, tengo un regalo para Miranda.

—¡Astrid! —exclamó Miranda—. Dijimos que nada de regalos esta noche.

La aludida se encogió de hombros y puso cara de pilla.

—No se me da bien seguir las normas. Ahora volvemos. —Le hizo señas a Clay para que la acompañara a su dormitorio. Juntos agarraron el cochecito y lo llevaron al salón. Por supuesto, en cuanto lo vieron, todos estallaron en carcajadas. El esfuerzo de envolverlo tuvo su recompensa.

—Me pregunto qué será... —bromeó Miranda, levantándose de su asiento.

Astrid estaba radiante. Le gustaba tanto complacer a los demás. Clary quería darse un bofetón a sí mismo por haber tratado de alejarse de ella.

—Ábrelo —la invitó Astrid sin dejar de sonreír.

Miranda se dispuso a arrancar el papel.

—¡No puedo creer que me hayas comprado el modelo exacto de cochecito que quería! Lo mencioné una vez, totalmente de pasada. ¿Cómo te acordaste?

—Está todo encerrado aquí arriba —respondió Astrid golpeándose la sien con un dedo.

Clay y todos los demás vieron cómo Astrid y Miranda se abrazaban. Fue un momento muy dulce. Sin duda, Johnathon Sterling tenía un gusto magnífico para las mujeres.

—¿Eso significa que ya podemos comernos las magdalenas? —preguntó Clay.

—Sí —dijo Miranda—. Me muero por saberlo.

Clay sacó la bandeja con los pasteles cubiertos de glaseado blanco y una mezcla de virutas rosas y azules. Astrid repartió platos de postre y servilletas mientras cada uno agarraba una magdalena.

—Contaremos hasta tres y cada uno dará un mordisco —dijo Astrid—. La crema del interior nos dará la respuesta.

—¿Listos? —preguntó Miranda ansiosa—. Uno, dos, tres.

Todos dieron un mordisco y por fin se desveló el misterio. Aplausos y el grito al unísono de: «¡Es una niña!».

Miranda rompió a llorar de alegría al instante, al igual que Astrid. A Clay se le empañaron los ojos, pero sobre todo se alegró por su hermana. Había sufrido mucho. Aquellos destellos de alegría eran bien merecidos. Rápidamente la abrazó, meciéndola de un lado a otro.

—Justo lo que necesitabas —dijo Miranda—. Otra mujer en tu vida.

—¿Me estás tomando el pelo? Soy el hombre más afortunado del mundo. —Justo en ese momento Astrid apareció en su punto de mira. Ella le devolvió la mirada al instante, con una sonrisa que iluminaba toda su cara. Sí, era un hombre afortunado. Y esta vez iba a hacer todo lo posible por no arruinarlo.

Capítulo Once

La fiesta del bebé marcó el comienzo de dos semanas maravillosas para Clay y Astrid: besos robados en el trabajo, horas de comida en las que corrían a casa de ella para estar a solas, miradas sensuales y coqueteos en medio del estrés que suponía terminar la segunda fase de la propuesta del paseo marítimo. Todos los días eran prometedores. Clay tenía una energía que no había tenido en mucho tiempo. Y un optimismo que no estaba seguro de haber tenido nunca. Astrid era increíble.

Pero también sabía que tenía que haber cambios. Estaban saliendo a escondidas y, aunque él tenía la sensación de no estar preparado aún para un compromiso en toda regla, y Astrid tenía claro que había que tomarse las cosas con calma, seguía notando en ella cierta inquietud. Ella llevaba toda la vida esperando su final feliz. Y Clay sabía que Astrid se merecía algo mejor.

Pero en ese momento él tenía entre manos un asunto urgente... Y era el disfraz de Halloween de Delia. A pesar de sus esfuerzos, a Clay seguía sin dársele bien hacer trenzas.

—Papá, eso tiene mala pinta. —Delia le frunció el ceño a través de su reflejo en el espejo—. No se parece a la foto. —Señaló la portada de su DVD de *La princesa de las nieves*.

De hecho, no había conseguido hacer las seis trenzas del mismo tamaño que rodeaban su cabeza, ni las espirales que debían sujetarse con horquillas. El peinado que le había hecho era un desastre y, como si el universo conspirara contra él, uno de los elásticos se salió de una de las trenzas y empezó a deshacerse. Una sola lágrima rodó por la mejilla de Delia, le tembló el labio inferior y se le formó un hoyuelo en la barbilla.

—Por favor, no llores. Te lo ruego. No llores —suplicó Clay a su hija.

—Entonces arréglalo, papi.

No le quedaba más remedio que pedir ayuda.

—¿Y si llamo a Astrid?

—Sí, papi. Llámala, por favor.

Clay agarró el móvil que estaba en un estante del baño y buscó a Astrid en su lista de favoritos.

—Hola —respondió ella con voz melosa. Los recuerdos de las últimas semanas juntos inundaron su mente: momentos apasionados y acalorados, mezclados con una ternura que no esperaba.

—Necesito ayuda con el pelo de Delia para su disfraz de Halloween. ¡No tengo ni idea de lo que estoy haciendo!

—Enseguida voy. Tardo quince minutos.

—Gracias.

—No hay de qué. Haría cualquier cosa por ti.

De nuevo le sorprendió la suerte que tenía.

—Astrid llegará muy pronto, ¿vale? —informó a su hija—. Ella lo arreglará todo.

Delia se sentó más recta, ya no había rastro de lágrimas.

—Tengo muchas ganas de verla.

Clay sintió un tirón en el corazón. Cada fibra de su ser deseaba que a Delia le gustara Astrid. Había tanto en juego, pero también sabía que no podía forzarla. Tenía que dejar que sucediera de forma natural.

—Bien, cariño. Me alegro.

Delia se puso a leer un libro mientras esperaban a que llegara Astrid. Clay no dejaba de mirar por la ventana, esperando ansioso. Cuando vio que su pequeño descapotable plateado se detenía en la entrada, abrió la puerta.

—Gracias por venir —gritó Clay mientras bajaba a toda velocidad las escaleras de la entrada.

—Nunca dejaría a Delia en la estacada. —Astrid se bajó del coche, con una blusa blanca sencilla y unos vaqueros azules ceñidos.

La estrechó entre sus brazos y la besó suavemente, pero con rapidez. No estaba listo para que Delia viera eso.

—Me alegro de que estés aquí.

—Yo también. —Ella sonrió ampliamente—. Ahora vayamos a arreglar ese peinado.

Clay la condujo escaleras arriba, a través de su dormitorio principal y hasta su cuarto de baño, donde Delia seguía sentada en un taburete, esperando pacientemente con el libro entre las manos.

—Astrid está aquí —anunció el padre.

Los ojos de Delia se iluminaron de inmediato.

—¡Gracias, gracias, gracias! —dijo tan rápido que parecía que estaba diciendo palabrotas.

—He oído que tu papá lo estaba pasando un poco mal. —Astrid dejó su bolso sobre el mármol del lavabo y agarró una de las manos de Delia.

—Se esfuerza, pero no le sale.

—Estoy segura de que sí. —Astrid sonrió. Entonces su mirada se cruzó con la de Clay. Fue como un relámpago que le atravesó el corazón. Ser testigo de ese momento tan dulce entre ella y Delia lo estaba ablandando.

Clay se quedó observando a un lado mientras Astrid se ponía manos a la obra, separando el pelo de Delia, trenzando finos mechones y recogiendo más pelo a medida que avanzaba. Había visto unos cuantos tutoriales que le habían parecido muy complicados. Sin embargo, para Astrid era la cosa más fácil del mundo. Cuando vio que ya había terminado dos de las seis trenzas, Clay volvió a respirar tranquilo. El peinado iba a quedar precioso y Delia estaría contenta.

—¿Cómo es que tienes tanta práctica? —preguntó él sintiendo curiosidad—. Creía que solo tenías hermanos.

Astrid enrolló una goma elástica en el extremo de otra trenza.

—Tenía una vecina que me cuidaba después del colegio. Me dejaba ensayar con su pelo. Mis hermanos siempre estaban ocupados practicando algún deporte y mis padres trabajaban.

—Ojalá tuviera un hermano —dijo Delia—. O una hermana. Solo estamos papá y yo y a veces es muy aburrido.

Astrid se aclaró la garganta y miró a Clay.

—Bueno, los hermanos también pueden ser un gran grano en el culo. Así que, son buenos y malos a la vez —dijo Astrid colocándose un mechón de pelo detrás de la oreja de manera nerviosa—. Seguro que tienes muchos

amigos en el colegio con los que jugar. Los amigos pueden ser incluso mejores que los hermanos.

—Supongo... —respondió la niña.

Astrid terminó la última trenza.

—Enrollaré las puntas y las sujetaré con horquillas y laca. —Le lanzó a Clay una mirada interrogativa—. Tienes laca, ¿verdad?

—No sabía que fuera tan importante.

Astrid rebuscó en su bolso.

—No te preocupes. Yo sí tengo. No voy a ningún sitio sin laca en el bolso. —Sacó el bote y roció el pelo de Delia con generosidad—. ¿Y bien?

Delia agarró el estuche del DVD y lo estudió, luego se miró en el espejo.

—¡Es igual que el de la foto! —Saltó del taburete y rodeó la cintura de Astrid con los brazos—. ¡Muchas gracias!

Era un espectáculo para el que Clay no estaba preparado. Ver cómo Delia y Astrid se abrazaban de esa manera hizo que el pecho se le hinchara de orgullo y felicidad.

—¿Puedo ponerme ya el disfraz? —preguntó Delia a su padre.

—Sí, claro ¿Necesitas ayuda?

—Puedo hacerlo yo sola —respondió la niña negando con la cabeza.

—Está bien. Pero si cambias de opinión me avisas. —Delia se marchó y Clay volvió la vista hacia Astrid, que estaba apoyada en el lavabo. Maldita sea, estaba preciosa y deseaba besarla—. Me has sacado de un apuro. Mil gracias. Me destroza verla triste. Y más si yo soy el culpable.

—No te agobies. Eres un padre estupendo. —Ella se enderezó y miró a su alrededor, luego salió por la puerta del baño y entró en la habitación de Clay—. Así que este es tu dormitorio... Es precioso. No es demasiado masculino, solo lo justo.

Él tragó saliva al verla acercarse a la cama y pasar la mano por el edredón.

—Miranda lo diseñó para mí.

—¿Tú y tu mujer vivíais aquí?

—No. Pensé que sería bueno para los dos cambiar de aires. Tuve suerte con esta casa. La diseñé para un cliente y me enamoré de ella

durante el proceso de construcción. Pero como él acabó aceptando un trabajo en Dubái y la puso en venta, al final me la quedé yo.

—Tuviste suerte.

—Y estamos mucho más cerca de Miranda aquí. Sabía que iba a necesitar su ayuda tanto como fuera posible.

—¿No la llamaste para lo de las trenzas?

Fue entonces cuando se dio cuenta de que en la primera persona que había pensado había sido Astrid. Estaba acostumbrado a recurrir siempre a Miranda. Pero, al parecer, eso había cambiado...

—Tú te ofreciste una vez. Y pensé que necesitaba a una experta.

Astrid asintió con la cabeza, pero algo en la expresión de su cara decía que le había descubierto. Si no se había dado cuenta ya de que se estaba enamorando de ella, tal vez lo había descubierto ahora.

—Se me dan bien los peinados nórdicos.

—Será mejor que me asegure de que no necesita ayuda con su disfraz —dijo él, tratando de huir.

—Sí. Ve. Esperaré abajo. O tal vez debería irme.

—No. Por favor, quédate. —Esperaba que ella entendiera que quería que se quedara a dormir.

—¿Te refieres a... pasar la noche aquí?

—Sí.

—Pero... ¿Y Delia? Te agradezco que hayas pensado en mí para ayudarla, pero esta es la primera vez que veo tu dormitorio y... hemos tenido un montón de sexo en las últimas dos semanas. Está claro que aún no estás seguro de querer incluirme en esta parte de tu vida y lo entiendo. Fui yo quien dijo que debíamos ir despacio. No quiero entrometerme.

—Lo tengo claro. Te quiero aquí. Hace tiempo que debería haberte traído a casa y lo siento. —La estrechó entre sus brazos y la besó con ternura, esperando poder transmitirle lo mucho que lo sentía.

—Está bien, Clay. No necesitas disculparte. Ambos estamos descubriendo cosas sobre la marcha.

Clay quería que se quedara de verdad. Estaba derribando el muro que los separaba.

Ella le agarró el brazo y se lo frotó con cariño. La conexión entre ellos era familiar y fuerte.

—Ve a ver a Delia. Estaré abajo.

—Perfecto.

Clay desapareció por la puerta y Astrid se tomó su tiempo para recorrer el pasillo del piso de arriba, admirando las fotografías enmarcadas de Clay y Delia. Tenían el mismo color de pelo, pero no los mismos rasgos. Astrid se preguntó si se parecía a su madre, si Clay veía a su exmujer en los rasgos de su maravillosa hija.

Continuó hasta el rellano, que estaba abierto por ambos lados y daba al salón. Las ventanas era altas y estrechas, dispuestas de manera ingeniosa en la pared de la escalera y dejando que unos suaves rayos de sol entraran a través de los cristales. Cada espacio creado por Clay era estéticamente perfecto y estaba diseñado con un propósito, una armoniosa unión de belleza y utilidad. Incluso con el diseño moderno y aparentemente sencillo de la casa, sabía el cuidado y el amor que habría puesto en su planificación. Los cálidos tonos de madera, la forma en que la mirada se desplazaba de un espacio a otro y el papel central de la luz natural en cada habitación reflejaban el verdadero corazón y espíritu de su creador.

Entró en la cocina, que era una auténtica joya y estaba justo al lado del salón, y se sirvió un vaso de agua de la enorme nevera de doble puerta. Sobre la encimera había un gran cuenco con caramelos de Halloween. No pudo evitar sonreír al pensar en Clay comprando bolsas de chocolatinas y gominolas con Delia. ¿Por qué todo lo que él hacía le parecía tan seductor?

—¡Aquí viene la Princesa de las Nieves! —gritó Delia desde arriba.

Astrid se apresuró a salir al vestíbulo a tiempo para ver a la niña bajando cuidadosamente las escaleras con su vestido azul de princesa. Clay la seguía, radiante de orgullo.

—¿Estoy guapa? —preguntó Delia, dando vueltas en círculo al pie de la escalera.

—Eres la más guapa. Eres igualita a la Princesa de las Nieves.

Delia se volvió hacia su padre.

—¿Podemos irnos ya?

—Claro. Solo quiero hablar con Astrid un minuto, si te parece bien.

—Iré a buscar mi bolsa de truco o trato —anunció Delia, y luego salió corriendo.

—¿Quieres venir con nosotros? —preguntó Clay.

A Astrid le gustaba la idea de que quisiera incluirla en sus planes. Habían tenido un pequeño avance y no quería que él se sintiera presionado. Ya habría más ocasiones para conocer mejor a Delia. Esa noche era de padre e hija.

—Me encantaría, pero... ¿quién se encargaría de repartir los caramelos en esta casa si voy con vosotros?

—Pongo el cuenco en una silla fuera de mi puerta y dejo que los niños se sirvan lo que quieran.

—¿Por qué no vais Delia y tú y yo me quedo repartiendo dulces a los que llamen a la puerta? Seguiré aquí cuando volváis.

—¿Estás segura? —preguntó Clay.

—Este es un momento especial para vosotros dos. Solo tendrá cinco años una vez en la vida.

Él agarró la mano de Astrid y tiró de ella para acercarla y darle un beso en la mejilla, rozándole los labios.

—¿Me prometes que seguirás aquí cuando volvamos?

—Te aseguro que no me iré a ninguna parte —afirmó Astrid con una sonrisa.

Clay le hizo un millón de fotos a Delia y, después, los dos salieron caminando de la mano por el camino de entrada y cruzaron la verja. Astrid decidió sacar una silla a la acera y repartir allí los caramelos. Así podría ver a la gente pasar. El aire nocturno era fresco, pero más que soportable con el jersey que llevaba puesto. No paraban de pasar grupos de niños disfrazados de superhéroes y brujas, princesas y personajes de dibujos animados. A Astrid le encantaba repartir caramelos y hablar con los más pequeños mientras sus caras se iluminaban de emoción al ver una nueva golosina en su bolsa. A menudo pasaba días enteros sin pensar en lo mucho que deseaba ser madre, pero, en un día como ese, el anhelo en su interior cobraba vida de nuevo.

Se esforzaba mucho por ser positiva. Algún día sería madre, por adopción si era necesario. Antes de eso, tenía que encontrar el amor. Los sentimientos que empezaban a florecer entre ella y Clay parecían fuertes, pero no tenía prisa por ponerle una etiqueta a nada. Ambos tenían sus razones para ser cautelosos. Aun así, se tomó su llamada de auxilio para que lo ayudara con las trenzas como una buena señal. Ella había sido su

primer pensamiento. Hasta no hacía mucho juraría que ella sería su última opción.

Una hora y media más tarde, Clay y Delia regresaron a casa. Ambos sonrientes mientras Delia levantaba la enorme bolsa con el botín que había recogido.

—¿Ya habéis terminado? —preguntó Astrid.

—No creo que entren más caramelos en esa bolsa. —Clay miró el cuenco vacío—. ¿En serio se lo han llevado todo? —Su voz parecía triste.

Le mostró el contenido del bolsillo de su jersey: un puñado de chocolatinas variadas.

—Te he guardado unas cuantas —dijo Astrid guiñándole un ojo.

—¡Gracias! Cómo me conoces, me pierde el dulce. —Le agarró la mano—. Entremos y acostemos a Delia, si te apetece, luego podemos abrir una botella de vino.

Un pequeño escalofrío recorrió la espalda de Astrid.

—Eso suena maravilloso.

Los tres entraron en la casa. Delia protestó cuando Clay le quitó la bolsa de los caramelos.

—¡Papi! Eso es mío.

—Lo sé. Y mañana te lo devolveré. Por esta noche ya has comido demasiados caramelos.

—Está bien... Pero no me robes ninguno —le advirtió Delia señalándolo con un dedo.

—No lo haré. Te lo prometo. ¿Por qué no subes y te pones el pijama?

—¿Puede ayudarme Astrid?

Clay se puso tenso, dudando si a ella le gustaría hacerlo o no, pero pronto salió de dudas:

—Claro. Subiré en un minuto para arroparte —contestó Astrid.

Se sintió feliz de que la niña quisiera que la acompañara. Así que subió tras ella y la ayudó a ponerse el pijama y a prepararse para ir a la cama. Ver cómo la pequeña hacía cosas tan insignificantes, como por ejemplo cepillarse los dientes, le resultó muy agradable y le transmitió paz. Le ayudó a comprender por qué Clay se había preocupado tanto de que Delia llegara a encariñarse de ella.

—¿Quieres que te quite las trenzas? —preguntó Astrid.

—No. Quiero ir con ellas mañana al colegio. —Delia se frotaba los ojos por el cansancio cuando su padre apareció.

—Buenas noches, Delia —dijo Astrid desde la puerta, viendo cómo Clay se acercaba y arropaba a su hija, admirándolo de perfil mientras se inclinaba para besarla en la mejilla. El corazón de Astrid se derritió por completo.

Después, ambos bajaron de puntillas y agarrados de la mano a la cocina. Clay abrió la botella de vino prometida y sirvió una copa para cada uno. Astrid le entregó a cambio una chocolatina del bolsillo de su jersey.

—Esta noche me has salvado la vida —dijo Clay con ojos brillantes.

—Solo han sido unas trenzas, no tiene importancia.

—Ha sido más que eso. No dudaste en dejarlo todo, subirte a tu coche y venir aquí.

Ambos estaban cerca, él se pegaba a ella apretándola contra la encimera de la cocina.

—Haría cualquier cosa por ti o por Delia. Los dos me importáis mucho. —Era liberador decir la verdad.

—Tú también me importas. Mucho. —La besó suavemente, su lengua recorrió el contorno de su labio inferior—. Quiero que te quedes esta noche.

Tenía tantas ganas de aceptar la invitación. Anhelaba sus besos y sus caricias a todas horas. Sería tan fácil decir que sí y pedirle que la llevara a su habitación. Pero tenía que estar segura de que él lo decía de verdad, de que lo que tenían era real.

—Pero... Delia está arriba. No quiero que te olvides de lo que tanto te has esforzado en proteger. Tu hija. Y tu corazón. —Ella le acarició el pecho—. Son cosas muy serias.

Él echó la cabeza hacia atrás, pensativo e incluso un poco melancólico, mostrándole matices del hombre que él era cuando se conocieron.

—Lo sé. Tienes razón, son cosas importantes. —Sus ojos adquirieron un tono aún más oscuro, reflejando su lucha interna.

—Así que tómate un minuto para pensar en cómo será mañana por la mañana cuando se despierte y me vea en casa. Piensa en lo que le dirás. Si

cruzamos ese puente, no habrá vuelta atrás. —Ella aspiró una bocanada de aire, nerviosa por lo que él pudiera decir—. No pasa nada si me dices que no estás preparado. Pero lo que no quiero es que mañana me digas que quieres escabullirte de la oficina conmigo o que nos veamos en mi casa a escondidas. No quiero obligarte a nada, pero creo que me merezco aclarar las cosas. —Contuvo la respiración, sin saber cómo se iba a tomar él el ultimátum. Ella le había sugerido que se tomaran las cosas con calma, pero ahora necesitaba avanzar en su vida.

—Te mereces más que eso. Mucho más —se pronunció él tras un breve silencio.

—¿Y eso qué significa, Clay?

Sin previo aviso, la estrechó entre sus brazos y la miró fijamente a los ojos.

—Significa que lo quiero todo contigo.

Capítulo Doce

Clay llamó a Miranda el lunes por la mañana mientras conducía hacia el trabajo.

—¿Cómo está la mejor hermana del mundo? —le preguntó por el altavoz.

—¿Perdón? ¿Quién es usted?

—Oh, vamos. Ya sabes quién soy.

Miranda se rio al otro lado del teléfono.

—Sé lo que dice el identificador de llamadas, pero no pareces tú.

Él respiró hondo, preparándose para darle la noticia:

—Estoy enamorado.

—¡No! —exclamó su hermana—. No me lo puedo creer.

—Es la verdad. —Tras la confesión, le contó a Miranda que Astrid había pasado todo el fin de semana con ellos en casa y que haber dado ese paso le había quitado todas las dudas y preocupaciones. Astrid y Delia habían congeniado a la perfección. A él le encantaba verlas a las dos juntas, hablando, riendo y divirtiéndose. Y cuando ellos dos estaban a solas, su relación era pura magia.

—Dios mío. Me alegro mucho de oír eso. ¿Y qué dijo ella cuando se lo contaste?

Clay aún no había confesado sus sentimientos a Astrid, pero sí se lo había dicho a sí mismo varias veces a lo largo del fin de semana. Al principio fue una sorpresa, pero al final había surgido de forma natural, que era exactamente lo que esperaba. No lo había forzado. Tenía sentido tanto para su corazón como para su cabeza.

—Aún no se lo he dicho. Necesito encontrar el momento adecuado. —También tenía que decidir qué acompañaba además a esas palabras. ¿Un

anillo? ¿Una invitación para mudarse? Ella quería tomarse las cosas con calma, pero ahora mismo él quería pisar el acelerador.

—Clay, he estado esperando escucharte decir eso durante una eternidad. Estoy muy feliz.

—Me alegro, porque yo estoy muy contento —dijo mientras entraba con el coche en el aparcamiento de Sterling Enterprises—. Ahora tengo que entrar en la oficina, pero te prometo que seguiremos hablando más tarde, ¿de acuerdo?

—Que pases un buen día —se despidió Miranda.

Clay salió del coche, entró en el edificio y subió al ascensor, con una sensación de alegría a la que no estaba acostumbrado.

—¡Buenos días! —saludó con efusividad a Roz, la recepcionista, en cuanto llegó a la planta de las oficinas.

Roz le miró desconcertada.

—Buenos días, señor Morgan. ¿Puedo ayudarle en algo?

—No. Solo me he dado cuenta de que nunca te he agradecido todo lo que haces para que la oficina funcione tan bien.

—¡Gracias! Eres muy amable —respondió la recepcionista con una sonrisa.

Clay se alejó por el pasillo, dándose cuenta también de que casi había olvidado lo que era ser feliz. Por primera vez en mucho tiempo, no solo sentía que vislumbraba un futuro mejor, sino que lo veía claramente.

—¡Buenos días! —le dijo a Tara cuando la vio salir de su despacho.

—¿Has hablado con Astrid? —El tono seco de su voz contrastaba con su estado de ánimo—. La he llamado, pero no contesta al teléfono.

Aquella mañana no solo había hablado con Astrid, habían hecho el amor, y había sido espectacular...

—Aún no ha llegado a la oficina, pero estoy seguro de que lo hará en breve. —Por lo que él sabía, ella estaba en su apartamento arreglándose para ir a trabajar.

—Tenemos un problema. No retrasaron la fecha de entrega del proyecto del paseo marítimo. En realidad, la han adelantado. Es el miércoles.

La alegría de Clay se evaporó de repente.

—Espera. ¿Qué? Eso es en dos días. Creíamos que teníamos diez. — Los pensamientos de Clay volaron al calendario y a su lista de tareas pendientes. No había forma de que se pusieran al día y terminaran todo para el miércoles. Tendrían que pasar la noche en vela y, aun así, podría no ser suficiente. ¿Cómo podía ser que volvieran a pasar por una situación de pánico de última hora con ese proyecto?—. Tiene que ser un error. Astrid no se equivocaría.

—Recibí un correo electrónico recordatorio del Ayuntamiento, así que llamé y pedí hablar con Sandy. ¿Y sabes qué? Sandy no trabaja en la oficina de urbanismo.

Nada de esto tenía sentido. En absoluto. Justo en ese momento, el móvil de Clay sonó.

—Tal vez sea ella. Espera —dijo mientras sacaba el teléfono del bolsillo—. Es Miranda. Qué raro, si acabo de hablar con ella. —Decidió no contestar y dejar que saltara el buzón.

—Habla con ella si quieres. Yo necesito hablar con Grant ahora mismo y que todos nos pongamos manos a la obra. Te veo en una hora. Y trata de encontrar a Astrid lo antes posible, por favor.

Clay le envió un mensaje a Miranda:

¿Es algo urgente? Tenemos una crisis en la oficina. ¿Hablamos más tarde?

El teléfono volvió a sonar con una llamada. Era Miranda otra vez.

—¿Qué pasa? —respondió Clay.

—Que yo tengo mi propia crisis también. —Su voz era de angustia.

—¿Qué ha pasado? Hemos hablado por teléfono hace diez minutos.

—Necesito hablar con Astrid ahora mismo y no puedo localizarla en su móvil ni en la línea de su oficina.

¿Qué demonios estaba pasando?

—Espera. ¿Por qué necesitas llamar a Astrid? No vas a decirle lo que hablamos, ¿verdad?

—No. No es por eso por lo que necesito hablar con ella. Y no puedo decirte por qué tengo que hablar con ella, te asustarías.

Ahora Clay sí que estaba preocupado.

—Por favor, dime qué está pasando.

—No. Primero necesito hablar con ella. Necesito saber si es verdad. No sé cómo decir esto... Acabo de recibir un correo electrónico... —su voz se quebró— de Johnathon.

Clay se quedó de piedra.

—Eso no es posible. —Clay no quería decir lo obvio, pero tenía que decirlo. Su hermana debía de estar confundida—. Está muerto, Miranda.

—Ya lo sé, Clay. Era mi marido. Estaba con él cuando murió. De ahí mi pánico al recibir un correo electrónico suyo, sobre todo por lo que dice en él.

—Tienes que reenviármelo ahora mismo. Si es algo malo y tiene que ver con Astrid, tienes que compartirlo conmigo.

—No. Si lo lees, te hará daño a ti también.

—¿Crees que eso me importa? Eres mi hermana. Siempre estaré a tu lado. Siempre. Por favor, envíame ese correo electrónico. Te prometo que, diga lo que diga ese correo, me lo tomaré con calma.

Al otro lado de la línea se oyó un fuerte suspiro.

—Vale. Enviado. Tiene que ser un engaño. Alguna broma cruel.

Clay miró su bandeja de entrada, allí estaba el misterioso mensaje, cuyo remitente original era Johnathon Sterling. Y lo que era aún más sorprendente, procedía de su cuenta de correo electrónico de Sterling Enterprises. Clay hizo clic en él y empezó a leerlo, pero cuando llegó a la segunda frase, fue como darse de bruces contra un muro.

Querida Miranda:

Tengo que decirte algo que te va a disgustar, pero la verdad tiene que salir a la luz. Astrid y yo continuamos nuestra relación después de divorciarnos. La última vez que hice el amor con ella fue después de que tú y yo nos comprometiéramos. Ella es tan persuasiva... Obviamente, caí en su trampa. Espero que puedas perdonarme.

Johnathon

Clay tenía un montón de pensamientos contradictorios, pero el que surgió con más fuerza fue el de que aquello no podía ser cierto. Un mensaje procedente de un hombre muerto no tenía ninguna fiabilidad. Clay tendría que ponerse en contacto con el Departamento de Informática de la empresa para ver si podían ayudarle a resolver el misterio.

—¿Clay? ¿Estás ahí? —preguntó Miranda.

—Sí. Lo siento. Déjame ver qué puedo averiguar sobre esto, ¿vale? Tiene que ser falso. No sé quién lo habrá enviado, pero lo averiguaré. Y encontraré a Astrid. Todo irá bien, no te preocupes.

—Me siento tan indefensa y confusa ahora mismo. —El tono angustiado de Miranda le hizo desear abrazarla. No podía soportar la idea de que alguien quisiera lastimar a su hermana.

—Llegaré al fondo de esto. Lo juro.

—Lláname en cuanto sepas algo —dijo Miranda—. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Clay colgó y se tomó un momento para cerrar los ojos y respirar. Nada de eso podía ser real. Tenía que haber una explicación lógica. Sin embargo, no podía evitar que los pensamientos de los últimos días, semanas y meses con Astrid le rondaran por la cabeza. Al principio había luchado tanto por mantenerla alejada, para protegerse a sí mismo y a su hija. ¿Había vuelto a dejar que una cara bonita le nublara el juicio?

«No puede ser. Todo lo que sientes por ella es real. Tienes que descubrir la verdad».

Llamó al móvil de Astrid, pero le saltó el buzón de voz. Clay no paraba de pasear por su despacho, como un animal enjaulado. Estaba desesperado por localizar a Astrid. Lo único que necesitaba era verle la cara y oírle decir que aquella historia tan disparatada era mentira.

Por suerte, no tuvo que esperar mucho.

—¿Me buscabas? —Astrid apareció en su puerta con una bolsa de papel en la mano. Al verla, él se tranquilizó—. Me paré a comprarte un donut.

Clay se acercó a ella a toda prisa y le besó la mejilla.

—He estado intentando localizarte. Tara también.

—¿Qué? Pero si no he recibido ninguna llamada. —Sacó el teléfono del bolso, con los ojos muy abiertos por la sorpresa—. Pues sí que me has llamado. También Miranda y Tara. Quité el sonido cuando estuve en tu casa el fin de semana y se me olvidó volver a activarlo, lo siento. ¿Qué ocurre?

Clay cerró discretamente la puerta tras ella para que pudieran tener algo de intimidad. Podría ser una conversación incómoda y quería protegerla de los cotilleos de la oficina.

—Tenemos dos grandes problemas. Creo que deberías sentarte.

—Me estás asustando. —Astrid se sentó en una de las sillas frente a su escritorio como él le había sugerido. Clay tomó asiento a su lado.

—Para empezar, lo del proyecto del paseo marítimo. Que no ha habido prórroga de plazo. En realidad, lo han adelantado y es este miércoles.

Astrid echó la cabeza hacia atrás y se quedó con la boca abierta.

—No. Eso no puede ser. Llamaré a Sandy para que lo aclare.

—Tara llamó al Ayuntamiento y le han dicho que ella no trabaja allí. Dicen que nunca lo hizo.

—Tengo su número de móvil. Puedo llamarla directamente.

—Tal vez deberías hacerlo, pero no sé si servirá de algo. Eso no cambia el hecho de que teníamos una fecha equivocada y ahora tenemos la correcta. —A Clay le asaltó un pensamiento a la cabeza que no le gustaba nada. ¿Y si Astrid mentía? ¿Sería capaz? Odiaba desconfiar de ella, pero, dadas las circunstancias, no podía evitarlo. El escepticismo y la duda habían sido durante mucho tiempo sus mayores defectos. «Respira. Ella nunca mentiría».

—La llamaré en cuanto me digas qué más pasa.

Esa parte era la más difícil. No le gustaba nada. El dolor de perder a Johnathon estaba todavía fresco para todos, pero especialmente para sus esposas.

—Miranda recibió un correo electrónico. Por descabellado que parezca, no solo provenía de la cuenta de Sterling de Johnathon, sino que el mensaje estaba escrito como si fuera de él. Dice que tú y él estuvisteis juntos de nuevo después del divorcio. Que os acostasteis después de que él y Miranda se comprometieran.

Clay vio cómo Astrid perdía el color de su rostro y su expresión decaía. Su hermosa fachada se desmoronó. Y lo que era más revelador, no se defendió. Sintió como si le hubieran arrancado la alfombra de debajo de los pies. «Dios mío. ¿Realmente es cierto?».

Astrid estaba segura de que iba a vomitar. Se le revolvió el estómago. La cabeza le daba vueltas. Quería hacerse un ovillo, cerrar los ojos y hacer que todo aquello desapareciera. Pero había llegado el momento. El día que tanto había temido había llegado. Quería creer que él

lo entendería, pero no estaba segura. Todo entre ellos era aún tan frágil y nuevo.

Deseosa del consuelo de su tacto, le agarró la mano, pero él no le correspondió como hacía normalmente. Su agarre era más frío que nunca. Era como si él ya la hubiera juzgado y tuviera la sentencia.

—Deja que te explique —pidió ella con cara compungida.

—¿Es verdad? —respondió Clay, con la cara enrojecida por el enfado.

«Díselo y acaba de una vez».

—Lo es. —La confesión no supuso ningún alivio. Él le soltó la mano al instante. Astrid sabía lo que pasaría si salía a la luz. Por eso se había esforzado tanto en soportar la carga ella sola.

—Ni siquiera puedo creer lo que estás diciendo. ¿Por qué hiciste eso? ¿Y cuando estaba a punto de casarse con otra persona? No lo entiendo...

—Fue un accidente.

Clay se levantó furioso de la silla y cruzó la habitación poniendo más distancia entre ellos.

—Te das cuenta de lo ridículo que suena eso, ¿verdad?

—No tenía ni idea de que estaba con otra persona. ¡Yo estaba en Noruega! Cuando nos divorciamos, perdí a muchos amigos. No sabía lo que estaba ocurriendo aquí.

—Incluso si eso es cierto, se lo ocultaste a mi hermana. —Se pasó las manos por el pelo, con los ojos desorbitados por la angustia—. ¿Por eso le compraste ese cochecito y le organizaste una fiesta? ¿Porque te sentías culpable?

—Yo no mentiría sobre algo tan serio —dijo Astrid, sintiéndose herida.

—Oh, pero lo hiciste. Se lo ocultaste a Miranda. Me lo ocultaste a mí, todo el tiempo que estuvimos juntos. Tuviste muchas oportunidades para decírmelo. Estoy recordando cada momento que pasamos juntos y ahora tengo que verlo a través de una lente de mentiras.

Ahora se daba cuenta de que Clay y ella estaban condenados al fracaso desde el principio. Podría habérselo dicho a Miranda el día que se

enteró y haber tenido que afrontar las repercusiones, pero eso solo le habría dado a él más munición para su argumento de que no podían estar juntos.

—Por favor, no lo veas así. No hubo mentiras. Solo me lo guardé para mí.

—¿Y cómo quieres que lo vea?

—Sabía que iba a hacer daño a todo el mundo. Cuando llegué al funeral de Johnathon, desconocía lo de Miranda y su matrimonio. Puedes preguntarle a Tara o a Grant. Él no me contó nada y tampoco sé por qué no lo hizo. —Era otro misterio de Johnathon que quizá nunca se resolviera.

—El correo electrónico hace ver que fuiste tú quien lo sedujiste a él, no al revés.

—Espera, es que no lo entiendo... ¿Quién se haría pasar por Johnathon y enviaría un correo electrónico?

—No lo sé, Astrid. Nada de lo de hoy tiene sentido. ¿Y por qué Sandy apareció de la nada hace unas semanas para darte información falsa sobre el paseo marítimo?

Astrid no paraba de darle vueltas a todo en la cabeza. Aquello le olía a que había una relación.

—¡Ya lo tengo! ¡Tiene que ser eso! El hermano de Johnathon. Creo que hay alguna conexión entre Sandy y él. —Su mente voló a la primera vez que conoció a Clay, justo donde estaban ahora mismo.

Astrid se acercó a la foto del aparador, la de Johnathon y Miranda el día de su boda, flanqueados por Clay y Delia. La agarró y se la enseñó.

—El día que te conocí vi esta foto y fue entonces cuando me di cuenta. ¿Recuerdas que te pregunté cuándo había sido la boda? Por eso salí corriendo aquel día. Seguro que pensaste que estaba loca, pero en realidad estaba en estado de shock. —Volvió a mirarlo, dándose cuenta de que él aún no estaba convencido—. Se lo conté a Tara justo después. Creo que Sandy estaba en el pasillo.

Clay seguía con expresión de no creer nada en absoluto.

—Parece como si estuvieras buscando la forma de escaquearte. ¿Cómo se supone que voy a confiar en ti ahora?

Lo sintió como un puñal dirigido directamente a su corazón. Quería defenderse, pero deseaba más aún que Clay diera un paso atrás y mirara objetivamente lo que estaba pasando. Porque él estaba dejando que sus viejos miedos y su desconfianza le nublaran el juicio.

—Puedes confiar en mí porque te quiero.

Se volvió hacia ella y se quedó inmóvil, pero no dijo nada. Su expresión era calculadora, sus ojos reflejaban los complicados procesos que pasaban por su cabeza. Claramente, no sentía lo mismo que ella.

Astrid se acercó más a Clay, deseando que la envolviera en su abrazo, pero él cruzó se cruzó de brazos para mantenerla alejada.

—No me crees, ¿verdad?

—No importa qué hechos salgan a la luz, Astrid, hay una serie de detalles que no se discuten. Sabías que tenía problemas de confianza. Sabías que tenía razones de peso para proteger a Delia y a mí por el daño que nos habían hecho. —Su voz estaba cargada de dolor—. Y seguiste adelante, incluso cuando guardabas un secreto que sabías que lastimaría a Miranda. Ella es la única persona que siempre ha estado a mi lado y va a quedar destrozada cuando descubra que esto es verdad.

—Lo siento, Clay. De verdad que lo siento. Arreglaré las cosas con Miranda. Se lo explicaré todo.

Él negó enérgicamente con la cabeza y la mandíbula tensa.

—No. No puedo dejar que hagas eso. Se acabó, Astrid. Tú y yo ya no existimos. No puedo permitir que sigas cerca de mí.

—¿Ya está, así de rápido? Te he dicho que te quiero.

Justo en ese momento llamaron a la puerta, y Clay tuvo la excusa perfecta para poner fin a su conversación.

—Astrid, ¿qué ha pasado con el plazo del proyecto del paseo? —dijo Tara asomando la cabeza por la puerta.

Ese era oficialmente el peor día de su vida. No solo todo el mundo estaba enfadado con ella, sino que Clay acababa de arrancarle el corazón.

—Déjame intentar localizar a Sandy. Algo extraño está pasando.

Tara y Clay se miraron mutuamente.

—Ahora ya no importa —dijo Tara—. Eso no cambiará el plazo. Las otras empresas van a estar listas para presentar el miércoles y nosotros también tenemos que estarlo. Grant está en la sala de conferencias. Tenemos que sentarnos y diseñar una estrategia. Ahora mismo.

Ambos siguieron a Tara de manera obediente por el pasillo, pero Astrid se sentía como si estuvieran a punto de poner su cabeza en la guillotina. Había sido una estúpida al pensar que podría encontrar su sitio

en Sterling y dar un vuelco a su vida. Su oportunidad se había arruinado, y la idea de intentar salvarla era desalentadora. Todos los caminos en Sterling llevaban a Clay. No había forma de evitarlo, ese había sido el problema todo el tiempo.

En la sala de reuniones había varios arquitectos subalternos y miembros del personal de apoyo. Grant estaba ante una pizarra blanca, donde había escrito un organigrama de las cosas que debían hacerse antes del miércoles. Era mucho trabajo. Una montaña de trabajo, y ella tenía la culpa de que tuvieran que darse tanta prisa. Astrid se sentó a la mesa, junto a Tara. Clay prefirió quedarse al otro lado de la habitación, apoyado en la pared.

—Gracias a todos por ayudarnos a salvar el proyecto del paseo marítimo —dijo Grant—. Hubo un error con el plazo de entrega y tenemos una enorme cantidad de trabajo que terminar para el miércoles por la mañana. —Grant bebió un trago de agua de un vaso que había sobre la mesa. Mientras tanto, Astrid sintió que todas las miradas se centraban en ella. Estaba claro que todo el personal ya se había enterado de que se trataba de un error suyo—. Clay y yo terminaremos los planos finales, con la ayuda de los arquitectos júnior. Tara y Astrid trabajarán en la parte administrativa para preparar la presentación y los materiales que la acompañen.

Tara se levantó de su asiento:

—Trabajaremos hasta tarde las dos próximas noches y llegaremos temprano las dos próximas mañanas. Pero Grant y yo queremos que todos sepáis cuánto apreciamos vuestro esfuerzo. El proyecto del paseo marítimo era algo muy importante para Johnathon Sterling, y sería algo especial para su legado si lo conseguimos. Tenemos una buena oportunidad, pero va a hacer falta el trabajo de todos para conseguirlo. Así que, ¡manos a la obra!

Todos se levantaron y comenzaron a salir hacia sus puestos de trabajo. Astrid se acercó a Tara para hablar con ella. Si perdían el proyecto, sería por su culpa, y habría defraudado a todo el mundo cuando lo único que intentaba era honrar la vida y la carrera de Johnathon.

—Ni siquiera sé qué decir..., aparte de que lo siento.

—Todos cometemos errores, Astrid. Lo superaremos.

—Lo sé. Pero para mí es muy importante hacer un buen trabajo, y eso significa ayudar al equipo. Ahora mismo, lo único que hago es perjudicar.

—Entonces, céntrate e intenta hacer lo contrario. Tienes que mirar hacia delante.

Astrid recibió el mensaje, alto y claro.

—De acuerdo. Me quedaré en la oficina las dos próximas noches si es necesario.

—Bien. Porque es muy probable que lo necesitemos.

Astrid salió de la sala e inmediatamente buscó el número de contacto de Sandy en su teléfono. Llamó a su móvil, pero sonó y sonó. Ni siquiera saltó el buzón de voz. Astrid sabía que había algo que no encajaba, pero no tenía nada en lo que basarse. Ese número de teléfono era la única información que tenía de Sandy.

Después, fue a su despacho y recogió todo el material del proyecto que tenía y se reunió con Tara y otros empleados. Trabajaron sin descanso durante todo el día, ni siquiera salieron de la oficina para comer. Astrid intentó varias veces más ponerse en contacto con Sandy, pero siempre obtenía el mismo resultado: llamadas interminables sin respuesta. Otro callejón sin salida.

Hacia las diez de la noche, Tara envió a los empleados a casa y sugirió que ella y Astrid fueran a ponerse al día con Clay y Grant. Astrid era un manojo de nervios al caminar por el pasillo, pensando en cómo la recibiría Clay. Tara se dirigió a Grant cuando llegaron, dejando que Clay y Astrid pudieran hablar entre ellos.

—Hola —saludó Astrid—. ¿Cómo lo lleváis vosotros?

—Muy lento. Es agotador. —La voz de Clay era cortante y seca.

Astrid también estaba cansada y la actitud que él tenía hacia ella no facilitaba las cosas.

—He intentado llamar a Sandy, pero no me contesta. Supongo que me mintió. La verdad es que no lo entiendo.

—Sé que estás intentando salir del agujero, pero creo que ya va siendo hora de que aceptes dónde estás metida. Hablé con el Departamento de Informática y verificaron que el correo electrónico que recibió Miranda procedía de Sterling. Y como los dos sabemos que Sandy no tiene acceso a Sterling y que hace casi dos meses que no trabaja aquí, me parece que esas dos cosas no están relacionadas. —Le lanzó una mirada, pero rápidamente volvió la vista a su trabajo—. Y eso no cambia nada. No cambia nada en

absoluto. Déjame volver al trabajo y poder terminar con esto lo antes posible, ¿vale?

Astrid apretó los labios con fuerza para evitar que las lágrimas le escocieran en los ojos. No lloraría. Tenía que ser positiva y fuerte. Todo lo que le importaba se había resentido: su amor por Clay, su relación con Tara y Miranda y el destino de Sterling Enterprises. También eran las únicas cosas que la mantenían en San Diego. Las únicas...

Tal vez era hora de admitir la derrota y volver a Noruega. Su trabajo en Sterling no pasaría del miércoles si esa iba a ser su relación de trabajo con Clay. Si al principio le había parecido tensa, ahora era mucho peor. Ella lo amaba y no podía deshacer sus sentimientos. No podía desear que desaparecieran. Pero tampoco podía hacer nada para cambiar todo lo que había pasado.

Solo podía encontrar la manera de seguir adelante. Y parecía que tendría que hacerlo sola.

Capítulo Trece

El miércoles por la mañana había llegado. Astrid había pasado la noche en las oficinas de Sterling. Estaba agotada y triste, sobre todo cuando le deseó buena suerte con la presentación a Tara, para la que solo faltaban unas horas. No tuvo ocasión de despedirse de Clay, ya que él estaba en el aparcamiento cargando la furgoneta.

—Lo haréis muy bien. Lo sé —dijo Astrid.

—¿Estás segura de que quieres irte? —preguntó Tara—. Creo que hemos salvado la presentación, y sé que ahora la gente te da la espalda, pero ya entrarán en razón. En cuanto recuperen el sueño perdido se olvidarán de todo.

Astrid no estaba tan segura.

—Lo que más me gustaba de trabajar aquí era formar parte del equipo. Eso ya no existe, así que creo que esto es lo mejor para mí.

—¿Se lo has dicho a Clay?

—Dejaré esto en su escritorio —dijo mostrándole una nota que tenía en la mano—. Puede leerla cuando vuelva.

Tara extendió los brazos y se abrazaron.

—Mantenme informada de todo.

—Tú también —dijo Astrid—. Hazme saber cómo va la presentación.

Se separaron y Astrid pasó por última vez por el despacho de Clay. No se quedó mucho tiempo, no quería revivir el pasado ni pensar en lo que podría haber sido. Después de dos días durmiendo muy poco, estaba agotada. Había hecho todo lo que podía hacer y ahora le esperaba otro tipo de trabajo. Tenía que hacer las maletas.

La ropa que había traído para el funeral de Johnathon iba en una de las tres maletas, junto con todo lo que había comprado desde que llegó.

Decidió dejar el vestido azul marino que se había puesto para el Premio Estatal al Arquitecto del Año en una bolsa dentro del armario. Aquel vestido le traía muy buenos recuerdos. Esperaba poder recordarlo algún día con cariño. Ahora le dolía demasiado.

Cuando terminó, sacó la última maleta al vestíbulo. Se paseó una vez más por su querido apartamento, asegurándose de que la nevera estaba vacía y las luces apagadas. También pidió que alguien se encargara de regar las plantas. Volvería. Pero no sabía cuándo. Quizá cuando se le pasara el dolor.

Era difícil creer todo lo que había sucedido en los meses transcurridos desde la muerte de Johnathon. Había ido a San Diego pensando que se despedía de su exmarido. Nunca había soñado que se embarcaría en una nueva vida o que encontraría el amor. Nunca imaginó que todo estallaría de una forma tan espectacular.

Había forjado una amistad con Tara y Miranda, que eran lo más cerca que había estado de tener hermanas. Había encontrado un nuevo camino profesional, uno en el que creía que era bastante buena, a pesar de los pasos en falso que había dado. Y lo más importante, había vislumbrado el amor verdadero con Clay. Seguía ahí en su corazón, latiendo y recordándole su presencia, pero se había resignado a lo inevitable. Él no era capaz de dejarla entrar del todo en el suyo. No podía culparle. Ella había sobrepasado sus límites.

El teléfono de Astrid recibió un mensaje de texto. Era de Tara.

Tara: La presentación ha ido bien. Gracias por todo lo que has hecho.

Astrid: Me alegro mucho. Era lo menos que podía hacer.

Tara: ¿Te vas pronto?

Astrid luchó consigo misma para no ponerse a llorar. Era una de las cosas más difíciles que había hecho nunca, pero era lo único que tenía sentido. Necesitaba tiempo para pensar. Necesitaba distancia para averiguar cuál sería su siguiente paso.

Astrid: Sí. El vuelo sale en unas horas.

Tara: Buen viaje.

El chófer que había contratado llegó a su puerta y bajó las maletas hasta el coche.

—Me gustaría hacer una parada antes de ir al aeropuerto, por favor —le dijo en la calle.

El conductor consultó su reloj.

—¿Tendremos tiempo?

—Sí. No tardaré. —Le dio la dirección y se sentó en el coche, tratando de recordarse a sí misma que, al igual que su decisión de trasladarse a San Diego había sido temporal, también podía serlo su regreso a Noruega. No tenía por qué quedarse en ningún sitio. Podía mudarse a Nueva York. Volver a Los Ángeles. O tal vez a otro lugar. Y dondequiera que fuera, lo que tenía claro era que ella había terminado con el amor. No podría igualar lo que había tenido con Clay. Tal vez llegara un día en que él pudiera perdonarla, aunque solo fuera para cerrar la herida para siempre.

El conductor se detuvo en la entrada de la casa de Miranda y abrió la puerta del coche a Astrid.

—Solo serán unos minutos —dijo ella, y se dirigió a la puerta de entrada para llamar al timbre.

Miranda contestó un minuto después, con cara de sorpresa.

—¡Astrid! ¿Qué haces aquí?

—Sé que trabajas desde casa los miércoles. —Astrid sacó un sobre y se lo entregó—. Quería darte esto.

Miranda le echó un vistazo y luego miró hacia la calle, donde esperaba el conductor.

—¿Quieres entrar?

Astrid negó con la cabeza, no quería alargar la situación.

—Será rápido. Sé que tú y yo hablamos de la situación de Johnathon por teléfono, pero quería tener la oportunidad de disculparme en persona. Nunca lo habría permitido si hubiera sabido lo de vuestro compromiso. Espero que a estas alturas me conozcas lo suficiente como para saber que lo que te digo es cierto.

—Lo sé, lo sé. Siento haberme enfadado tanto cuando lo hablamos el lunes. Estaba en shock.

—Y solo lo mantuve en secreto porque sabía que nunca tendría una explicación. Ya no puedes hablar con Johnathon. Ni tú ni yo podremos averiguar por qué hizo lo que hizo. —La mirada de Astrid se posó en el vientre de Miranda—. Más que nada, no quería manchar la imagen que tienes del padre de tu hijo, sobre todo cuando aún estás de duelo.

Miranda sonrió

—Lo comprendo. —Miró el sobre—. ¿Qué hay aquí?

—Me gustaría darle mis acciones de Sterling al bebé. Ya no le veo sentido que estén en mis manos. He terminado mi trabajo, y Tara y Clay han hecho la presentación esta mañana. Antes de Navidad sabrán si han conseguido o no la adjudicación del proyecto del paseo.

—¿Y has hablado con Tara sobre esto?

Astrid asintió con la cabeza.

—Sí. Y está de acuerdo en que mi presencia en Sterling no es buena para la moral de la empresa ahora mismo. Y tampoco puedo trabajar con Clay. —Le hizo mucha gracia decir eso en voz alta, que era lo mismo que él había dicho de ella. Cómo habían cambiado las cosas.

Miranda volvió a mirar hacia el coche.

—¿Tienes que ir a algún sitio? Creo que deberíamos hablar de esto con tranquilidad.

—En realidad, me dirijo al aeropuerto. Vuelvo a Noruega.

—¿Qué? ¡No! No puedes irte. ¿No quieres estar aquí cuando nazca el bebé?

Astrid se sentía como si le estuvieran arrancando el corazón en ese momento, pero no veía cómo podía quedarse. Miranda y el bebé estaban irremediabilmente unidos a Clay.

—Mis padres me están esperando. Y les gustaría que estuviera allí en Navidad.

—Está bien. Lo entiendo. —Miranda agarró a Astrid de un hombro—. Pero solo quiero decir una cosa. Como alguien que ha vivido situaciones muy difíciles con mi hermano, puedo decirte que cuando se encierra en sí mismo es porque está protegiendo algo. Ha habido muchas veces en las que era yo. Ha habido muchas veces en las que era Delia. Solo se trata de eso. De sus defensas.

Astrid suspiró.

—No puedo culparle por desear proteger a la gente que quiere. —«Es una de las principales razones por las que lo amo tanto».

—¿No deberíais tener una última conversación? Clay vendrá con Delia en un rato. Decidió tomarse el resto del día libre en el trabajo para poder relajarse.

Por eso tenía que marcharse de San Diego. Ella no podía vivir su vida tratando de esquivar al hombre que amaba.

—Lo siento, Miranda. Pero tengo que irme.

Clay abandonó la presentación y regresó a Sterling Enterprises con muy poca sensación de triunfo, aun cuando le había ido increíblemente bien. El problema era Astrid. Ella había trabajado muy duro para que pudieran conseguirlo, y sin embargo no había estado allí para recibir ningún reconocimiento. Todo eso era culpa suya. Sabía cuánto le costaba trabajar a su lado cuando él la trataba con frialdad. Su relación laboral había comenzado de esa manera y ahora habían vuelto al punto de partida. Puede que incluso estuvieran peor.

El problema era que ahora cada recuerdo agradable de Astrid estaba teñido por el secreto que ella había ocultado. Le aterrorizaba volver a estar cegado por una mujer. Tenía miedo de ser engañado y que toda su vida se desmoronara de nuevo.

Llegó a su despacho y se dispuso a ocuparse de algunas cosas sin importancia antes de ir a recoger a Delia al colegio. Fue entonces cuando vio un sobre en la mesa, con su nombre escrito a mano. Reconoció la letra de Astrid de inmediato.

Querido Clay:

Espero que la presentación de hoy haya ido bien. Si ha sido la mitad de brillante que tú, entonces, estoy segura de que ha sido un home run en toda regla.

Quiero que sepas que me vuelvo a Noruega. Necesito aclarar mis ideas y pensar en el futuro. Pienso volver, pero no sé cuándo.

No quiero que pienses en mí como una repetición del dolor en tu vida. Sí, me voy, pero nunca tendrás que adivinar por qué. No es porque no te quiera. Es porque sí te quiero. Y sé que te he hecho daño, y que esto lastimará a Delia. Estoy haciendo todo lo que puedo para que sea lo menos doloroso para todos y que tú puedas sanar tus heridas. Quiero eso para ti más que nada.

Nunca lamentaré el tiempo que pasamos juntos. Incluso cuando estábamos enfrentados, tenía la esperanza de que encontraríamos la manera de superarlo. Ahora sé que nos equivocamos de momento. Llegué cuando no estabas preparado y te presioné a pesar de que me lo dijiste. Me diste una oportunidad y la aproveché, pero solo porque estaba desesperada por tener un minuto contigo.

Con todo mi amor,

Astrid

P.D. Por favor, dale un beso a Delia de mi parte. Si pregunta adónde he ido, dile que he ido a buscar a la Princesa de las Nieves. La traeré de vuelta si la encuentro.

Tal vez fuera el cansancio, pero a Clay le costaba entender lo que acababa de leer. «¿Se va? Ella no puede hacer eso». Tenía que detenerla. Ahora mismo.

Se echó la bolsa del portátil al hombro y corrió por el pasillo hasta el vestíbulo. Su primer instinto fue subir por las escaleras, pero el personal de mantenimiento las estaba pintando. «Maldita sea». Pulsó el botón del ascensor y se quedó mirando los números, como si eso pudiera hacer que fuera más rápido. Por fin sonó y la puerta se abrió.

JJ, del Departamento de Informática, apareció de la nada. Clay le había pedido que investigara sobre el correo electrónico que supuestamente había enviado Johnathon.

—Señor Morgan. Tengo noticias para usted. El mensaje en realidad no era de un servidor de Sterling.

Clay extendió el brazo para sujetar el ascensor.

—Espera. ¿Qué?

—Lo rastreamos y descubrimos que había salido de una compañía en Seattle propiedad del hermano del señor Sterling.

Clay sintió como si su corazón hubiera dejado de latir. Astrid tenía razón. Y eso también significaba que tenían un grave problema entre manos. Por alguna razón desconocida, el hermano de Johnathon, Andrew, estaba tratando de sabotear la empresa.

—Vaya. Gracias. ¿Podemos hablar de esto mañana? Tengo que irme.

—Por supuesto, señor Morgan.

Clay pulsó el botón del garaje en el ascensor y luego salió corriendo hacia su coche cuando llegó. Quiso llamar a Astrid para que no saliera de su apartamento, pero justo en ese momento le entró una llamada de Miranda.

—Miranda —respondió, ya saliendo a la calle con el coche—. No puedo hablar ahora.

—¿Has hablado con Astrid? Se marcha. A Noruega. Ahora mismo.

—Lo sé. Voy de camino a su apartamento. Espero llegar a tiempo — dijo mientras cambiaba de carril para adelantar a un conductor lento.

—Ya está de camino al aeropuerto.

—¿Qué? No. —«Maldita sea». Se dirigía justo hacia el lado opuesto y gran parte del centro de San Diego eran calles de un solo sentido. Tardaría un siglo en llegar—. ¿Estás segura?

—Acaba de estar aquí. Vino a decirme que le iba a dar sus acciones de Sterling al bebé.

Era mucho peor de lo que pensaba. Eso sonaba a que ella no tenía intención de volver.

—Tengo que ir al aeropuerto.

—Por eso te llamaba.

—¿Estás segura de que estás bien con Astrid? ¿Habéis tenido ocasión de hablarlo? —Esperó impaciente a que el semáforo se pusiera en verde, tamborileando con los pulgares sobre el volante—. Necesito saberlo ahora mismo. Porque tengo mucho que contarle en cuanto la encuentre.

—No puedo creer que me preguntes eso. ¿De verdad dejarías que mi felicidad se interpusiera en el camino de la tuya?

¿Qué clase de pregunta era esa?

—Por supuesto que lo haría, Miranda. Eres la única persona que siempre ha estado ahí para mí. Haría cualquier cosa por ti.

—De acuerdo. Entonces, quiero que dejes de preocuparte por Delia y por mí y empieces a preocuparte por ti mismo. No puedes hacer feliz a Delia si tú no eres feliz, y seguro que tampoco puedes hacerme feliz a mí.

—Odio cuando tienes razón.

—Siento que ocurra tan a menudo...

—Muy graciosa. —De repente, Clay se dio cuenta de que había olvidado un detalle importante—: Maldita sea. Se suponía que tenía que ir a por Delia a la escuela. ¿Puedes hacerlo tú? Iré directo a tu casa cuando termine en el aeropuerto.

—Si todo sale bien, no deberías venir a verme después de encontrarte con Astrid.

—Miranda. ¿En serio vas a hablarme de sexo ahora? Porque no voy a hablar de eso contigo.

—No seas idiota. Es todo lo que te pido. Ahora vete.

—Espera, Miranda. Una cosa más. Averigüé la fuente del correo electrónico que recibiste el lunes. Venía de la empresa de Andrew en Seattle.

—No lo entiendo.

—Yo tampoco, pero vamos a tener que resolverlo. Creo que está intentando sabotear Sterling Enterprises. En cuanto a por qué, no lo sé, pero creo que hay una posibilidad de que estuviera detrás de nuestros problemas con el proyecto del paseo marítimo.

—Entonces, ¿Astrid tenía razón todo el tiempo? ¡Tienes que llegar al aeropuerto cuanto antes!

—Sí, lo sé. Estoy en ello. —Se despidió de Miranda y se concentró en la carretera. Mientras sorteaba semáforos que estaban a punto de ponerse en rojo y hacía algunas maniobras arriesgadas con el coche, solo podía pensar en que no tenía ni idea de por dónde empezar con Astrid. Se le pasaban cincuenta cosas por la cabeza, y todas contenían una larga retahíla de disculpas.

Cuando llegó a la terminal, había docenas de coches en fila para dejar a los pasajeros. Si intentaba dar la vuelta, podría perder al menos quince minutos. Quizá más. Así que decidió salir del coche y dejarlo abandonado allí en medio.

—¡Eh! No puede salir de su vehículo —dijo el guardia de seguridad al ver que Clay salía corriendo de su coche.

—¡Lléveselo si quiere! —le gritó Clay—. Tengo que encontrar al amor de mi vida. —Siguió corriendo hacia delante, sin esperar respuesta. Ya lidiaría con las consecuencias más tarde.

En el interior, Clay se encontró con el caos de cientos de viajeros que arrastraban maletas y bloqueaban el paso mientras miraban los paneles de las salidas. Zigzagueó alrededor de la gente, echando un vistazo rápido a todas las colas de facturación de equipajes. No había rastro de Astrid. La esperanza se evaporaba a cada segundo. Entonces, se le ocurrió algo.

Sacó el teléfono y la llamó a su número de móvil. Sonaba y sonaba. Estaba a punto de volverse loco cuando ella por fin contestó:

—¿Clay? ¿Qué quieres?

—¿Dónde estás?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Porque te quiero y soy un idiota. Y tenemos que hablar.

—Este es un momento horrible, Clay. Estoy en el aeropuerto. Estoy a punto de tomar un vuelo a Noruega.

—Lo sé. Leí tu carta. Yo también estoy en el aeropuerto.

—No te dejé esa nota para que me siguieras. Solo intentaba explicarme. ¿Estás loco?

—Probablemente. Tú solo dime dónde estás.

—En la cola de seguridad, a punto de entregar mi pasaporte.

—No te muevas ni un centímetro. Estaré ahí en un minuto.

El control de seguridad había tardado una eternidad. Astrid solía hacer cola en primera clase, pero ese día estaba cerrada por una huelga de empleados. Astrid no iba a quejarse. No le importaba esperar como los demás, pero se le estaba haciendo eterno. Todos los demás pasajeros mostraban su descontento por el retraso, refunfuñaban en voz baja y se ponían de puntillas para ver cuál era el problema. Astrid no dejaba de mirar en dirección contraria, preguntándose si Clay estaría realmente allí. ¿Haría algo tan desesperado? No era propio de él en absoluto. Ella era la siguiente en pasar el control cuando oyó su voz:

—¡Astrid! —Clay Morgan, el hombre reservado hasta la exageración, estaba gritando su nombre en medio de un aeropuerto abarrotado.

No pudo evitar reírse. Levantó la mano y le devolvió el saludo mientras veía cómo él se abría paso entre los demás pasajeros.

—¡No te muevas! Ya llego —gritó Clay mientras seguía avanzando.

Astrid se volvió hacia la mujer que hacía cola detrás de ella.

—Ese es el hombre del que me enamoré.

—¿No va a ir contigo en el avión?

—Creo que intenta evitar que suba.

—¿Y eso es bueno o malo? —preguntó la mujer desconcertada.

Era el turno de Astrid de presentar su tarjeta de embarque y su pasaporte, pero Clay justo acababa de alcanzarla.

—¡Por favor, no subas a ese avión! —le suplicó—. Tenemos que hablar.

Los demás pasajeros se quejaron casi al unísono.

—Señora, necesito su tarjeta de embarque, si no tendrá que salirse de la fila —le dijo el guardia de control—. Pero le advierto que si se sale tendrá que ponerse al final de la cola.

Astrid dejó que la mujer que tenía detrás pasara y se volvió hacia Clay:

—¿Y bien?

—Te prometo que haré que merezca la pena. —Sin aliento, la agarró de la mano, desenganchó la correa negra retráctil que dividía la fila y tiró de Astrid en dirección contraria al control de pasaportes. Ella avanzaba a trompicones a su lado, arrastrando su equipaje de mano.

—No puedo creer que hayas venido corriendo al aeropuerto. ¿Qué te pasa? —dijo Astrid, todavía sin creer lo que estaba sucediendo. Era lo último que esperaba de Clay, y eso tenía que significar algo...

Se detuvieron al llegar a la amplia explanada entre la facturación y la recogida de equipajes.

Clay se volvió hacia ella:

—Te quiero, Astrid. Para ser sincero, llevo enamorado de ti desde el viaje en coche a Los Ángeles. —Miró al techo y sacudió la cabeza. Era como si estuviera procesándolo todo en tiempo real—. O tal vez fue la noche de la fiesta en casa de Grant. En cualquier caso, estoy loco por ti. Por favor, quédate. Eres todo lo que siempre he querido y estaré perdido sin ti. No vuelvas a Noruega, te lo ruego.

—Te dije que no me iría para siempre. Este viaje era para despejarme.

—Creo que conozco otra forma mejor de que te despejes... —Antes de que se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo, Clay la estrechó entre sus brazos, apretando su larga figura contra la de ella y dándole el beso más profundo y apasionado que jamás había recibido. Le acarició la nuca con la mano mientras ella se derretía sobre él. Cuando rompió el beso, no la dejó ir muy lejos, aferrándose a ella con fuerza. Sus bocas estaban a pocos centímetros de distancia, su aliento caliente en sus labios—. ¿He ganado algo de tiempo?

Astrid bajó los hombros. No tenía energía para luchar contra él. Solo quería rendirse. Pero tenían cosas que resolver...

—Voy a perder mi vuelo, así que sí. Has ganado tiempo. La cuestión es qué piensas hacer con él.

—Haré lo que quieras. Lo digo en serio. Te quiero, Astrid. —Le peinó el pelo con ternura—. Debería habértelo dicho antes. Tenía miedo. Ahora puedo admitirlo. Y cuando tu secreto salió a la luz, me sentí como si fuera la confirmación de todo lo que había temido. Sentí como si todo volviera a suceder.

—¿Y ahora? ¿Cómo te sientes ahora?

—Como si tuviera que aprender a mirar más allá de lo que tengo delante. Intentar ver el futuro, no pasarme todo el tiempo reviviendo el pasado.

Astrid tragó saliva, conteniendo la emoción del momento. No solo le encantaba oírle decirle esas cosas, sino que admiraba la forma en que él mismo las había comprendido.

—Te quiero mucho. En realidad, es más que eso, no sé cómo expresarlo con palabras. —Ella le agarró la mano y se la apretó contra su pecho—. Pero espero que puedas sentir los latidos de mi corazón. No me iré a ninguna parte si eso es lo que quieres.

—Eso es lo que quiero, Astrid.

No estaba preparada para algo así. Y menos ese día, que contaba con tomar un vuelo y volver a Noruega. Creía que todo se había acabado entre ellos. Para hacer las cosas aún más surrealistas, fue entonces cuando Clay, el hombre más reservado y orgulloso que conocía, se arrodilló allí mismo, en medio del aeropuerto. Le agarró la mano y la miró con sus ojos profundos y conmovedores.

—No tengo un anillo que ofrecerte ahora, Astrid, pero puedo ofrecerte a mí mismo. Toda mi atención. Mi corazón y todo lo que eso conlleva, bueno o malo.

—Cuidado, Clay. Parece que estás recitando unos votos matrimoniales. —Ella se inclinó y le puso una mano sobre la mejilla—. Tu hermana me dijo una vez que la forma más rápida de asustarte era mencionar la palabra «matrimonio».

Él sacudió la cabeza.

—No. Lo único que me da pánico ahora es la idea de que te vayas.

Astrid sonrió tanto que le dolían las mejillas.

—Entonces, salgamos de aquí. —Él se enderezó y le agarró la mano, pero ella se detuvo antes de que llegaran a las puertas de salida—. Oh,

rayos. Mis maletas. Ya las he facturado. Probablemente ya estén en el avión.

—Bueno... No te preocupes. Creo que yo me he quedado sin coche también.

—¿Qué?

Él se encogió de hombros.

—Es que tenía prisa por encontrarte y...

Pasaron por el mostrador de equipajes de la aerolínea para informar del cambio de planes. Por suerte, aún no habían cargado las maletas y podían recuperarlas, previo pago de unas tasas. Clay entregó su tarjeta de crédito.

—Ha sido culpa mía. Pagaré yo.

El empleado asintió y le entregó un formulario para que Astrid lo rellenara.

—Si pudiera facilitarnos su dirección de entrega, sería estupendo.

Clay agarró el papel y un bolígrafo del mostrador y escribió la dirección de su casa.

—Esto va muy rápido —bromeó Astrid.

Clay bajó la cabeza sin tener en cuenta la gente que les rodeaba. A Astrid le parecía bien. Ahora mismo, él era todo su mundo. Le rozó la nariz con la suya antes de darle un tierno beso que la derritió de pies a cabeza.

—No soy estúpido, Astrid. No te perderé de vista.